ENAMORADO DE ELLA



Dama Beltrán

Lucía, casada y con varios hijos a su cargo, vive en una familia acomodada de la ciudad. Es admirada y envidiada por el sector femenino que le rodea ya que ha tenido la vida de princesa que soñaban desde niñas. Sin embargo, ella no es feliz. Desengañada e insatisfecha con lo que tiene, busca una salida. En su treinta y cuatro cumpleaños, bajo el soplo de una vela, formula un deseo: «Que mi vida tome otro rumbo».

El joven empresario Andreu Voltaire está cansado de tanta burla femenina. No cree en el amor, tras años de pesadumbres ha descubierto que las mujeres solo le quieren por su dinero. Pero todas esas premisas cambiarán cuando encuentre a Lucía. Una noche, mientras bebe una botella de Jack's Daniels, mira las estrellas y hace un juramento: «No me daré por vencido hasta que esa mujer sea mía».

Dama Beltrán

Enamorado de ella

Índice de contenido

Prólogo Ellas…
Capítulo 1 Mañana de cumpleaños
Capítulo 2 Una obligación agradable
Capítulo 3 Dos por dos… ¿son cuatro?
Capítulo 4 Rechazada
Capítulo 5 ¿Perseguida o capturada?
Capítulo 6 Un lugar diferente
Capítulo 7 El club
Capítulo 8 Momentos íntimos
Capítulo 9 Evasión de la realidad
Capítulo 10 Juramento
Capítulo 11 Ver para creer
Capítulo 12 Requerido
Capítulo 13 La visita de Fidel
Capítulo 14 En busca de ayuda
Capítulo 15 El cliente sorpresa
Capítulo 16 La promesa pactada
Capítulo 17 La nota
Capítulo 18 Sexo delicioso
Capítulo 19 El deseo de un bastardo
Capítulo 20 ¡Mío!
Capítulo 21 Pero…
Capítulo 22 Una cara de asombro, un rostro de esperanza
Capítulo 23 Sorpresas
Redes sociales

«No olvides nunca que el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos».
O. K. Bernhardt.

Prólogo

Ellas...

Pasó sin llamar. A esas horas no había nadie en el club salvo ellas. Sus maridos habían salido a comprar algo de material erótico que necesitaban reponer porque el que tenían en la sala se había roto a consecuencia del uso. Pero no entró al momento, se quedó unos instantes en la puerta, contemplándola. Entre la cálida luz de las velas y el precioso vestido trasparente que llevaba, el lugar se podía asemejar al paraíso. Ella siempre la comparaba con una diosa escapada de algún templo griego, puesto que su belleza no podía ser cotidiana. Hoy había decidido llevar el pelo suelto, aumentando con creces la sensualidad que desprendía. Elsa se relamió los labios y comenzó a dar pequeños pasos hasta llegar a su lado. Sus pezones, erectos bajo la camiseta, rozaban la tersa piel de la espalda desnuda. Podía sentir el vello erizado de la mujer, podía escuchar cómo se alteraba su respiración ante el conocimiento de lo que vendría después. Colocó sobre sus hombros las manos y comenzó a retirar los delgados tirantes. Su boca bajó hasta el esbelto cuello y empezó a besarla. Silvia aceptó con agrado la proposición y dejó que se deslizaran por sus brazos los pequeños hilos del vestido. Elsa rodeó con sus manos la pequeña figura y atrapó los suaves pechos descubiertos de la amante. Era un pecado

tocar las diminutas y duras perlas. Con delicadeza, abrió dos de sus dedos y los utilizó como pinzas, presionando con lentitud los deliciosos brotes. Silvia echó la cabeza hacia atrás al notar en su cuerpo un sugestivo balanceo de deseo y, abriendo la boca, exhaló el aire retenido:

—Estás preciosa —murmuró Elsa—. Me encanta tenerte así.

Ella no contestó, prefería dejarse llevar y no interrumpir con torpes palabras el momento que estaban viviendo. Así que levantó las manos y las posó sobre la cabeza de su amada. Elsa dejó de presionar los senos y empezó a acariciarla por el vientre hasta llegar al límite donde la piel se cubría con elegante tela.

—Esto comienza a molestarme —dijo la joven mientras los dedos apartaban los escuetos hilos del tanga. Pegó su nariz en la suave piel de ella e inspiró con fuerza—. Uhm, me encanta cómo hueles. Este delicioso aroma a frutas hace que se me alteren los sentidos. —Las manos bajaron hasta posarse en las pronunciadas caderas de la mujer y la giró hacia ella—. ¿Estás preparada para mí, cielo? —preguntó mientras su boca albergó uno de los delicados pezones.

Ella sollozó de placer. Elsa descendió una palma y la posó en el sexo caliente de la compañera. El ardiente flujo libidinoso la manchó. En efecto, estaba preparada para la locura que iban a iniciar. Silvia comenzó a gimotear de deseo, necesitaba que las caricias continuaran para darle la satisfacción que precisaba. La mano traviesa empezó a moverse haciendo que la desesperada muchacha inclinara la cadera hacia ella. Elsa alzó la vista y contempló el deleitoso rostro de su amante. Las mejillas comenzaban a sonrojarse fruto de la pasión que habían originado. Sonrió con malicia y mientras se arrodillaba, unos revoltosos dedos comenzaron a introducirse en el interior de la compañera que jadeaba sin parar.

—Eres una chica muy traviesa y por ello voy a tener que castigarte —susurró Elsa con ahogados sollozos producidos por la lujuria que la asaltaba.

Le ofrecería aquello que tanto necesitaba, lo que tanto demandaba por tener: sentir la ardiente lengua recorrer el

chorreante sexo. Intuyendo el siguiente paso, Silvia levantó uno de sus pies y lo apoyó sobre la rodilla de Elsa. Le daba plena libertad para seguir deleitándola. La pícara hembra acercó su boca hacia la jugosa cueva y comenzó a beber de ella con gula. La lengua caminaba de arriba abajo, llenando sus pupilas del delicioso néctar que emanaba. Llevó una de sus manos hacia los labios vaginales, los abrió lo suficiente como para acceder mejor a la pequeña perla hinchada y acercó sus dientes. La mordió con suavidad, haciendo que la joven comenzara a estremecerse de placer. Las manos de Silvia se posaron sobre el cabello de su amante. Intentaba mantener el equilibrio que perdía al ser sometida a semejante gozo. Inclinó la cabeza hacia atrás y empezó a jadear con rapidez, Elsa sabía muy bien cómo llevarla a la locura y cómo hacer que ella se volviese una perra loca de deseo. Cuando el gemido se convirtió en grito de éxtasis, Elsa levantó su rostro y mostró con orgullo el brillo que rodeaba el contorno de sus labios. Nunca el jugo de una fémina le había resultado tan sabroso como el que ella le regalaba. Apartó con suavidad el pie de su amante y se levantó frente a ella. La aferró entre sus manos y la besó con pasión.

—Vamos —murmuró Silvia soltando una de las manos que la amarraban por la cintura y aferrándose a la muñeca de ella para dirigirla hacia el sofá que se encontraba en el lugar más apartado y oscuro del despacho.

La dejó durante unos segundos de pie frente al sillón para caminar hacia la mesa de la oficina. Elsa la miraba con entusiasmo intentando averiguar qué es lo que estaba buscando en aquel cajón donde no paraba de trastear. De pronto cerró y regresó a donde se encontraba. En sus manos llevaba dos enormes juguetes de silicona de diversos colores. Ambas sonrieron como cuando estaban en las celdas del colegio, deseosas de sentir ese placer que se les había sido negado.

—¿Arriba o abajo? —preguntó Silvia mostrando los consoladores.

—Arriba —respondió.

Se acercó despacio y la cogió del cuello atrayéndola hacia ella para darle otro beso ardiente.

En el momento que estuvieron a punto de desfallecer por la falta de oxígeno, se separaron y se tendieron en el sofá tal como habían comentado. No era la primera vez que lo hacían, ni sería la última. Aunque en esta ocasión no tenían mucho tiempo para jugar puesto que el club se abría en media hora y sus maridos llegarían antes. Así que, con suavidad, pero con destreza, cada una con su juguete en una mano y abriéndose paso entre los hinchados y palpitantes labios, empezaron a invadirse. Ambas gimieron tras notar la primera penetración. Silvia recogió todo el flujo que Elsa soltaba sobre el consolador y se lo llevó a la boca. No se cansaría jamás de degustarlo. El sabor afrutado que desprendía era, para ella, como disfrutar de un buen caviar junto con una botella de Armand de Brignac.

Por otro lado, Elsa sabía muy bien cómo debía de actuar con Silvia cuando se encontraba bajo el placer de sus manos. No podía ser delicada, para ella no. El sexo tenía que ser fuerte y rápido porque solo así podría llegar a sentir el clímax del nirvana. De ahí que las dos se compenetraran tan bien y hubiesen mantenido en vigor las relaciones sexuales, a pesar de que estar casadas. Porque conocían a la perfección que para mantener un equilibrio mental, necesitaban mantener una buena armonía carnal, y no siempre lo lograban bajo la piel de sus esposos.

—Sigue, cariño, sigue… —murmuró Elsa cuando la amada comenzó a introducir saliva en su ano.

—No voy a parar —contestó Silvia. Y después de cubrir con babas el falso pene, emprendió unos suaves empujes dentro de su recto—. ¿Bien? —preguntó cuando su cuerpo albergó todo el consolador.

—Muy bien —respondió entre jadeos de satisfacción.

Silvia empezó a bombear el simulado falo al mismo tiempo que acariciaba el hinchado clítoris y volvía a recoger con su lengua el delicioso néctar. Las rápidas respiraciones hacían que el cuerpo se

moviese sin control. Intentaba mover la cabeza, mordía sus labios y ponía los ojos en blanco.

—¡Sigue, nena, sigue! —gritaba deseando llegar hasta donde se dirigía—. ¡Dame lo que necesito!

Y su deseo fue concedido. Bombeó más fuerte, acarició con su nariz el clítoris a la vez que mordía con fuerza los labios ensanchados por la excitación. Se movía como una serpiente, como un caballo desbocado por una pradera al sentir su libertad. Sus gemidos sonaban como la melodía más exquisita que se podría interpretar.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —exclamó de gusto mientras se corría en la boca de su amante.

Pero antes de que Elsa pudiera perder las fuerzas, agachó la cabeza y absorbió el sexo húmedo de Silvia. Ahora le tocaba su revancha y, aunque fuesen cinco o diez minutos los que tendría para satisfacerla, la haría chillar hasta dejarla muda.

Capítulo 1

Mañana de cumpleaños

Dicen que el dinero hace la felicidad, pero Lucía no estaba segura de ello. No podía quejarse, vivía acomodada desde que se casó con Jorge, a quien intentaba agradecer el bienestar que le había ofrecido. Sin embargo, se encontraba triste. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Se suponía que el matrimonio sería el colofón para una mujer de su posición, aunque ella deseaba eliminarlo lo antes posible. Escuchó un ruido en el baño y giró su rostro hacia él. Se estaría preparando para marcharse al trabajo. De nuevo dirigió la mirada hacia el exterior y comenzó a tocar el frío cristal con los dedos. ¿Cuánto tiempo llevaba sopesando la idea? ¿Cuatro? ¿Cinco años? Pero nunca daba el paso, no se atrevía a dejar todo lo que tenía a su alrededor porque su esposo la destruiría, de eso estaba segura.

—¿Ya estás despierta? —La voz de Jorge interrumpió sus pensamientos.

—Sí, acabo de hacerlo —respondió sin ganas.

—Hoy tengo unas reuniones importantes. Quizá llegue tarde a casa, pero cuando regrese celebraremos tu cumpleaños.

—Tengo planes… —murmuró mientras se retiraba del ventanal.

—¿Planes? ¿Qué planes tienes? —replicó enfadado. No le gustaba que ella organizase un día sin haberlo consultado antes. Él era quien decía la última palabra y con ello la proposición sería aceptada, si lo veía apropiado para la intachable vida social en la que vivía, o negada de inmediato.

—Elsa me ha invitado a comer. No estaremos solas, vendrán más amigas.

—¡Te he dicho muchas veces que esa tipeja no es buena para ti! —Comenzó a enfurecerse—. Eres una mujer respetable y eso a lo que tú llamas amiga, es tan solo escoria de mundo.

—Como te he dicho, habrá más gente. —Se sentó sobre una esquina de la cama mientras miraba cómo su esposo se colocaba la corbata.

—De todas maneras, no me agrada esa fiesta. ¿Dónde iréis? —siguió el interrogatorio.

—A un restaurante nuevo, se hace llamar *Dos por Dos*. Levantó una ceja y observó el rostro de su marido. Si por un momento pensaba que aquel lugar era impropio, le negaría de manera contundente acudir sin tan siquiera pensar que la reunión era para ella.

—Me han hablado de él, lleva poco tiempo abierto —explicó reflexivo—. Los socios han comentado varias veces sobre la posibilidad de hacerles una visita y sopesar si el local está acondicionado para realizar allí las cenas con los futuros inversores.

—Si lo deseas, cuando regrese te comento mi impresión. —Sonrió tímida. Le gustaba la idea de poder ayudar en algo a alguien, ya que, viviendo bajo las órdenes de su marido, tan solo podía acatar sus mandatos sin pestañear.

—No hace falta, ya lo haré yo cuando les visite alguna vez. —Buscó en el perchero la chaqueta del traje oscuro que llevaba puesto —. ¿Dónde se supone que estarán nuestros hijos? —preguntó tras unos segundos de silencio y meditación.

—Mi madre los recoge hoy del cole y se los lleva a la casa de campo todo el fin de semana. Les vendrá bien cambiar de aires.

Además, llevaban tiempo suplicando visitar a los abuelos. —Lucía alargó la mano y sacó unos pantis de red que guardaba en su segundo cajón. Su lugar secreto. Las miró con cariño y comenzó a vestir los desnudos pies. Aquellas prendas eran lo único que se podía permitir llevar sin que su marido se alterase demasiado. Aunque de vez en cuando le soltaba alguna que otra charla sobre qué clase de mujeres se ponían ese tipo de lencería.

—No entiendo cómo pueden gustarte. Son muy parecidas a las que se ponen las putas en los burdeles. —El marido las miraba con repulsión.

—Me parecen bonitas —susurró sin ser capaz de levantar la mirada.

Las acarició con suavidad, y al mismo tiempo que las manos paseaban por la longitud de sus piernas, la mente viajó a un lugar desconocido donde lo único que veía era a su esposo postrado a sus pies, con cintas de cuero rodeando su cuerpo y besando, de forma concienzuda, los delicados *pantys* que había despreciado sin motivo alguno.

—Ten cuidado en la fiesta. —Lucía giró su cabeza hacia él y amusgó los ojos—. Esas reuniones femeninas nunca terminan bien: Se desmadran cuando no tienen a los maridos para que las dirijan. Se os da un poquito de confianza y os volvéis locas. Pero a ti ni se te ocurra hacer gilipolleces, ¿has comprendido? No quiero estar en boca de nadie y menos por ese tipo de indecencias.

—Tan solo vamos a comer en el restaurante, no debes preocuparte por nada —comentó mientras su verdadero yo gritaba por salir de su interior y explicarle que ni ella era una zorra que debía de ser sometida, ni tampoco una perra en celo.

—¿Preocuparme? ¡Claro que no! Como se te ocurra hacer algo fuera de lo habitual, te pego una patada en el culo y sales disparada de esta casa, eso sí, sin los puñeteros diablos a los que llamas «hijos» —le señaló con el dedo para darle más énfasis a su advertencia.

—Estás exagerando, ¿no crees? —Se quedó pasmada ante lo que estaba ocurriendo. Había dejado de ser sutil en sus amenazas, o tal vez ese enfado era consecuencia a su falta de encuentros sexuales. Llevaban más de un mes sin hacer el amor y eso parecía crear cierta tensión entre ambos. Pero no le apetecía hacer nada. ¿A quién le podía atraer la idea de meterse en la cama con el hombre que te amenazaba en quitarte los hijos si pedías el divorcio? A ella no, aunque sabía que tarde o temprano debía de abrirse de piernas para relajar el ambiente familiar. No deseaba que los niños crecieran en un entorno hostil, como le sucedió a ella.

—Tú vete, vete. Pero atenta a las consecuencias. —La miró desafiante y cerró la puerta.

—Felicidades, cariño —murmuró Lucía para sí tras la salida del marido—. Espero que tengas una jornada llena de ilusión y alegrías en el día de tu cumpleaños…

No había sido capaz ni de felicitarle. Tan solo se preocupaba de amenazarla para que actuase tal y como él deseaba. Así lo llevaba haciendo desde que se comprometieron. Al principio ella pensó que sería un acto de posesión masculina, sin embargo, con el paso de los años, descubrió que más bien era una característica típica de un marido gilipollas. Tenía la certeza de que no la amaba, pero no se lo reprochaba porque ella tampoco lo hacía. Se habían casado muy jóvenes, quizás antes de poder saber lo que era el verdadero amor y la auténtica pasión que tienen los verdaderos enamorados. Pero el destino se lo puso en su camino y tuvo que aceptarlo. ¿Durante cuánto tiempo más aguantaría al cabrón que la sometía? No le ponía fecha de caducidad a un producto que estaba caducado antes de empezar, aunque, tarde o temprano, la pantomima de matrimonio en el que vivía, finalizaría. El teléfono móvil comenzó a sonar despertándola del abatimiento mental al que se sometía. Estiró la mano con pereza y descolgó.

—¿Sí? —respondió sin emoción.

—¡Felicidades! —gritó una voz femenina con bastante energía.

—Gracias, Elsa, eres la primera que me felicita.

—¿No lo ha hecho tu querido cónyuge? —preguntó suspicaz.

—Ni se ha molestado… Estaba más preocupado en amenazarme que en felicitarme.

—¡Hijo de puta! Te juro que le arrancaré los huevos.

—El problema ha sido que no he tenido tiempo para hablarle sobre los planes que teníamos hoy, y cuando se los he explicado, no se ha puesto muy contento.

—¡Qué bastardo! Te he dicho muchas veces que lo dejes, que te mereces algo mejor y que puedo comenzar a buscártelo cuando quieras. Si fuera tú, a todo le diría que sí y luego… ¡¡tendría más cuernos que un toro!! —Comenzó a sonreír con fuerza.

—En fin, dame alegrías y no penas. ¿Cómo va todo? —Cambió con rapidez de tema porque no quería seguir sintiéndose mal por el nefasto matrimonio en el que se hallaba. Era su día.

—¡¡Genial!! ¿Estás preparada para la mejor fiesta de cumpleaños que hayas tenido en tu vida?

—Me conformo con que sea algo divertido y me saque de esta maldita rutina. —Miró a su vestidor y se quedó en silencio. Poco después empezó a buscar entre las perchas algo que le llamase la atención—. No encuentro nada para ponerme en un día como hoy.

—Yo me pondría *sexy* y dejaría ese estilo de eterna monja que llevas a cuestas.

—Es fácil decirlo cuando no se tiene un marido que puede quemarte en la hoguera por brujería si llevas un escote dos centímetros más largos de la cuenta. —Seguía buscando por si en algún rincón de aquel tosco armario se hallase el vestido que deseaba, cosa que le parecía bastante raro puesto que era su querido marido quien elegía el vestuario más adecuado para ella.

—Venga, mujer. Por una vez en tu vida haz lo que te dé la gana sin pensar en lo que dirá o pensará él. Saca la chica mala que llevas dentro. —Elsa la quiso estimular con sus palabras. Tenía plena certeza que debajo de aquella fría imagen, había una mujer ardiente y deseosa de salir al exterior.

—Al final Jorge va a tener razón y eres una mala influencia para mí.

—¿Esa opinión tiene sobre mí? Bueno, ya sabes por dónde me paso sus ideas… —carcajeó.

—No seas mala, a pesar de ser un imbécil es mi marido. Pero esta vez creo que tienes algo de razón. Hoy quiero que sea diferente, ya no solo porque cumplo treinta y ocho años, sino también porque tengo el pálpito que será un día muy especial.

—¿Especial? ¿Te refieres a que te has dado cuenta, por fin, de que tienes tan solo treinta y cuatro y te vistes como una de sesenta? O, ¿tal vez te haya venido bien que tu queridísimo Jorge no te felicite y quieras buscar los agasajos en otros brazos?

—Eres una zorra… —Se volvió a sentar sobre la cama y acarició lo único que llevaba puesto, sus medias.

—Haz lo que te dé la gana, pero lo único que te digo es que por una vez en tu vida decidas qué quieres y lo hagas sin pensar en qué dirán. Recuerdo una Lucía traviesa, una que luchaba por los derechos de las mujeres en un lugar donde tan solo podíamos callar y escuchar.

—Ha pasado mucho tiempo de aquello. La gente cambia, yo he cambiado… —suspiró con nostalgia.

—¿Qué te haría feliz en este día?

Lucía se quedó callada durante unos segundos pensando cuál sería la intención de la pregunta.

—¿Hola? —inquirió Elsa al no ser contestada.

—Si hago lo que estoy pensando y se entera, el cabreo será abismal.

—¿Quieres follarte a otro?

—¡No! Tan solo quiero vestir, por un día, de forma diferente —respondía mientras se levantaba de un salto del colchón y cogía unos zapatos de tacón que tenía escondidos en su ropero.

—Dos cosas tiene: enfadarse y que se le pase. ¿De verdad que no te planteas tener un buen amante? Es bastante bueno para eliminar la ansiedad.

—¿Encontrar a otro hombre? ¡Ni de coña! Bastante tengo con este. Oye… ¿a qué hora se supone que hemos quedado?

—Estaremos allí sobre la una y media.

—Creo que me dará tiempo ir al centro comercial y echar un vistazo. Quizás encuentre lo que estoy buscando. —Lucía miraba y remiraba el reloj.

—Si llegas más tarde, pero desconocida, te lo perdono. Así cerrarás las bocas de esas que llamas amigas. ¡Venga, chiquilla! ¡No te entretengas con tonterías! Hasta luego.

—Nos vemos.

Cogió el primer vestido que encontró, se enfundó los zapatos que tenía entre sus manos y salió con rapidez de casa. Hoy debía pensar tan solo en ella, sin darle vueltas a las repercusiones que tendrían sus actos. De todas formas, no iba a hacer nada extraño, se trataba de una reunión de amigas para celebrar un día especial. Cuando todo acabase, regresaría a su rol de mujer sofisticada y virginal. ¿Qué había de malo en ello?



El centro comercial era enorme. Paseaba de un lado a otro sin encontrar nada que le llamase la atención. No tenía una idea exacta de lo que deseaba, pero seguro que lo sabría cuando lo viese. Tras visitar más de diez locales y no hallar nada, se desmoralizó. Al final se debía conformar con el atuendo que llevaba puesto. Miró el reloj y se sorprendió: eran las doce y cuarenta y cinco; ya no había tiempo para seguir con la búsqueda, así que decidió marcharse hacia el restaurante y que fuese lo que tuviese que ser. Quizás el año que viene tendría más suerte. Afligida, acercó su bolso al torso y presionó el botón del ascensor para bajar al aparcamiento. Cuando las puertas se abrieron apareció una chica vestida de cuero negro. Iba muy gótica pero el vestido era precioso. Se ceñía al cuerpo, mostrando las curvas de la muchacha. Unos pequeños adornos

plateados embellecían los gruesos tirantes. Pero lo que le llamó muchísimo la atención fue el escote. Si se agachaba más de la cuenta podía verse sin tapujos el ombligo. Lucía lo observó muy intrigada. Se imaginó cómo sería llevar un vestido así y que todo el mundo girase la cabeza para volver a deleitarse con tu presencia. «¡¡Ese!!», gritó una vocecita dentro de su cabeza. «¡Quiero ese ya!», continuó hablándole. Miró de nuevo a la joven de arriba abajo. La chica se quedó parada y sorprendida de la inspección e intentó esquivarla para marcharse. Fue entonces cuando Lucía no reparó en modales y se abalanzó sobre la joven para interrogarla.

—¿Dónde has comprado ese vestido?

—¿Cómo? —preguntó la chica aún más atónita cuando supo la razón de aquella extraña actitud.

—Necesito un vestido y el tuyo me gusta. ¿Dónde lo has comprado?

—Justo ahí. —La chica le señaló una tienda con logotipos negros.

Al principio Lucía pensó que le estaba tomando el pelo. Tal vez la muchacha había pensado que era una desequilibrada y la mandaba al primer sitio que se le ocurría. No era otro que una especie de *sex-shop*. Así que giró la cabeza hacia la extraña y le dijo:

—Aunque pueda parecerte una loca, no lo soy. Llevo más de dos horas visitando todas las tiendas porque hoy es mi cumple y quiero ir a la fiesta vestida de forma diferente a la que suelo ir.

—Entienda que la situación es extraña, pero a pesar de todo no le he mentido. Me lo compré allí la semana pasada. Cuando yo fui había bastantes a buen precio. No todo el mundo luce un vestido de esta forma —posó las manos en su cintura y se expuso ante Lucía.

—Eso ya lo sé. Pero solo por ver las caras de mis amigas, ya habrá valido la pena.

—El vestido no hace a la mujer, es la mujer quien hace a la prenda. —Se apartó de ella hacia atrás y comenzó a alejarse.

—No sé muy bien lo que has querido decir, pero te doy las gracias por haberme respondido. —Ahora la desconcertada era Lucía.

—No te preocupes, cuando el tejido toque tu piel, lo entenderás. —Se giró, alzó la mano para despedirse y siguió andando hasta perderse entre la multitud.

«¿Y esta se había asustado de mí? ¡¡Por el amor de Dios, si parece que se ha escapado de un psiquiátrico!! Bueno, que no tengo tiempo. Me ha dicho que era…». Levantó la mirada hacia la tienda y aligeró el paso.

Cuando llegó a la entrada del local, se paró y miró hacia un lado y hacia el otro, nadie conocido debía verla entrar allí. Si la descubrían, pronto lo sabría su marido y este entraría en cólera dando gritos y aspavientos. Se lo imaginó en la puerta del local donde celebraba la fiesta resoplando como un toro y portando en su mano el primer abrigo que le tapase hasta los tobillos. Él era así… Al cerciorarse de que no había nadie por los alrededores que la pudiese fastidiar, entró y se acercó a la dependienta para hablarle muy bajito.

—Buenas tardes. Me han informado que venden vestidos negros. —La boca de Lucía rozaba la oreja de la chica. No quiso especificar el material de la prenda porque le daba vergüenza pensar que alguien pudiera escucharla. Una mujer de treinta y tantos, con un vestido de Channel y pidiendo una cosa así, solo podía llegar a una conclusión: era puta y se gastaba el dinero en vestidos caros.

—Buenas tardes. Me quedan algunos… ¿Me dice su talla, por favor? —La joven también respondió susurrando.

—Suelo llevar la treinta y ocho o cuarenta. Aunque no sé si entraré con mis nuevas caderas —dijo llevándose las manos hacia la cintura.

—Las curvas en una mujer son señal de feminidad, señora. No es lo mismo el balanceo de un buen culo que de alguien que la espalda le llega a las piernas. Ya me entiende —le guiñó—. Además, yo que usted, en vez de ponerse algo como eso —le señaló un perchero con vestidos de flecos y encajes—, me atrevería con estos. —La chica la dirigió hacia un armario que se encontraba cerca de los probadores.

Miró varias veces el cuerpo de Lucía y seleccionó uno de todos los que tenía—. Este le quedará genial, se lo prometo.

Lucía cogió el atuendo y corrió hacia el probador. Se había encaprichado con la prenda y no se la quitaría de la cabeza hasta que viese con sus propios ojos que no le quedaba bien; sin embargo, ocurrió todo lo contrario. El cuero se adaptaba de forma increíble a sus curvas, se podría decir que «le quedaba como un guante». Se miró en el espejo del probador y disfrutó de manera pecaminosa con lo que contemplaba. «Parezco una mujer de esas que pegan», se dijo. De repente, una sonrisa pícara apareció en su rostro y se imaginó que su mano derecha llevaba una pequeña fusta y, en la izquierda, unas esposas. Fue en ese mismo instante cuando un calor extraño apareció en su sexo. El clítoris palpitó de excitación y su cuerpo fue invadido por una corriente eléctrica sobrehumana. Todo su ser le estaba indicando que necesitaba para ser ella misma. Aquello que dormía entre prendas de seda se había despertado con el tacto de otra piel. Tuvo que cerrarlos para tomar conciencia de lo que estaba sucediendo. Tuvo que cerrar los ojos para no verse más…

—¿Cómo le queda? —La dependienta corrió la cortina hacia un lado sin avisar despertándola de golpe de su trance.

—No creo que sea lo que esté buscando —le dijo sin moverse del lugar. Sus pies se habían quedado pegados al suelo. Tal vez le obligaban a seguir contemplando aquello que no quería ver.

—Lo dirá de broma, ¿no? Porque ese vestido ha nacido para cubrirla. No le hace arrugas en la cintura. —Pasaba la mano por el cuerpo de Lucía para reforzar sus palabras—. El escote de la espalda le queda justo donde debe estar. El pecho se realza… ¡Perfecto! —exclamó sonriendo. Pero al ver la cara de su cliente posó la palma sobre su hombro y le susurró—: Una sotana no hace al monje, un vestido como este no hace que parezcas lo que no eres, tan solo te ayuda a descubrir quién puedes llegar a ser. Pero si te sientes mal con él puesto, te puedo buscar otros. Mira allí —dijo señalando los

del pechero que habían visto la primera vez. Tienes muchos donde elegir.

Se quedó callada mirando de nuevo al espejo. En efecto se veía bastante bien. Quizá todo aquello que había sentido eran solo locuras mentales al verse con prendas diferentes a las que estaba acostumbrada. Giró la cabeza hacia la dependienta y contestó a la sonrisa que ella le ofrecía.

—Me veo rara, es solo eso… —murmuró.

—Pues usted decide, ¿se lo queda?

Lucía dudó durante unos segundos en los que pensó en la cara que pondrían sus amigas al verla vestida de aquella forma. Posiblemente llegarían a la conclusión de que su etapa de «depresión de los cuarenta» se habría adelantado un par de años y no se tomarían aquello como algo importante. Luego imaginó el rostro de su marido y soltó una carcajada.

—¿Sí? —preguntó la joven.

—Me lo quedo. La única pega es que creo que el escote de la espalda es algo exagerado.

—La espalda es una de las partes más sensuales que tiene la figura femenina y está para enseñarla, señora. Créame, está increíble.

De pronto, como salidos de la nada, comenzaron a vitorearla unos muchachos que andaban merodeando por la tienda. Lucía levantó la cabeza para mirarlos y se sorprendió al verlos tan entusiasmados por ella. Se asustó y anduvo con más rapidez hacia el mostrador, aunque en el fondo su ego comenzaba a exaltarse y a tomar una fuerza que no había sentido en muchos años.

—Déjeme ofrecerle algo más. —La muchacha sacó una caja y la puso encima del cristal—. No es una joya tan valiosa como la que lleva por pendientes, pero es la más adecuada para ese exitoso vestido. —La abrió y le mostró un collar negro.

—Es bonito, pero ya tengo esta gargantilla. —Se la tocó con las manos. Sin embargo, la dependienta hizo oídos sordos y se acercó

detrás de Lucía con el objeto en la mano, le desabrochó el que llevaba y le colocó el otro.

—Esta preciosidad es un collar de espalda, resaltará su belleza. Además, la gran perla negra oscilará al ritmo de sus caderas y eso será el punto más erótico para quien la observe desde atrás —Lucía la miró de soslayo, no entendía esa media sonrisa que la joven insinuaba tras decir aquellas palabras. Pero la muchacha no le explicó nada, sino que continuó la conversación—. Para finalizar, un detalle imprescindible para esta transformación, unas gafas negras.

—¿Me quieres convertir en una bruja? —preguntó con una risita.

—No, solo quiero mostrarle lo que esconde. En su interior hay una mujer ardiente deseando dar placer y amar con mucha pasión.

—Esto es tan solo para una fiesta… —dijo acentuando sus palabras con el ceño fruncido.

—Lo que usted diga, pero no se imagina el poder sexual que desprende. Si no me cree, mire a los chicos que se encuentran en la tienda. Están embobados y cubriendo las erecciones que les provoca una mujer como usted. —La cogió de los hombros y la hizo girar sobre sí misma para que contemplase lo que le estaba diciendo.

En la planta del local había cinco hombres: dos de unos veinticinco años y tres de unos dieciocho. Estaban dispersados entre los pasillos de la tienda e intentaban esconder la excitación que guardaban bajo el pantalón con cualquier caja que los cubriese. Al girase Lucía y contemplar el espectáculo que había en torno a ella, tomó fuerzas y se enderezó para mostrarse por completo. Se sentía extraña. Por unos instantes pensó que estaba fuera de lugar. Era una mujer casada y respetable y aquel tipo de situaciones le resultaban deshonestas. Sin embargo, la vocecita que había aparecido antes por su cabeza resurgió: «Saborea el momento. Disfruta de lo que tienes a tu alrededor en vez de amargarte que para eso ya está tu casa. Por fin te sientes deseada, admirada… ¿no te lo puedes permitir tan solo unas horas? Mañana la rutina volverá y esto lo tendrás como un bonito recuerdo en el que apoyarte esos días de llanto».

—Si no es capaz de descubrir su verdadera esencia —le susurró al oído interrumpiendo de nuevo sus pensamientos—, no conseguirá ser feliz. La vida que está llevando es solo la mitad de lo que en verdad necesita.

—¿Me dices qué te debo? Tengo algo de prisa. —Las palabras de la chica la incomodaron aún más. No era coherente que alguien le insinuara aquello que debía de hacer cuando ni ella misma sabía qué dirección tomar.

—Las gafas son un regalo —dijo la chica. Cogió la mano a Lucía y le susurró—: Si algún día decide hacer caso a su conciencia, puedo ayudarla.

—Gracias, pero no la necesito. Esto es para hoy… —Sacó el dinero, se lo puso en el mostrador, atrapó la bolsa donde había colocado su anterior prenda y se dispuso a salir con rapidez. Necesitaba con urgencia respirar aire fresco puesto que el que tenía a su alrededor estaba demasiado contaminado.

Sin embargo, antes de pisar el exterior, la vida le iba a dar otra sorpresa. Uno de los jóvenes parecía estar esperándola en la puerta. Con una camiseta de manga corta que dejaban a la vista los bíceps trabajados en el gimnasio, un tatuaje en el cuello y una sonrisa preciosa, la miró de arriba abajo y apoyó su palma en el marco de la puerta. Lucía, al principio, se quedó petrificada. Aquella manera de actuar le resultaba un tanto acusante, pero en vez de asustarse, levantó sus gafas nuevas y miró con fiereza al muchacho. Si el jovenzuelo pretendía intimidarla con una mirada de deseo… ¡Iba listo!

—*Madame*, espero con ansía volverla a ver —le dijo el chico apartándose de la puerta y dejándola pasar.

—¿Me has tomado por una niñera? —Levantó la barbilla y miró aquellos profundos ojos verdes.

—Ni mucho menos, *madame*. Pero este perro necesita ser honrado con su presencia de vez en cuando.

—Me lo pensaré. —Bajó sus gafas y se marchó de allí con paso firme.

—Oh, posible!!

«¿Has visto? Yo no te engaño, eres poderosa…», le habló de nuevo la voz.

Se dirigió al ascensor, presionó el botón y sonrió. Durante aquellos minutos se había sentido como la primera vez que se montó en la Montaña Rusa, llena de excitación y deseosa de que no terminara jamás. Sin embargo, tenía que darse prisa e intentar no llegar muy tarde a su fiesta. Se miró en el espejo y se recogió su larga melena dejando al descubierto su cuello. Se palmeó el vestido para ajustarlo más a su piel, y pensó en las caras de sorpresa que pondrían sus amigas al verla llegar. «Serán todo un poema», pensó.

Capítulo 2

Una obligación agradable

Como cada mañana, Andreu había corrido por el parque, se había dado una larga ducha y ahora se dirigía hacia su trabajo para llenar su tiempo de reuniones, informes y casos nuevos. Llevaba realizando la misma rutina desde mucho tiempo atrás. Pensaba que de esta forma controlaba su vida mejor de lo que había hecho con anterioridad, donde le asaltaron, de repente, multitud de sorpresas desastrosas. Otra de las razones de mantener esa incansable existencia era no plantearse por qué no podía hallar una mujer que lo amara a él y no a su dinero. Se sentía solo en medio de la nada. Un hombre sin brújula en mitad del desierto, una persona tan vacía en su interior que apenas podía soportar la tristeza de dicha soledad. Sin embargo, su apariencia con los demás era muy diferente. Ocultaba su verdad bajo una máscara de madurez y optimismo.

Saludó a la secretaria y caminó hacia su despacho. Hoy sería un día muy duro: una docena de archivos que repasar, la visita de un nuevo cliente y una deseada reunión con el socio que aumentaría el capital de la empresa. Una agenda de lo más completa, pero como el destino no se puede controlar, a pesar de querer hacerlo, se vio enfrascado en un plan para el que no le había pedido opinión.

—¡Joder, tío! ¿Por qué narices me haces esto? —Andreu giraba el sillón de derecha a izquierda con bastante fuerza. Odiaba cambiar los planes y su hermano le había organizado algo sin su consentimiento.

—¡Es solo un puto cumpleaños! ¿Es que ya no te acuerdas de lo que significa disfrutar? Estás tan absorto en esa mierda de oficina que no ves más allá de esos dichosos papeles.

—Esos dichosos papeles, como tú los llamas, son la razón por la que conduces un Porche y no una chatarra. —Apretó con fuerza los puños y tomó aire despacio. La excusa que daba a todo el mundo sobre el intenso trabajo que había en la oficina le hacía estar liberado de cosas como esta; sin embargo, para Fidel no le servía de nada. Él hacía y deshacía a su antojo y todos los que estaban a su alrededor debían de seguirlo.

—Tengo una reunión muy importante. Llevo meses detrás de ese hombre para que pueda ayudarnos sobre un caso que nos dará más beneficios.

—No te pido que permanezcas todo el tiempo. Pero sí que me gustaría apagar las velas y verme acompañado de mi hermano —dijo, todo afligido—. Aunque no te lo creas, todavía te necesito.

—¿No me vas a pedir nada más? —contestó después de pensárselo durante unos segundos.

—Te lo prometo. Ven a comer y te juro que no te pediré nada más.

—¡Trato hecho! No vale echarse atrás. Mira, Fidel, que te conozco… —Arqueó su ceja derecha y cogió unos informes que estaba valorando.

—Estoy haciendo la cruz de la promesa, hermano. —Sonrió complacido—. ¡Venga, nos vemos a la una y media! La reserva la hemos hecho en el *Dos por Dos*. Ha comentado la chica que en la misma sala habrá un grupo de mujeres, pero no resultarán un problema porque estaremos alejados de ellas. Esos salones son enormes.

—Fidel, no necesito otra cazafortunas. Tú puedes ser feliz con una arpía interesada en tu cuenta bancaria, pero yo no. Prométeme que no es una encerrona de las tuyas. —Andreu miró hacia la ventana.

—¡Que no, joder! Es solo una reunión de amigos, una comida entre chicos para abrir boca a la fiesta que doy esta noche. —Fidel se frotaba las manos mientras pensaba en la llegada del crepúsculo; música, chicas, juerga, sexo… El cóctel perfecto para finalizar un día de cumpleaños.

—Allí estaré —la voz derrotada de Andreu apareció tras una leve reflexión.

—Gracias, hermano. Te debo una. —Y con la satisfacción de haber ganado una batalla, desconectó la llamada.

¿Cuánto tiempo llevaba enclaustrado entre aquellas paredes? ¿Cuatro, cinco, seis meses?, ¿o tal vez un año y medio? A sus veintinueve llevaba una eternidad jugando a ser el patriarca de la familia. Tal vez se había acomodado a la situación y ahora no quería ver más papel en su vida que los que tenía sobre su mesa. A los cuales daba gracias porque de no ser por ellos el desamor que vivió en el pasado hubiese terminado peor de lo que acabó. La vivencia con *Dulce* fue el detonante de su enclaustramiento. El apodo se lo había puesto Fidel al descubrir las patrañas que tejía en su mente.

Frunció el ceño y apretó con fuerza los documentos que tenía entre manos al recordar el momento en el que pidió explicaciones a Cayetana por lo sucedido. Ella tan solo gritó, desde la puerta al marcharse, que le daban asco sus caricias, que odiaba cómo hacían el amor y que no se lo habría follado de no ser por la suculenta cuantía que tenía en el banco. Cerró sus ojos y agitó la cabeza para hacer que se marchasen aquellos pensamientos. En algún momento de su vida tendría que olvidar su pasado para comenzar un nuevo futuro, pero por ahora le resultaba imposible.

—Señor Voltaire, la cita de las diez treinta está en la sala de reuniones. —La acaramelada voz de su secretaria interrumpió sus agrios pensamientos.

—Gracias. Elena, necesito el *dossier* de ese caso. —Andreu fijó su mirada en el cristal del ventanal—. ¿Te importaría traernos un café?

—En cinco minutos los tendrá sobre su mesa. Por cierto, el señor Fidel quiere que le anule la cita de esta tarde. ¿Lo confirma?

—¿Tengo algo importante? —Rezó en voz baja para que sí lo fuera, de ese modo tendría la razón perfecta para anular su invitación.

—Se trata tan solo del señor Ramírez. Desea agradecerle la ayuda en su caso. Hasta el lunes a las once no hay nada interesante —mintió. Pero le daba igual que viniese a verlo el Rey, hoy tenía que sacarlo de aquel lugar fuera como fuese.

—Gracias. Estaré con el señor Martínez en un minuto.

—Se lo haré saber.

Flores, él necesitaba muchas flores para el frío ventanal. A ver si de esta manera, en vez de sentirse helado, se reconfortaba con el perfume de las plantas y el colorido de sus frutos.

Horas después, aparcó en la entrada del restaurante. Le daba igual llegar unos veinte minutos tarde, así aguantaría menos los rebuznos varoniles de los invitados. Echó un vistazo a la fachada del nuevo local y le gustó mucho la sensación de calidez que emanaba. Por un instante pensó que podría celebrar allí las reuniones con los clientes y abandonar el sobrio lugar donde los recibía. Caminó hacia la entrada, abrió la puerta, respiró hondo y levantó un pie para entrar cuando escuchó:

—¿Pasas o te quedas fuera? —Una voz femenina le hizo girarse de golpe y al contemplarla se quedó atónito.

«¡Mierda! La armadura de caballero se ha hecho añicos», pensó.

Capítulo 3

Dos por dos... ¿son cuatro?

Lucía llegó tarde, como siempre. Pero hoy tenía la excusa perfecta: enseñar una imagen diferente. Paró el motor del coche, cogió el bolso y se miró al espejo. Se encontraba tan bien, le gustaba tanto cómo se veía, que pensó una y otra vez que no debía de sentirse tan feliz con su nuevo *look* porque no era el apropiado para ella. ¿Qué pensaría su marido si la viese vestida así? Nada bueno, de eso estaba segura.

Caminó con elegancia hacia la puerta, sus caderas bailaban sensuales bajo el estupendo vestido. Se detuvo un momento para tomar aire, levantó la mirada y se quedó de piedra. Un muchacho, igualito a los adonis que había estudiado, permanecía inmóvil frente a la entrada. El joven parecía divagar, miraba una y otra vez el frontal del restaurante dudando si entrar o no. Dejó que se aproximara hacia la puerta, y con paso firme se colocó tras él. Acostumbrada al empalagoso perfume de su marido, el de este le resultó agradable. Era una mezcla entre flores y frutas, una esencia imposible de olvidar. Recogía su larga cabellera engominada en una coleta hacia atrás. Por un instante tuvo la tentación de acariciarla, pero se contuvo.

—¿Pasas o te quedas? —Volvió a repetir—. Llego tarde.

—Lo siento, no la había visto. Pase por favor. —Andreu se apartó dejando la entrada libre a la dama. Cuando ambas miradas se cruzaron, sintieron una energía especial. Era algo tan semejante como el descenso en una montaña rusa, o el salto en paracaídas desde un avión a más de cien mil pies. Ante la extravagante situación, el muchacho se ruborizó y Lucía se quedó prendada del bello rostro. Jamás se había encontrado bajo la atenta mirada de un hombre que dejaba ver con claridad el mar de sus ojos y el deseo de su alma.

—Gracias —agradeció mientras continuaba su camino hacia el interior del local.

El balanceo de sus caderas se hizo más exagerado. Ella quería pavonearse para él. Deseaba demostrar que su cuerpo todavía podía ofrecer una bonita sensualidad. Pero el contoneo no solo hizo que el muchacho admirase a la mujer, sino que también perdiera la consciencia emitiendo sin censura resoplidos y sollozos libidinosos. Aquel acto inesperado hizo que la autoestima y la confianza de Lucía aumentaran. Jorge, su marido, en más de una ocasión le había dicho que las mujeres que habían tenido hijos dejaban de ser llamativas para los hombres, y como en muchas ocasiones, su teoría había sido derrotada por la verdad real.

A Andreu le resultaba difícil controlar sus ojos. Estos seguían los suaves ajetreos que ella realizaba. Parecía estar poseído por el canto de una sirena, aunque claro, ni ella cantaba ni era una sirena. Tan hipnotizado se encontraba, que no dominó sus pasos y tropezó con el alzado de un escalón, cayendo sin poder evitarlo sobre la espalda descubierta de ella.

—¡Por el amor de Dios, ten cuidado! —gritó Lucía.

—De nuevo lo siento. Hoy parece que me he levantado con el pie izquierdo —se excusó mientras se volvía a apoyar en la espalda para poner distancia entre ellos.

Sin embargo, el ligero contacto con la piel de ella hizo resurgir la exigencia carnal que Andreu llevaba sepultando desde hacía tiempo. Esa necesidad que se calmaba él mismo para no tener que volver a

caer en el abismo de la tortura. Su sexo comenzó a alzarse y sintió la presión de este en su pantalón. Atolondrado, sonrojado y ávido de deseo por una extraña, saltó con rapidez hacia atrás e intentó esconder el bulto de su entrepierna. No sabía qué decir. No se le ocurría ninguna excusa para su comportamiento. Tan solo pensó que llevaba mucho tiempo sin sentir el calor de un cuerpo femenino y esa había sido la causa de su pérdida de autocontrol.

—¿Quieres ir delante? Por mi bienestar, creo que será lo mejor. —Lucía parecía asombrada ante la reacción que había tenido el muchacho. Cuando la tocó, dijo algo en francés y saltó hacia atrás con rapidez. Parecía avergonzado. Sus mejillas estaban colmadas de un rojo fuego y no paraba de mover las caderas como si le estuviese picando algún insecto. Frunció el ceño y lo miró con atención. Quizás estaba al lado de un loco. Un increíble, enigmático, atractivo y *sexy* demente que daban ganas de devorar.

—¿Le hice daño? —Andreu seguía sin poder controlar hacia dónde miraban sus ojos. Ahora contemplaba las medias de rejilla con las que la mujer cubría sus piernas. Después siguió con los zapatos. Le volvían loco los sentir en su piel la de ella.

—Estoy bien, pero me estás haciendo perder un tiempo precioso —dijo con enfado Lucía. A pesar de gustarle lo que veía y de notar que el joven estaba noqueado ante ella, debía de entrar y dejar a un lado ese deseo que ambos habían despertado puesto que estaba casada y esa mañana no se había levantado diciendo: «hoy como regalo de cumple, voy a disfrutar de un *yogurin*».

Andreu se volvió a disculpar y, parado un metro tras ella, dejó que entrara al local. Respiró varias veces con profundidad para retomar la normalidad. La situación se le había ido de las manos. Quizás el problema era que había estado tan ensimismado en sus nuevos proyectos que había dejado apartada la satisfacción personal. O tal vez era algo más simple; aquella mujer provocaba un deseo fuera de lo común.

Una vez dentro, Lucía se dirigió hacia al *maître*:

—Buenas tardes, soy Lucía Sandoval.

—Buenos tardes, señora, estábamos esperándola. Sus amigas están preparadas… —El *maître* giró la cabeza y miró al hombre que permanecía detrás de ella. Un muchacho callado, con la mirada perdida en el cuerpo de la mujer y olfateando, como un perro sabueso, el perfume que emanaba—. ¿Qué desea, caballero?

—¿Perdón? —Miró con cara de burla al sirviente—. ¡Ah! Sí, sí, disculpe. Soy el señor Andreu Voltaire.

Lucía esbozó una sonrisa. Estaba complacida consigo misma y eso hacía años que no lo sentía. Jamás observó en el rostro de su marido una imagen así. Nunca la miró con deseo. Apenas la abrazaba. Cuando hacían el amor se colocaba arriba, la follaba y terminaba con prisa. En más de una ocasión pensó que solo hacía sexo para tener más hijos. Claro está, Jorge no tenía ni idea que tras su tercer vástago ella comenzó a tomar anticonceptivos. No deseaba encadenarse aún más a un hombre que no la amaba. Cerró los puños y se obligó a eliminar los negativos pensamientos. Ya tendría tiempo para sentirse de nuevo desdichada con la vida que tenía. En aquel momento necesitaba disfrutar de la excitación y el deseo que el joven proyectaba hacia ella.

—Señor, la fiesta de su hermano ha comenzado sin usted. Pero si es tan amable de seguirme, les conduciré a ambos a sus respectivos lugares. —El *maître* empezó a andar despacio, mirando de soslayo a sus acompañantes. Tenía en su rostro una risa burlona, le parecía cómico el comportamiento que estaba teniendo el joven en presencia de la mujer.

El restaurante tenía varias salas, todas ellas con bastante amplitud. Quizá el dueño del local había pensado tener una gran cantidad de clientes, de ahí la inmensidad del edificio. Lucía iba observando todos los rincones por los que pasaba. Se quedó parada al ver un gran salón adornado igual que en tiempos del rococó. En otro, había un escenario e imaginó que era para celebrar conciertos o actuaciones. El empresario había creado un reino donde tenían cabida todo tipo de clientes.

—Perdone que le sea indiscreta —Lucía se dirigió hacia el *maître* —, por curiosidad… ¿cuántas salas tiene el restaurante? —Su pregunta tenía truco. Ella había observado en su recorrido unas escaleras al fondo de un pasillo paralelo al que andaban. Apenas eran visibles salvo que se pusiera hincapié en mirar. De ahí que pensó que el lugar escondía algo más de lo que aparentaba.

—El restaurante se compone de dos plantas, señora Sandoval. Aquí abajo tenemos cuatro salones, como ha podido observar…

—¿Y arriba?

—Es un club nocturno, señora —contestó sin titubeos.

—¿Club? —La voz de Andreu apareció por detrás.

—Sí, de día trabajamos en el restaurante, donde le esperan sus acompañantes —remarcó aquellas palabras— y en las salas que hemos observado. Pero por la noche, se cierra esta planta y se abre la de arriba, que como le he dicho es un club privado.

«Pero, ¿dónde me han traído?», pensó Lucía.

«¿Pero por dónde se mueve ahora mi hermano?», caviló Andreu.

El *maître* se paró frente a una gran puerta de madera tallada. Sus dibujos simulaban a las imágenes del juicio final. Lucía sintió un escalofrío al recordarle una época que tenía olvidada. De repente, sintió algo de calor tras ella. Se giró despacio y observó que el joven se había acercado a ella al sentir que se encogía de temor. Lo miró agradecida y, mientras daba un pequeño suspiro, supuso que el muchacho le ofrecía algo que nunca nadie le habían dado; protección y seguridad. Entonces, el encargado abrió y les invitó a entrar. Pero se quedaron parados. Se encontraban tan cómodos que no deseaban romper el hechizo de bienestar que les envolvía.

—Le esperan —insistió el empleado.

Al final el primer paso lo dio Lucía, no sin titubear en varias ocasiones sobre la decisión que había tomado puesto que cada centímetro que ponía entre ellos, más frío recorría su cuerpo. Arrugó la frente con suavidad. Le resultaba extraño tener aquel tipo de sensaciones hacia un hombre y mucho más siendo alguien a quién acabada de conocer. «Estoy peor de lo que imaginaba», se dijo al

creer que todo aquello que estaba sucediendo entre los dos era producto de su soledad. Levantó la mirada hacia el lugar que le había indicado el *maître* y sonrió con ganas al ver a sus amigas.

—¡Joder, Lucía! —exclamaron estas—. ¡Estás impresionante!

—¡Feliz cumpleaños! —dijo Elsa mientras se dirigía hacia ella y la envolvía en un fuerte abrazo—. Nena, estás rompedora. La última vez que te vi con un vestido de estos éramos unas locas de la noche.

—No me acordaba de lo bien que me hacían sentir… —respondió susurrando.

—¡Eeehhh! —le gritaron el otro grupo que se encontraba en la sala—. ¡Ven aquí, nosotros te felicitaremos!

—¡Fidel, esos modales! ¿Cuándo has perdido la educación?

Andreu se adentró con rapidez al lugar para reprender la actitud de su hermano. Por un segundo, se imaginó asfixiando a Fidel con sus propias manos por haber tratado a la mujer de aquella forma. «¡Relájate, Andreu! No es para tanto. Discúlpate en su nombre y así tienes otra razón para permanecer unos instantes más a su lado», se dijo. Caminó erguido, con la mirada fija en ella, e intentando aparentar una cara de enfado para que no pensase que la situación le parecía divertida.

—Disculpe los modales de mi hermano, habrá comenzado con las copas… —Y le volvió a ofrecer aquella sonrisa infantil que tanto le había gustado a Lucía.

—Espero que le castigue por ese comportamiento, ha sido una grosería. —Lucía miró de soslayo a Andreu al mismo tiempo que cogía la mano de Elsa para dirigirse hacia su mesa.

—Cuente con ello, *madame*. —Hizo una reverencia y se marchó hacia su hermano, haciéndole muecas de enfado.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó la amiga al oído mientras caminaban.

—Nena, eso ha sido un auténtico pecado capital y se llamaba Andreu Voltaire —respondió con complicidad y entusiasmo.

Durante el trascurso de la celebración, Lucía advertía cómo era observada por el joven y le resultó bastante divertido. Nunca había

sido objeto de deseo de nadie y la actitud de aquel muchacho hacia ella le empezaba a gustar. En su mente, cada vez más perdida debido al alcohol, se lo imaginaba besando su piel, acariciando con esas grandes y bellísimas manos su cuerpo. Notaba hasta los dedos bajar por su vientre, apartando las finas costuras de sus braguitas para acceder hasta su húmedo y ardiente sexo. Se sobresaltó cuando volvió a sentir palpitaciones en su clítoris y cómo la excitación que la recorría le hacía emanar fluidos entre sus piernas. Estaba muy caliente, pero que muy, muy caliente. Tanto, que por unos instantes pensó en levantarse de allí y correr hasta el baño para saciarse sola.

—¿Estás bien? —preguntó Elsa cuando la vio tan alterada.

—Sí, ¿por? —Dejó de mirar al joven para centrarse en su amiga.

—Te siento acalorada. ¿Cachonda, tal vez? —Sonrió.

—Creo que lo estoy —murmuró para que no la escuchara nadie salvo ella.

—Yo también lo estaría si un hombre más joven que yo se fijase en mí como lo hace él contigo. —Señaló con la cabeza hacia donde se encontraba Andreu que no dejaba de mirar con deseo a Lucía mientras parecía entablar conversación con los que le rodeaban.

—No entiendo por qué, pero desde que lo he visto en la puerta, mi cuerpo ha demandado estar bajo sus caricias. —Seguía sonrojada por la excitación y por la vergüenza que le daba explicarle a Elsa que deseaba a otro hombre que no fuera su marido.

—¡Pues tíratelo! —dijo Elsa sin pensar.

—¿Estás loca? Estoy casada, ¿recuerdas? ¿Sabes lo que podría perder si me acuesto con él y Jorge se entera? —Abrió los ojos de par en par. De repente, comenzó a sonar una melodía a través de los altavoces.

—¿Crees que él te ha sido fiel todo el tiempo? ¡Venga ya! Tal como dices que te folla es porque las caricias y los mimos se los ha dado a otra o a otro. Por favor… —dijo mirándola a los ojos— ¿has visto la cara que tiene ese chiquillo al contemplarte? Está deseando caer en tus brazos.

—Tengo esposo e… —No pudo terminar la frase. Notó que algo le hacía sombra y al girarse para saber de qué se trataba, lo descubrió parado frente a ella y esbozando una sonrisa encantadora.

—Buenas tardes, señoras —saludó con cortesía—. ¿Alguna de ustedes me ofrecería un baile? —Sonrió al grupo, pero regresaron sus ojos hacia la figura de Lucía.

—¡Ella! —gritó Elsa y la levantó de un achuchón.

—Hija de puta —susurró mientras su mano era atrapada por Andreu.

Pero antes de llevarla a la pista de baile, Fidel, que observaba a su hermano atónito ante su inesperado comportamiento, se levantó y secundó la actuación de Andreu. Si aquella mujer significaba algo para su hermano, él lo apoyaría con los ojos cerrados. Se acercó al grupo de mujeres y sacó a bailar a la primera que le miró. Estaba feliz. Era la primera vez en mucho tiempo que veía reír a su hermano. Le brillaban los ojos y tenía una imborrable sonrisa tonta. Solo esperaba que ella lo cuidase y no le rompiera el corazón otra vez.

Cuando Andreu posó con suavidad su mano sobre la cintura de ella, casi se muere de placer. Un escalofrío invadió su cuerpo y comenzó a sentir palpitaciones donde no era respetuoso. Así que, con delicadeza, puso algo de distancia entre ellos. No quería darle la impresión de ser lo que no era, porque hasta el momento justo de conocerla en la puerta del restaurante, él había podido controlar muy bien todas sus excitaciones. Pero le resultaba muy difícil si ella estaba delante.

—Siento si le hice daño —dijo con voz aterciopelada.

—No te preocupes, no ha sido nada —pudo responder mientras respiraba una y otra vez el suave y delicioso aroma varonil.

—No suelo ser tan torpe, pero hoy me siento despistado —sonrió.

—¿Eres de aquí? —Ella balanceaba con suavidad entre los brazos del joven.

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—Entonces… hoy es tu cumpleaños, ¿verdad?

—Sí, cumplo treinta y… —Sin darse cuenta, apoyó su cabeza sobre el pecho agitado del joven.

—¿Y? —Colocó su barbilla sobre el cabello de Lucía y respiró con suavidad el perfume que expulsaba.

—Y unos pocos más. —Levantó su barbilla y ambas bocas se quedaron a escasos milímetros. Podían inspirar el aire que el otro expulsaba. Podían sentir el calor el uno del otro, e incluso el bombeo de los agitados corazones hacían eco en el cuerpo contrario. Estaban conectados de una manera extraña. Andreu quiso acercarse un poco más a esos labios que le invitaban a ser besados, pero no lo consiguió, alguien llamaba a Lucía.

—Lucía, la tarta. —Atrapó Elsa a su amiga de la mano y la retiró de allí en el instante justo en el que el hombre había decidido besarla.

—Gracias por el baile —le dijo mientras la amiga se la llevaba hacia algún lugar.

—Un placer.

—Menos mal que te he retirado. Ese iba a plantarte un beso delante de todo el mundo —le susurró Elsa.

—Menos mal, porque yo me hubiese dejado…

—Recuerda una cosa, nena. Si quieres llevar una doble vida, lo mejor que debes aprender es la discreción. Y hoy no es el momento idóneo para liarte con él. Dale tu teléfono, proponle una cita en algún lugar alejado de esta ciudad, pero hoy no. Ahora siéntate y sopla la vela de la tarta.

Al sentarse de nuevo, el camarero apareció con un precioso pastel en forma de corazón. En el centro estaba escrito «Feliz Cumpleaños» y la vela permanecía encendida. Las amigas comenzaron a cantar y al finalizar aquel atroz cántico, acercó la boca a la pequeña llama, sopló, alzó la vista, clavó sus ojos sobre el joven que la miraba atónito y deseó en voz alta.

—Que mi vida tome otro rumbo…

Capítulo 4

Rechazada

Estaba achispada, caliente y bastante emocionada por las insinuaciones pecaminosas del joven hacia ella. En más de una ocasión pensó apagar ese fuego que había crecido entre sus piernas. Se imaginó caminar hasta el baño, él la seguiría como perro buscando un hueso, lo esperaría detrás de la puerta, y, en el momento justo que uno de sus pies pisara el suelo, lo atraparía de la camisa y tiraría de él hasta el baño más cercano. Lo apoyaría en la pared y antes de que pudiera hablar, ya tendría en la mano izquierda su sexo. Ese que había visto alzarse ante ella cuando la encontró en la puerta, el mismo que notó crecer cuando, de forma descuidada, acercó sus caderas.

Lucía resopló. En efecto, estaba muy cachonda, y la única forma de apagar su fuego era, o sola, o con Jorge. Así que hizo una locura más. Después de que todo terminase, condujo su coche hacia el bloque donde Jorge tenía la oficina. Quería darle una sorpresa. Alzó la cabeza, estiró el vestido y salió del ascensor intentando mantener el equilibrio. Tenía la esperanza de que, cuando Jorge la viese tan sensual, dejaría todo lo que estuviera haciendo y la poseería como un loco, calmando así su necesidad. Mientras caminaba por el largo pasillo, percibió que las miradas de los empleados se quedaban

clavadas en ella. Podía notar la atracción que desprendía en ese momento. Sensual, por una vez en su vida, se sentía erótica.

—Buenas tardes, Amber. ¿Está el señor en su despacho? —Sus manos se apoyaron sobre la mesa dejando expuesto su hermoso trasero y la espléndida espalda descubierta.

—Sí, señora, y está solo. —Sonrió con complicidad.

—Gracias, Amber. —Se marchó hacia la puerta, pero antes de abrirla giró la cabeza hacia la chica y le dijo—: No le pases llamadas hasta que yo salga.

—Sí, señora.

Cuando empujó la metalizada entrada, vio a Jorge sentado en el sillón. Leía con atención unos papeles. Estaba tan ensimismado en lo que tenía entre manos que no percibió su llegada. Entró con cautela y cerró el pestillo de la puerta.

—Hola, cariño —susurró mientras se acercaba.

—Lucía, ¿eres tú? —Sus ojos se abrieron como platos ante la sorpresa—. ¿Qué diablos haces vestida así? —preguntó enfadado.

—¿No te gusta? —Lucía se giró para que su marido pudiera apreciar el efecto del vestido sobre su cuerpo, quería seducirlo. Deseaba encontrar ápices de lujuria en su rostro, tal como los había visto en el muchacho del restaurante.

—¡Pareces una puta! —Se levantó del sillón y se dirigió al perchero. Alcanzó la chaqueta de su traje e intentó colocársela encima—. Esto cubrirá tu descarada vestimenta.

—¿Descarada vestimenta? ¿Acaso no me encuentras *sexy*? —Rechazó la prenda.

—¿Estás borracha? —La miró de reojo—. Te advertí sobre el alcohol… ¡No estás acostumbrada!

—¡Por Dios, Jorge! —Ella levantó sus brazos—. ¡He venido a que me folles, no a que me sueltes un sermón!

—¡Cielo Santo, Lucía! ¿Qué has ingerido? Seguro que te han echado alguna droga en la bebida, y no te has dado ni cuenta. —Colocó de nuevo la chaqueta en el perchero y se sentó—. ¿Has venido en coche? ¡Serás insensata! Pide un taxi y vete a casa a

cuidar a tus hijos, que es lo que deberías estar haciendo, y no vagar como una puta buscando polla.

—¡A la mierda! Vengo con ganas de hacer el amor, ¿no te has dado cuenta? Y en vez de eso, me sueltas una charla moral. —Se giró hacia la puerta.

—¡Shh! No levantes la voz. Soy el jefe de esta oficina, llevo más de veinte años demostrando la educación y el respeto a todos mis empleados, no quiero espectáculos, para eso te vas a un circo.

—¡Qué te jodan! —Abriendo la puerta salió del despacho más enojada que decepcionada.

Sin despedirse de la empleada y aguantando las lágrimas que luchaban por salir, corrió por el pasillo hasta llegar al ascensor. Una vez que se cerraron las puertas, se giró hacia el espejo y comenzó a golpearlo con fuerza. «¡¡Gilipollas!! ¡¡Maldito cabrón!!», gritaba en cada golpe: «¿Cómo he podido ser tan ingenua? ¿Cómo he podido pensar que había algo de amor en nuestro matrimonio? ¡¡Mentiraaaaaaa!! ¡¡Esto es tan solo una puta mentiraaaaaaa!!». El sonido de un esa actitud hacia ella. Una señora tenía que ser querida, deseada y saciada como tantas veces había soñado.

Ese era su martirio; buscar un sentimiento donde no había nada. Hallar una satisfacción que no podía hallar porque la persona que estaba a su lado era un egoísta. Mientras, sus lágrimas destruían el trabajado maquillaje. Su cuerpo se dejaba caer sobre los talones. Se rendía. No quería ni deseaba luchar más. Las directrices de su vida ya se habían esfumado y no había marcha atrás. Bajó la mirada y vio cómo el vestido se llenaba de gotas salinas. Con sus dedos comenzó a hacer círculos. El día había sido fantástico hasta ese momento. Le había gustado esa sensación que había tenido al llevar puesto aquel vestido. Tal vez la prenda fue la chispa que hizo brotar a la mecha. O tal vez fue el detonante de una hecatombe matrimonial. Fuera lo que fuese, le había hecho sacar algo que escondía desde la adolescencia, su fuerza y entereza. Se fue incorporando al mismo tiempo que se apartaba las lágrimas del rostro y comenzó a pensar que no era momento de rendirse, puesto que, si volvía a doblegarse

ante su marido, este no la dejaría levantarse jamás. Buscó de nuevo las llaves en el bolso, abrió el coche y lo encendió. «No puedo cometer otra vez el mismo fallo», se dijo mientras salía del aparcamiento y ponía rumbo hacia algún lugar de la ciudad.

Capítulo 5

¿Perseguida o capturada?

Podían detenerlo por esto. Como experto en el tema, daba fe de que estaba infringiendo alguna que otra ley. Si ella descubría que la estaba siguiendo, podía denunciarlo por acoso.

«Mal asunto —pensó—, la reputación que has conseguido durante tanto tiempo en esta ciudad, desaparecería como el humo».

Pero sus divagaciones sobre el bien y el mal se eliminaron cuando Lucía pasó por su lado y la vio alterada y lanzando el bolso hacia la pared. «¿Qué sucede aquí?», se preguntó intrigado. Estaba sentado en el coche, los cristales oscuros le protegían para no ser descubierto. Sin embargo, solo deseaba abrir la puerta y enterrarla entre sus brazos para que su calor le hiciera olvidar cualquier dolor. Pero no salió, se dedicó a apretar con fuerza el volante, como si quisiera arrancarlo, y murmurar frases incoherentes sobre la destrucción en sus manos del causante de su agonía.

De pronto, el extraño y repentino sentimiento de protección llamó su atención. ¿Qué pensaría ella si lo viese allí? ¿Qué le iba a explicar? Que se había quedado tan impactado al conocerla que deseaba algo más. «Piensa otra cosa que eso es delirante», se dijo. Pero era la verdad. Desde que la vio tuvo una fuerte atracción por ella y parecía que si Lucía no estaba cerca él dejaba de respirar. «De

locos… esto tan solo lo hacen los locos…», meditaba cada vez más asolado por no poder controlar sus emociones. Aquellas que lo traicionaron cuando pensaba que en sus relaciones anteriores había existido amor y tan solo fue el cariño al dinero. Al pensar sobre eso comenzó a agitarse. Se ponía muy nervioso al recordar el sufrimiento que sus hechos habían provocado en su familia. Apoyó la cabeza en el volante y comenzó a respirar con más pausa. «Ella es diferente. Sé que lo es». Sin más divagación abrió la puerta y se dirigió con paso firme hacia donde se encontraba llorando la mujer, pero no la halló, había desaparecido. «¿Dónde se habrá metido?». La buscó preocupado. Se asustó al pensar que la había perdido. Notaba cómo el corazón se agitaba como el agua al hervir. No podía dejarla escapar, no después de haberla seguido hasta allí.

De repente el sonido de un motor acelerado le hizo dar media vuelta. Era el coche de Lucía que salía del aparcamiento.

«¡No te escaparás!», pensó.

Saltó sobre su asiento y encendiendo el coche. «Buscaré escusas sobre esta persecución en otro momento —pensó—, ahora me preocuparé de cuidarte».

Lucía iba pensando, mientras conducía por la ciudad, que ya era tiempo de actuar. Estaba cansada de ser quien era y debía abandonar los fantasmas que le habían encadenado a un matrimonio insípido. Frunció el ceño al recordar aquel sueño infantil de casarse con un príncipe azul. «¡Todos sapos!», gritó con enfado. Entonces apareció una imagen en su mente, una que hacía mucho tiempo que no proyectaba. Estaba en su dormitorio en el convento leyendo la biblia, como siempre. Escuchó unos pasos acercándose y abrieron la puerta sin llamar. Ella dio un pingo ante el asombro. Era la Hermana Bernadet. Al principio creyó que se trataba de algún tema familiar, pero al descubrir el enfado en el semblante pálido, supo que la habían descubierto. Intentó hablar, pero la hermana levantó la mano y la hizo callar en el acto. Esta cerró la puerta tras de sí, Lucía se levantó, se desabrochó el vestido y dejó la espalda al descubierto, agachó la cabeza hacia delante y respiró con

profundidad antes de recibir el primero de una serie de doce latigazos. Cuanto terminó, le repitió lo de siempre: «tus padres han confiado en nosotras para hacerte una mujer de bien y no los defraudaremos. Eres una pequeña semilla negra, pero te hemos sembrado y con amor y tesón, brotarás como la mejor y más bella de las flores de este jardín. Con la palabra de Dios y todo nuestro cariño será provechosa para esa familia que te quiere».

Que su padre la hubiese ofrecido al convento, le parecía bastante normal, pero que su madre no fuera capaz de rebatir la decisión que este tomó, le estrangulaba el corazón. Era verdad que era una esposa extraña, porque tenía muy asumido el papel de mujer procreadora y esposa sumisa, pero… «¿Por qué? ¿De verdad que le gusta ser así?», se preguntaba Lucía de nuevo. De repente, apretó con fuerza el volante y frunció el ceño. Nunca se había parado a pensar que la vida de sus padres y la suya estaban marcadas con las mismas directrices. Jorge había cogido las riendas y controlaba hasta el último detalle. Ante tal reflexión, la ira se apoderó de ella y golpeó con fuerza el volante.

«¡Idiota, idiota, idiota! —gritó—. Siempre te has quejado de la pasividad de tu madre y… ¿haces lo mismo? ¿Quieres seguir siendo una bola de pelusa que se mueve por la casa cuando le sopla el viento? ¡No! Toma de nuevo las riendas y olvida el pasado. ¡¡Es hora de cambiar!! ¡¡Es hora de vivir!!».

Jorge no mostró su personalidad hasta que colocó el anillo en la mano de Lucía. Durante su noviazgo era el muchacho más atento, cariñoso y educado que jamás había encontrado. Se asemejaba tanto a los príncipes de los cuentos que ella se enamoró. Para más inri, desde que apareció en el convento y la descubrió aquella mañana en el jardín, las hermanas dejaron de infringirle todo tipo de castigos. Empezaron a hablarle con más respeto. Cambiaron la tosca habitación por una menos húmeda y fría. Aunque estaba prohibido las visitas de hombres sin acompañantes, Jorge aparecía allí sin dar explicaciones. Todas aquellas fecharías hicieron que Lucía pensara

que era su caballero, su salvador. Pero con el tiempo descubrió que todo había sido un plan acordado por la familia de Jorge y la suya.

No deseaba, por ahora, regresar a su hogar. Lo último que le gustaría hacer era estar esperando a Jorge en cualquier rincón de la casa y terminar la conversación que se había iniciado. Tal vez, escuchar la decisión de abandonarlo y de marcharse con sus hijos, no le haría mucha gracia.

En esos momentos odiaba su vida. Le hubiese gustado tener una máquina del tiempo para volver atrás y cambiar el instante en el que Jorge puso sus ojos en ella. Estaba segura de que le lanzaría la primera piedra que encontrara en el jardín en vez de sonreírle tímidamente. Tenía que haber escuchado más a Elsa y menos a su corazón. Sin embargo, en aquel tiempo Lucía era tan ingenua que pensaba que su amiga estaba celosa de lo que ella había logrado. Pensó que ella deseaba estar en su puesto para poder salir del convento con un marido de la mano. Pero como siempre, estaba confundida. Elsa tan solo quería que abriera los ojos y no dejarla caer en el abismo.

«Es un buen hombre y te querrá —le dijo su padre mientras la conducía hacia el altar—. Esta boda es lo mejor que has hecho en tu vida. Me alegro tanto de que al final encontraras tu verdadero camino. Estoy tan feliz de que al final hayas sido reconducida…». Todavía, después de tantos años, recordaba las palabras y se le erizaba el bello.

Alargó la mano hacia el bolso que estaba en el asiento del copiloto, la introdujo y buscó el teléfono. Marcó un número y tras dos tonos, contestaron.

—¿Elsa? ¿Me escuchas? Cogió el teléfono y llamó a la única persona en quien confiaba.

—¿Lucía? ¿Eres tú? —Se escuchaba mucho ruido—. ¿Ha pasado algo?

—¿Dónde estás? —Pensó que el apoyo de una amiga era lo que necesitaba en aquel momento.

—Espera, me voy hacia algún lugar donde pueda escucharte mejor. —Se movió a otro lugar y el ruido desapareció de golpe. Elsa continuó preguntando—. ¿Qué ha pasado? ¿No ibas a apaciguar tu deseo sexual con tu esposo?

—Si te estoy llamando es porque salió mal. No le gustó mi nuevo *look*. —Un semáforo la hizo parar. Se miró al espejo y se sorprendió de lo demacrada que se veía—. ¿Por dónde andas?

—Pues… —divagó unos instantes —continúo por aquí…

—¿Todavía? Pensé que te habías marchado a casa.

—¿Recuerdas que me comentaste que el camarero te había dicho que había otra planta que utilizaban de Club? —Elsa abrió un grifo.

—Sí. ¿Por?

—Porque estoy en ese club.

—¿Cómo? —Inquirió muy sorprendida.

—Mira, mejor que vengas y te lo explico aquí mismo. Por teléfono no me gusta dar detalles de mi otra vida.

—¿Otra vida? —Siguió con el torno de asombro.

—¿Dónde estás? —Interrumpió con rapidez Elsa para que dejaran de hablar por el móvil.

—A cinco minutos del restaurante.

—Bien, cuando llegues estaciona en el aparcamiento que hay detrás del restaurante. Me haces una perdida, ¿vale? Ya hablaremos de todo cuando estés por aquí.

—Ajá.

—Oye… ten cuidado.

—Lo tendré.



Miró de nuevo el espejo retrovisor y observó que el coche continuaba detrás. Un Lexus negro la seguía desde que había salido del parquin de la oficina. Al principio, cuando no vio bien la delantera del coche, pensó que era Jorque quien la seguía para averiguar si,

tras la discusión, regresaba al hogar. Pero cuando descendió su velocidad y observó la nomenclatura del vehículo, comprendió que las sospechas eran inciertas. Paró en el semáforo y puso el intermitente hacia la derecha, para colocarse en el carril que le llevaría hacia el restaurante. Una vez que el color verde le dio paso, aceleró y se incorporó a la derecha. Pero el Lexus, sin embargo, continuó. «Veo demasiadas películas de intriga. Creo que no es bueno mezclar alcohol, decepción y suspense en un mismo coctel», pensó mientras echaba un vistazo a su alrededor. El aparcamiento estaba a tope, no había un hueco donde dejar el coche, Dio unas vueltas por los alrededores hasta encontrar un espacio libre. «¿Qué clase de club es para que tuviese el aforo del parquin completo?». Al salir del coche, el frío del exterior la estremeció. Entre tiritones, tecleó el número de Elsa y tras escuchar un par de tonos, colgó.

Mientras esperaba, comenzó a inspeccionar su alrededor. Todo le resultaba demasiado tenebroso. Había mucha oscuridad en la zona, como si nadie quisiera ver el coche que estaba a su lado o las personas que anduvieran cerca. No llegaba a entender cómo un lugar podía ofrecer dos opiniones tan distintas en el mismo día. Observó movimientos de cámaras que parecían enfocar. Si la vista no le fallaba por la embriaguez, había contado cinco: dos en la puerta de la entrada y tres en el aparcamiento. Unas leves luces ofrecían un camino hacia el portalón blindado. Se disponía a emprender su andanza cuando escuchó un leve ruido. Se giró sobre sus talones, su corazón palpitaba cada vez más rápido, sentía una presión en el estómago y respiraba agitada. Tenía miedo.

—¿Lucía?, ¿dónde estás? —preguntó su amiga abriendo la puerta metalizada.

—Elsa, ¿eres tú? —Se acercó hacia ella.

—Sí, cariño, estoy aquí.

—¡Joder! Ya me explicarás qué narices es este lugar. —Lucía salió de las sombras. Elsa la miró de arriba abajo, esbozó una sonrisa y le abrió los brazos para que ella se sumergiera en un cálido abrazo.

—Cariño, lo vas a descubrir pronto. Además, vienes muy apropiada para el ambiente en el que te vas a encontrar…

—¿Qué coño llevas puesto?

Vestía toda de negro brillante. Un pequeño corpiño, con lazos cruzados en la espalda, cubría su torso; una falda corta tapaba lo indispensable y un liguero de color rojo enlazaba a unas medias que le llegaban por encima de las rodillas. Pero nada de eso llamó tanto la atención como el collar que lucía en su cuello. Era igual que el de un perro.

—¿Lo que hay dentro es de una fiesta de disfraces? —le preguntó sorprendida.

—No, no se trata de ninguna fiesta «de esas». Antes de entrar, vamos a hablar un poquito, ¿vale?

Lucía levantó sus hombros. La mano de Elsa cogió la suya y la dirigió hacia unos bancos de piedra que estaban ocultos con la oscuridad.

—Esto es un club y no me refiero al de golf, cariño. Esto es un poquito más fuerte, no apto para todos los públicos. Por ese motivo no todo el mundo puede entrar aquí, y quien lo hace, lleva la discreción al punto más elevado. Ella lo ha querido y lo quiere así. No nos conviene tener problemas. Bastante tenemos que lidiar con los nuestros como para añadir los de fuera. —Puso cara de desesperación.

—¿Has dicho ella? Creía que esto lo llevaba un hombre.

—¿Un hombre? ¡Qué va! Lo llevamos dos mujeres y por ahora lo hacemos muy bien.

—¿Tú eres…? ¿Y quién es la otra?

—Una Dómina. Una mujer que ha luchado mucho para ver su sueño hecho realidad. Y por fin, después de ganar la batalla al viento y a la marea, lo ha conseguido.

Lucía la observaba atónita. Jamás se le había pasado por la cabeza que su amiga trabajase y menos en ese tipo de locales. Siempre creyó que sobrevivía de las riquezas que arrebataba a sus amantes, pero nunca se imaginó que montara un puticlub.

—No sé si podré entrar ahí —dijo dudosa.

—¿Por qué? Nadie se atreverá a tocarte salvo que tú se lo órdenes.

—¿Yo? ¿Ordenar qué? —preguntó aún más dubitativa.

—Mira, vamos a hacer una cosa; tú me cuentas qué te ha sucedido con ese bastardo que tienes por esposo y luego te llevo dentro para que no confundas ideas de lo que hay ahí. ¿O. K?

—Me ha rechazado. —Lucía agachó la cabeza ante la vergüenza que sentía—. Me ha tratado como una vulgar puta. Solo quería ser deseada y me ha pegado una patada en el culo…

—¡Él sí que se merece una patada en el culo! ¡¡Gilipollas!! No tiene ni idea de lo que hay a su lado y lo desprecia por miedo a no estar a la altura. ¡¡Imbécil!! —Elsa levantó la cara de su amiga—. Estás muy hermosa, cielo, y ese mojigato que tienes por marido no lo sabe apreciar. ¡Ven, sígueme! Te voy a demostrar cómo eres en realidad.

Levantándola del banco, la llevó hacia la puerta. Allí golpeó dos veces y abrió un hombre tan grande que apenas cabía su cuerpo con la entrada abierta.

—¿Mercancía nueva? —El gorila le echó un vistazo de arriba abajo a la mujer—. ¿Qué ofreces, linda?

—Tranquilo, pequeño. Que te vas a revolucionar pronto y queda mucha noche. Ella no es ama, por ahora… —Una sonrisa y una mirada oscura reflejaba un deseo imposible—. Dame una máscara.

—¿Completa? ¿Quieres esconder ese lindo rostro? —Camal seguía devorando a Lucía con los ojos y Elsa le pegó un puñetazo en el estómago.

—Como sigas así te voy a hacer más pupa… —Sonrió Elsa.

—Sabes que si ese es tu placer, estaré encantado de ofrecértelo cada vez que me lo pidas —le susurró al mismo tiempo que lamió su lóbulo.

—Por ahora tan solo deseo que me des ese antifaz y que dejes de babear. Cuando te pones así me das asco. —Elsa le dio un

bofetón tan grande que Lucía saltó hacia atrás sorprendida de lo ocurrido.

Estuvo a punto de salir corriendo y dejar a la pareja discutiendo, sin embargo, no lo hizo porque disfrutó de una manera extraña el hecho de ver golpeado y sometido un hombre a los deseos de una mujer.

—He notado que te has excitado —le susurró Elsa a su amiga cuando le colocó el antifaz—. ¿Qué ha sido? ¿Él o mi forma de tratarlo?

—No sé a qué te refieres… —respondió la mujer muy bajito para que el hombre que se encontraba a su lado no la escuchase.

—Sí que lo entiendes. Sabes que dentro de ti duerme una fémina con ciertos dotes para dominar a un hombre, pero, debes liberarla de esa injusta cárcel en la que está. —Apoyó sus palmas sobre los hombros y la condujo hacia una puerta oscura.

—¿Dominación? No sé nada de eso salvo por las novelas que he leído. —Se excusaba Lucía.

—¿Las sombras?

—Esa la tengo pendiente, aunque prefiero ver la película. Pero sí que he leído libros como Al límite del placer y si no llega a ser porque él es el que domina, me hubiese gustado más.

—Y cuándo los estabas leyendo… ¿qué sentías? —La hacía caminar despacio.

—Que mi clítoris palpitaba como nunca… —confesó Lucía al fin.

Capítulo 6

Un lugar diferente

Andreu estuvo muy atento a la conversación que habían mantenido las amigas. Desde que Lucía aparcó el coche permaneció escondido como un vulgar acosador. ¿Qué llegaría a pensar si lo descubría? Como mínimo, que se trataba de un psicópata con una nueva obsesión: ella.

Ahora, sin tener que preocuparse por ser descubierto, echó un vistazo al lugar donde se encontraba nuevamente. Había regresado al restaurante, pero aparcó en la parte de atrás. Siendo el mismo sitio, aquel espacio era muy diferente. Parecían las dos caras de una moneda. Una mostraba la elegancia y la serenidad que buscaba un comensal a la hora de desconectar de su entorno para poder gozar de un suculento plato de comida y la otra… estaba llena de tenebrosidad y misterio. «¿Qué narices es esto?», se preguntó Andreu mientras fruncía con dureza el ceño. Si no recordaba mal, el camarero que les atendió había explicado que la segunda planta era un club nocturno, pero no especificó nada más. Intentó recapitular sobre ese instante, aunque lo único que encontró fue el semblante neutro de quien hablaba. No conseguía obtener más datos porque había estado muy pendiente de la mujer que tenía frente a sus ojos restando importancia a la información que les ofrecía el hombre. Sin

embargo, ahora se preguntaba una y otra vez qué ocultaban aquellas paredes. De repente, como si un bate de béisbol golpeara su cabeza, rememoró las palabras de su hermano pequeño: «Es un buen restaurante y soy uno de sus socios…». «¡Bastardo! —susurró —. No puedo confiar en ti porque tarde o temprano terminas metiéndote en líos».

Desde que Fidel había empezado a caminar, resultó ser un grano en el culo. Él, como hermano mayor, se sentía en la obligación de respaldarlo. ¡La cantidad de dolores de cabeza que le había producido! Sobre todo, en la época del instituto. Raro era el día que no llegaba con problemas, si no se trataban de peleas callejeras, eran ideas utópicas sobre proyectos que podrían mejorar su rendimiento escolar. El dinero, las chicas y el póquer fueron atrayendo al joven hasta tal punto, que perdió casi toda la fortuna que le había quedado de la herencia de su padre. ¡Malditas adicciones! En fin, un amplio popurrí que su hermano llevaba como currículo.

Se frotó los ojos, quizá no debería de criticarlo tanto. Si se analizaba en ese momento, no era la persona más idónea para dar consejos; Perseguir a la mujer de magníficas caderas… ganaría el *ranking* de los horrores. Pero no podía evitarlo, su curiosidad había aumentado tras las miradas fogosas que se habían ofrecido durante la comida y el sensual baile.

En el instante en que le *maître* dijo el nombre de la mujer escuchó un tintineo tan grande de campanas que hizo despertar al congelado corazón. Aletargado porque, tras la última relación, prefirió sedarlo a volver a sufrir el tormento por el que había pasado. Intentó controlar la respiración mientras se escondía detrás de unos arbustos para escuchar con mucha atención a las chicas que conversaban sobre lo que había en el club. Cuando Lucía se levantó agarrada de la mano de su amiga, Andreu dudó sobre cuál sería su próxima actuación. La observó con atención adentrarse en el local y pensó que, si ella entraba, él también.

Escuchar cómo el gorila babeaba por el cuerpo de Lucía no fue del todo agradable para sus oídos. Ese instinto de propiedad masculino que le había asaltado durante el día volvió a aparecer algo más sangriento puesto que se imaginó arrancándole la lengua al gorila.

«¡Te arrancaría la cabeza de cuajo si tuviese alguna posibilidad de salir ileso de una batalla entre tú y yo!», dijo apretando los dientes e inspirando por la nariz.

Andrew salió del escondite, se estiró la ropa con fuerza, alzó la barbilla y anduvo con paso firme hasta la puerta por donde había desaparecido ella.

—¿Nombre? —le preguntó Camal cuando este se colocó frente a él.

—Andreu Voltaire —respondió arrugando el rostro en una mueca de desagrado.

—¿En serio? —Una carcajada salió del mastodonte.

—¿Algún problema? —Escondió sus puños apretados en los bolsillos de la chaqueta. Seguro que debía cobrar alguna deuda provocada por su hermano.

—No, ninguno. Solo que me ha hecho gracia que me ofrezca su verdadero nombre puesto que quien entra aquí da un pseudónimo.

—¿Qué le hace pensar que sea real? —Levantó una ceja y giró con suavidad la cara hacia la derecha.

—Su hermano, al que aquí conocemos como *Esclavo Ron*, nos pasó una foto suya para que lo conociéramos y le dejásemos entrar si se atrevía a venir a nuestro humilde club. Con lo cual, no tengo dudas de que su nombre corresponde con la realidad.

—¿Les dijo también cómo debía ser llamado? —Arqueó las cejas y lo miró con atención.

—Eso es elección propia. Al igual que la utilización o no de máscara o antifaz. Casi todo el mundo que viene prefiere mantener oculta su identidad.

—Aceptaré un antifaz. —No le hacía gracia llevar nada en la cara. Desde que recordaba no había sido capaz de cubrir su rostro, le

provocaba claustrofobia y ahogo. Sin embargo ahora, hacía lo que fuera por aquella mujer.

—Por último, indicarle que tiene en esa puerta un vestidor lleno de taquillas. Debe desnudarse y descalzarse —dijo mientras le ofrecía el antifaz.

—¿Desnudo? ¿Descalzo? ¿Pero qué es este lugar? —Preguntó con inquietud a quien lo miraba divertido.

Perseguir a Lucía ya había quedado en segundo lugar. Ahora necesitaba saber qué hacía Fidel desenvolviéndose en lugares como aquel y la mejor manera de descubrirlo era introduciéndose en él. Necesitaba estar advertido de las nuevas actividades de su hermano por si el día de mañana tuviese algún problema, cosa que no le cabía ninguna duda que sucedería…

—Si lo desea, puede llevar sus calzoncillos. Pero no le prometo que le duren mucho… —le comentó mientras le palmeaba la espalda y esbozaba una sonora risotada.

—Gracias —respondió.

Con aflicción se fue desnudando. Había imaginado que Lucía lo volvería a ver vestido con su elegante traje, pero ahora, medio desnudo, descalzo y con una máscara, tenía que dejar la seducción para otro momento…

Capítulo 7

El club

Menos mal que su amiga la sujetaba, de lo contrario hubiese caído desmayada al suelo. La visión de la enorme sala en la que habían entrado la dejó sin sentido común. Nunca se había imaginado que la dominación y la sumisión fuese eso. ¿Dónde estaba el amor? Allí solo se escuchaban gritos e innumerables chirridos que hacían los látigos cuando cortaban el aire para ser apoyados sobre la piel enrojecida. ¿Cómo se podría encontrar el placer siendo flagelados o tratados con ese tipo de crudeza? En medio del amplio salón, había una gran barra circular donde se encontraban dos chicos sirviendo copas. Ambos llevaban collares de púas plateadas como las que tenía el perro de su vecina, el que tanto ladraba. Portaban en los pezones unas pinzas de metal de las cuales pendían unas cadenas que llegaban más abajo de la cintura. Evitó imaginar dónde terminarían y qué escabrosa función realizaban. Sus ojos no sabían en qué posarse. Demasiados lugares nuevos y apetitosos. La sala estaba adornada de una gran cantidad de cuadros en los que podías contemplar varias escenas sobre el trato que se merecía el hombre en aquel lugar. Uno estaba amarrado a unas cuerdas que pendían de un gancho del techo. Otro aparecía tumbado sobre una mesa y era bañado con cera. Hombres chupando tacones. Hombres follados por

varias amas que se enfundaban arneses, hombres siendo fustigados en la cruz… ¡hombre, hombres! ¡Solo hombres!

Empujada por su amiga, continuó avanzando. Pero frenó de golpe cuando un varón con una máscara integral y desnudo se abalanzó sobre sus pies. En su boca tenía un bozal y de las cuerdas tiraba una exuberante mujer. Una diosa vestida de látex. Le llamó la atención que ella lo estaba usando de caballo y parecía que las rodillas del muchacho sangraban. Este relinchó y continuó su camino.

«Una cosa de estas sería divertido tener en casa para cuando Jorge se ponga tonto, montarme sobre él», bromeó consigo misma.

Otra escena que llamó su atención estaba un poco más lejos de donde se encontraba; casi en lo más apartado de la sala había un hombre atado a una cruz y una mujer, también vestida de oscuro, le daba latigazos sin parar mientras el muchacho le agradecía por cada fustazo. En ese momento, recordó la de veces que ella había sido fustigada por las monjas. Un escalofrío invadió su cuerpo. No le gustó regresar al pasado. Le habían hecho tanto daño con aquel tipo de castigo. Había perdido tanto…

—¿Estás bien? —susurró Elsa—. Sabía que esto iba a ser muy duro para ti. No estás acostumbrada…

—No te preocupes. Solo que eso de ahí me ha hecho recordar a la puñetera madre superiora, ¿la recuerdas? Y tranquila, el ambiente que veo no me parece desagradable. El poder que aprecio de ellas sobre ellos me llama mucho la atención.

—Las recuerdo mucho más de lo que crees, Lucía. Pero ahora, mi preocupación es saber si te encuentras bien. No te puedes imaginar la de veces que me he preguntado cómo reaccionarías si te desvelaba el mundo en el que me siento feliz.

—¿Tu mundo? ¡Serás hija de puta! ¡Toda una vida diciendo lo frustrada que estoy en mi vida sexual, ¿y no has sido capaz de regalarme un cumpleaños en un lugar como este?! —Su dedo índice se colocó sobre el esternón de Elsa.

—Aquí soy ama Alexia.

—¿Alexia? ¿Cómo la americana que estuvo con nosotras un curso entero diciendo que éramos escoria tercermundista?

—Ella fue el origen de lo que ves. —Se encogió de hombros—. Me enseñó que el placer tiene muchos sabores, y el gusto a vainilla ya no me dice nada.

—¿Vainilla? ¿Es que hay sabores para el sexo? —Lucía sintió un golpe sobre sus zapatos. Miró hacia abajo y halló un hombre tirado en sus pies, lamiendo sus zapatos. Alzó la vista y observó a su amiga. Estaba petrificada, ¿qué hacía ese joven limpiando su calzado con la lengua? Pero al pronto apareció una rubia medio desnuda que llevaba en su mano derecha una fusta y en la izquierda unas esposas de metal. Saludó con la cabeza a Elsa y luego le dijo al chico:

—Bien hecho, perro. Demuestra a esta ama lo bien que te he adiestrado. —El hombre se levantó y buscó la aprobación de su ama, gimiendo de placer cuando esta le acarició la cabeza.

—Ama Luna, ella es ama Azúcar.

«¿Cómo se puede llamar una persona Azúcar tratando a la gente así?», pensó Lucía.

—Bienvenida —le dijo la mujer con un tono suave y cariñoso—. Espero que estés disfrutando del *tour* que ama Alexia te está ofreciendo. He observado que te han gustado mis esclavos. —Lucía quedó sorprendida, no la entendía. Ama Azúcar le señaló hacia los cuadros que ella había estado observando con anterioridad—. Son mis preferidos, los perros más fieles que he tenido desde que soy dominante.

El esclavo que había lamido los zapatos de Lucía sollozó, entonces ella se agachó y acariciándole de nuevo la cabeza le dijo:

—Tú también eres especial, perro mío…

—La verdad, es que estoy gozando mucho con todo lo que veo —respondió Lucía sin apartar la mirada de la mujer.

—Voy a llevarla a que conozca a Dominatrix —le dijo Elsa.

—¿Ella lo ha permitido? —La mirada asombrada de ama Azúcar le provocó cierta intriga, ¿quién sería esa tal Dominatrix para que

tuviese que pedirle permiso?

—Sí. Y está feliz por recibirla. —Elsa volvió a coger la mano a su amiga.

—Pues si es así, no os entretengo más. —Miró al esclavo y le gritó con fuerza—. ¡Sígueme de rodillas, perro! ¡Hazme sentir orgullosa de mi mascota!

—¿Quién es esta? —le preguntó Lucía mientras se dirigían hacia una puerta de color roja.

—Es la ama más poderosa después de Dominatrix y de mí. Es capaz, en una sesión, de controlar a cuatro perros. ¡Toda una joya! Ahora, cariño, voy a darte el mejor regalo de cumpleaños que hayas tenido en mucho tiempo.

—Vaya, no sé si asustarme o emocionarme. Mira que cuando mi marido se entere que no estoy en casa, se enfadará bastante…

—Ese capullo no me da miedo. Es un que, si le diera con el arnés, se quedaría muy relajado.

Lucía esbozó una gran carcajada. Eso no lo había pensado nunca, tal vez Jorge no era buen amante porque la persona que tenía a su lado no era la correcta.

Elsa golpeó la puerta que estaba frente a ellas y se abrió despacio. El corazón de Lucía empezó a palpitar como el centrifugado de una lavadora, esto estaba siendo muy emocionante. Elsa cogió con fuerza su mano y la introdujo en la oscura habitación, tan solo iluminada de luces rojas. Dos cosas captaron todo su interés; un amplio escritorio negro y las paredes cubiertas de cuadros con el mismo motivo: la dominación de la mujer sobre el hombre. Seguro que si los estudiaba uno por uno podía hacer un máster en la materia puesto que allí se encontraban todas las formas de torturar a un esclavo. Desde follarlo con un arnés, cubrirlo entero con látex salvo la boca, o azotarlo mientras estaba amarrado con cadenas… ¡Válgame el cielo! ¿En verdad eso podía gustar? El respaldo de un sillón, también negro, empezó a moverse. Alguien estaba sentado allí. Lucía imaginó que era la Dómina. Su corazón no

le daba tregua, latía a un ritmo sobrehumano. Iba a conocer a una reina de la dominación y eso la excitada muchísimo.

—Has cambiado mucho, pequeña Lucy. —Un suave canto de sirena habló desde el lugar—. La última vez que te vi estabas llorando y destrozada porque teníamos que marcharnos. Esa imagen, tu rostro lleno de lágrimas, me ha acompañado en las noches más duras de mi vida.

—¿Silvia? ¿Eres tú? —El asiento se giró apareciendo una exuberante pelirroja. Sus largos rizos cubrían los desnudos hombros. Un maquillaje perfecto le hacía resaltar la expresión gatuna de su rostro, y unos preciosos ojos azul mar estaban clavados en ella.

—¿Cómo estás? —Su voz continuaba suave y serena.

Lucía corrió hacia ella, sin importarle en quien se había convertido, o en los dos gorilas que aparecieron de entre las sombras. Silvia levantó la mano y la dejaron pasar.

—¡Dios mío! ¡Cuánto tiempo…! —La abrazó y empezó a sollozar. Era su amiga del alma, la que añoró cuando se casó, cuando tuvo cada uno de sus hijos, cuando necesitó un hombro en el que llorar o una compañía con la que compartir un buen vaso de vino. Sin parar el llanto, con una voz ahogada de la emoción comenzó a interrogarla —: ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho durante este tiempo? ¿Por qué tuviste que irte? ¿Por qué no me llamaste…?

—Oh, mi niña. He querido hablar contigo tantas veces… Cuando me dijo Elsa que estabas viniendo, no pude creérmelo. Te he añorado tanto, cariño. —Ella le acariciaba la coleta negra azabache que todavía mantenía—. Sigues igual que hace diez años.

—Más vieja. —Se apartó con suavidad para que su amiga la pudiera contemplar mejor—. Aunque ya veo que para ti el tiempo solo te ha mejorado. —Levantó la ceja mientras le miraba el escote. Según recordaba ella no lo rellenaba de ese modo.

—¡Ja, ja, ja! —Silvia carcajeó mientras sostenía sus pechos con ambas manos—. ¡Esto no lo hizo la naturaleza, mi niña!

—Ya veo, estás increíblemente *sexy*. —Dómina entrelazó sus dedos con una mano de Lucía y la acompañó hacia un sofá de cuero

negro que tenía a su derecha.

—Cuando Alexia me dijo que habías deslumbrado en tu cumpleaños, no me imaginaba lo linda que estabas. ¡Te ves espléndida!

—No todo el mundo piensa lo mismo. —Ella agachó la cabeza debido al dolor que le había producido recordar la escena con Jorge.

—Tu marido es un gilipollas. Un anticuado sexual que no sabe apreciar lo que tiene delante. Todavía no sé cómo le sigues siendo fiel. —Lucía la miró sorprendida—. Cariño, llevo aquí mucho tiempo, y esta ciudad, aunque es grande, no lo es.

—Te añoré en mi despedida de soltera, en mi boda, en los nacimientos y bautizos de mis hijos… —Ella la abrazó. Su amiga, junto con Elsa, habían sido las hermanas que no tuvo y que deseó tener durante el resto su vida.

Cada vez que rememoraba aquella época, le venían a la memoria un sinfín de escenas en las que se encontraba cumpliendo castigos. Se cebaron con las tres, tal vez porque eran las más rebeldes del convento. Preguntaban por todo, desobedecían aquello que no veían correcto y saltaban los muros para irse de copas a los bares del pueblo más cercano. ¿Rebeldes? Mucho. ¿Por qué? Porque una persona no es feliz cuando se le impone algo y a ellas les impusieron una vida que no deseaban. Al final, Lucía se derrumbó y dejó de ser la chica mala para convertirse en lo que se habían propuesto, una futura esposa modelo.

—No creas que me he perdido tanto… —Silvia apretó su mano y comenzó a acariciarla con el pulgar—. Elsa me ha mantenido al tanto de todo. No me perdí tu boda, cielo. Estaba en la última fila escondida entre el tumulto. No quise acércame porque de lo contrario —Lucía la miró de reojo—, no te habrías casado con el payaso al que llamas esposo. Y sobre los nacimientos de tus hijos, bueno, ella se encargó de mandarme un montón de fotos.

—Todavía no me explico por qué te has ocultado tanto tiempo. La vida que llevas es respetable.

—No lo he hecho por mí, sino por ti. Sé lo problemática que soy. Mi vida no es buena, y podrías ser salpicada con mi mierda. No sería justo arrebatarte lo que llevas construyendo tanto tiempo, o más bien… ¡lo que tu esposo ha querido hacer!

Lucía se levantó enfadada. Le daba igual la clase de vida que su amiga había decidido llevar. Pero sí que le cabreaba el no saber de ella en años. Incluso llegó a pensar que había muerto.

—¡Eres una zorra! —le gritó a Elsa que se mantenía callada y llena de lágrimas tras ver el reencuentro—. ¿Cómo has podido ocultarme esto? Que sepas… que no te lo voy a perdonar jamás. —Empezó a andorrear por la oficina. De pronto se paró y miró detrás del escritorio. Doce pantallas de diecinueve pulgadas estaban situadas de manera perfecta para poder controlar toda la zona que rodeaba el local. Ella observaba cada escena que se reflejaba en las teles. Era un espectáculo divertido y apasionante —Lucía se giró hacia ellas y les dijo muy seria—: A mí no me importa quién sois y en qué basáis vuestra vida. Siempre habéis sido mis amigas y eso está por encima de todo. ¿Lo entendéis o lo queréis más claro?

Elsa y Silvia se levantaron del sofá y se abrazaron con Lucía quien las esperaba con los brazos abiertos. Los sollozos empezaron a llenar la sala y más de un grito de ahogo apareció de la nada. El tiempo había pasado en ellas, pero nunca cambiarían el sentimiento que una vez las unió. Ese que, si volvía a aparecer, la ciudad tendría que echarse a temblar…

—Esto sí es un buen regalo de cumpleaños —susurró Elsa entre suspiros entrecortados por el llanto.

—¡Joder! —exclamó Silvia, separándose con rapidez de sus amigas. Algo había llamado la atención en las cámaras. Algo bastante peligroso por la forma de actuar de la mujer—. Chicos, creo que vamos a tener un gran problema… —les informó a los gorilas que estaban inmóviles observando la ñoñería del reencuentro.

—¿Qué ocurre? —Elsa se tensó, los contratiempos en el club eran muy peligrosos.

—Tenemos un «bombón» en la dos. Esas víboras se lo van a comer enterito. No van a dejar ni las migas…

Lucía miró al televisor que ella indicaba. Y cuando observó el cuerpo de un hombre semidesnudo y caminando despacio pegado a la pared, le resultó bastante gracioso. Daba la sensación de que no sabía dónde se metía. Pero cuando el joven alzó la barbilla y reveló su rostro. Tuvo que poner su palma sobre la superficie de la mesa para no perder el equilibrio. Su corazón comenzó a agitarse tan rápido como su respiración. Sus ojos se abrieron de par en par y pudo imaginar que se habían dilatado sus papilas. Aquel muchacho era una droga bastante irresistible y hoy ella estaba demasiado cansada de decir a todo que no.

—¿Por qué le llamas así? —preguntó Lucía a Silvia con los dientes apretados y sin dejar de observar los suaves movimientos que él iba haciendo. Lo sentía perdido, aturdido.

—¿Ese no es…? —Intentó averiguar Elsa, pero Silvia levantó su dedo para hacerla callar. Había notado en Lucía algo que debía de confirmar, porque de ser así, su amiga había regresado.

—Ese muchacho es la primera vez que viene por aquí. Creo que es el hermano de un esclavo, Ron, me parece que se llama esclavo Ron. Hace buenas dotes para que su ama esté siempre bien servida y viva con el lujo y bienestar que se merece —explicó.

—No me has contestado… —dijo con exigencia Lucía—. ¿Por qué le has llamado «bombón»?

—Sí, te he respondido, pero estás tan enfadada por lo que estás viendo que no lo has entendido. Llamamos bombón a un hombre guapo y con bastante poder económico que aparece por primera vez en nuestro club.

—¿Y? —Se giró sin dejar de mirarlo.

—Y todas las lobas se lanzarán a por él. Será un placer para aquella ama que lo acoja bajo sus piernas. —Silvia sonreía en su interior. Aquella cara de enfado le recordó el día que reclamaron, Elsa y Silvia, a sus maridos. Fue un momento de posesión tan bonito que, con tan solo recordarlo, se hervía de deseo por estar en brazos

de su esposo. Dejó de lado el tierno momento y se concentró en lo que estaba observando. Su amiga asaltada por los celos—. ¡¡No me jodas!! ¿Te pone cachonda el abogado del diablo? Con el montón de hombres que han pasado por tu lado y… ¿palpita tu coño por él?

—¿Me vas a decir tú ahora quién puede excitarme? —Lucía comenzaba a sacar esa fiera que dormía en su interior. Esa que, durante un tiempo, tenía aterrados a los alternantes de los bares del pueblo que visitaban. Nadie era capaz de hablar con ella porque si lo hacían, sabían que el castigo sería atroz.

Por un instante pensó en olvidar lo que estaba viendo y dejar que todo pasase. Sin embargo, cuando miró de reojo al visor y observó cómo comenzaban a rodearlo, dejó aparcado en alguna parte de su cerebro las palabras «me da igual» y pegó un fuerte puñetazo a la pantalla.

—¡Haz que se aparten de él! —ordenó sin titubeos.

—¡Dime, ¿por qué tendría yo que hacer tal cosa?! —Se cruzó de brazos, se sentó sobre la mesa y esperó una respuesta.

—Me imagino que todo esto viene porque ese chico ha estado flirteando contigo en el restaurante —miró a Lucía—. Sin embargo, me tienes flipada. No entiendo por qué te has puesto así de repente cuando siempre has dicho «yo no puedo, tengo que serle fiel a Jorge». Y ahora estás echando humo por las orejas. ¡¡No me lo puedo creer!!

—Y este es el instante en el que tenemos que decir que todo ha sido una coincidencia, ¿verdad? —Silvia esbozó una pícara sonrisa.

—¿Qué sospechas? —preguntó Elsa.

—Que me ha seguido… —dijo entre susurros Lucía. Ahora confirmaba que las sospechas sobre aquel Lexus no eran una locura suya. Era él. La estaba siguiendo quizá desde que salió del restaurante y si era así… tal vez la hubiese visto llorar en el aparcamiento.

—¿Qué vas a hacer, cariño? ¿Dejarás que esas aves carroñeras atrapen su presa? —la chinchó Silvia que empezaba a divertirse con la situación.

—Tendré que dejarles a todas bien clarito que ese *bombón* tiene dueña, ¿no… crees? —respondió mientras se acercaba a la puerta y giraba la cabeza hacia ellas. Se estiró el vestido, se pasó las manos sobre el pelo, respiró con profundidad y salió con seguridad de aquella habitación.

Llevaba mucho tiempo sin demostrar lo que en realidad era. Estaba desentrenada. Pero si iba a reclamarlo como *perro de su propiedad*, sacaría toda aquella garra que sabía que tenía en su interior.

—Sabes que se la van a comer viva —le dijo Elsa a Silvia cuando giró su mirada hacia ella.

—¡Sail, Camal! —exclamó. En milésimas de segundos sus dos enormes gorilas le cubrieron las espaldas—. Decidles a las chicas que ese joven le pertenece a Lucía.

—La he llamado ama Luna. —Elsa abrazó a Silvia para besarla.

—Un nombre muy bonito, cielo. ¿Qué hacéis mirando ahí parados? —les preguntó enfadada a sus guardaespaldas que las miraban con deseo.

—No queremos perdernos… —murmuró Camal.

—Ya tendréis lo vuestro. Ahora salvad a nuestra amiga.

A pesar del enfado, los hombres salieron de allí dejándolas solas. Una vez que cerraron la puerta, ellas comenzaron a besarse.

—¿Crees que podría asimilar alguna vez el tipo de vida que tenemos? —le dijo Silvia mientras acariciaba con sus suaves manos los pezones erectos de la amante.

—¿Lucía? No lo sé, quizá con el tiempo… —Ella bajó despacio los tirantes de su amada mientras recorría con la lengua el cuello. Las manos se apoderaron de sus tersos pechos, acariciando con suavidad los duros pezones. Le encantaba sentirlos excitados por ella. Era el mejor momento del día. Meter en su boca las pequeñas cimas de montaña.

—Algún día tendrá que saber la verdad. No podemos esconder lo que somos ni lo que nos gusta. Y a mí me gusta ese coñito húmedo que tienes entre tus piernas… —la besó con intensidad.

Capítulo 8

Momentos íntimos

Por un momento tuvo que mirarse las pelotas por si habían salido corriendo junto con su polla, porque todo lo que observaba a su alrededor le provocó tanto miedo que no supo si una parte de su cuerpo se había despojado de su lugar y había salido despavorido. Lo primero que hizo al entrar en el tenebroso lugar fue apoyarse en la pared para no desmayarse. Contaba los pasos que realizó al entrar para saber cuántos tenía que dar para huir. Giró la cabeza para mirar hacia la puerta; contaría «tres, dos, uno…», contendría la respiración y saldría corriendo. Pero en el instante justo que tomó la decisión, notó una presencia a su lado. Movió la cabeza y vio cómo una mujer le sonreía de forma maliciosa. Vestía con un negro corsé. Pequeño, muy pequeño porque dejaba al descubierto sus pechos. Bajó los ojos y contempló el altísimo calzado que llevaba. Aquellos finos tacones podrían hacer mucho daño si ella se dispusiera a hacerlo. Fue levantando sus asombrados ojos muy despacio. No quería hacerla enfadar puesto que en su mano llevaba un látigo de dos metros. «¡¡Corre!! ¡¡Sal de aquí… ya!!», le decía una vocecita en su mente.

Iba a hacerlo. Quiso controlar sus piernas que temblaban de miedo y echar a correr, pero un ruido detrás de la mujer llamó su

atención. Unos pequeños gritos y maldiciones se escuchaban por encima de la música del local. Andreu abandonó la idea de salir corriendo para saber qué sucedía en aquel lugar. De pronto, dos enormes cuerpos aparecieron por detrás de la mujer. Uno lo reconoció con rapidez puesto que se trataba del portero que le había indicado que debía de hacer al entrar. El otro, muy parecido a este, aunque se diferenciaba por los tatuajes que enseñaba el esbelto y desnudo torso. Andreu frunció el ceño. Tal vez se habían arrepentido de su presencia y venían para echarlo a patadas. Sin embargo, atraparon el brazo alzado de la mujer, preparada para dar un latigazo al suelo y le susurraron algo. De repente, ella comenzó a escupir por su boca roja palabras bastante malsonantes y se alejó de allí. Andreu seguía cada vez más anonadado. Tal vez su hermano andaba por las sombras del local y había solicitado que le salvasen. Pero no fue esa la razón. Los gorilas se apartaron y apareció tras ellos la mujer más bella que había conocido. Su cuerpo reaccionó al tenerla de nuevo tan cerca: «Síp, mis pelotas y mi sexo siguen conmigo», se dijo sonriendo con sutileza.

Sus caderas seguían siendo bastante provocadoras. Según se aproximaba, la respiración del hombre desaparecía. Su largo pelo, amarrado en una coleta, se movía al compás de sus pasos. Pero lo que dejó sin aliento al joven fue la mirada caliente y posesiva que escondían sus ojos bajo el antifaz. «¡Dios!», exclamó para sí cuando notó de nuevo la presión en su pequeño *slip*. Ahora no podría ocultar la erección que había crecido entre sus piernas y tampoco tenía una excusa sensata para que ella no tuviese una idea «errónea» de lo que estaba sucediéndole. Ella se paró frente a él y lo miró de arriba abajo. Se colocó las manos en las caderas mientras que Andreu se las colocaba en su sexo para disimular lo que tenía. «Sálvame, Dios mío, y te prometo que iré todos los días a misa», rezó.

Lucía no era consciente de la lujuria que la poseía. Tampoco podía pensar de manera coherente en aquellos momentos. Solo tenía una idea en su cabeza: que todo el mundo supiera que el

guapo que jamás había visto y sintiendo que ella era todo su mundo de deseo. Pensó en milésimas de segundo que aquel joven se había preocupado en el tiempo que la conocía más que su esposo en todo su matrimonio. Sonrió picarona cuando observó que intentaba ocultar la excitación que poseía. Nunca nadie la había deseado con tanta intensidad. Siguió caminando hasta que se colocó frente a Andreu. Sus bocas se rozaban al tomar aire. Las caderas de ella se encajaron en las del hombre haciendo que aquella erección aumentara hasta límites insospechados. Lucía pensó en poner sus manos en el torso desnudo, tal vez así descubriría cómo se aceleraba su corazón en su presencia, puesto que el suyo no hacía más que galopar dentro de su tórax.

—¿Buscabas algo? —dijo con voz ruda debido a la agitación que estaba viviendo.

—Sí. —Intentó mantener la calma, pero ciento noventa y siete centímetros de cuerpo más veintisiete de anexo, no se podían controlar teniéndola tan cerca. Sus piernas comenzaron a temblar. El corazón ya no estaba en su lugar, había corrido hasta la garganta, y sus manos, esas que deseaban posarse sobre la bella y erótica espalda que ella lucía, no paraban de moverse buscando el lugar más adecuado.

—¿Qué quieres? —continuó con aquella pose dominante. No podía desmoronarse ante el ansia que sopesaba en aquellos instantes por pegarlo aún más en la pared y besarlo con tanta necesidad que recompensara el tiempo perdido con Jorge. Un escalofrío recorrió su figura. Su entrepierna entró en calor. Notaba cómo se iba humedeciendo y eso la estaba volviendo loca. Pero era normal, tenía que serlo. Andreu la estaba presionando con su enorme falo y si ella no lo estuviera tapando en ese instante, el ciego que vendía los cupones de la once en la esquina de la farmacia hubiese visto también la erección del muchacho.

—Si puedo obtener lo que quiero, te lo diré. Pero si vas a tratarme como a los que están a tus espaldas, no sigo el juego. Yo no estoy dentro este mundo… —Antes de que pudiera continuar con

el discurso que inició, Lucía atrapó su rostro y lo besó. Hay veces que los hombres están mejor callados…

Nadie podría haberles advertido de la química que tuvo ese beso. Lucía le traspasó la posesión y la lujuria que sentía por él. Y mientras la lengua recorría su boca y acariciaba cada rincón de la mentolada intromisión, siguió reforzando su dominio sobre Andreu. Las manos del muchacho se posaron sobre las caderas que tanto adoraba, y el suave tacto del vestido le hizo estremecer. Llevaba siglos sin besar a una mujer con tanta pasión, mejor dicho, nunca había sentido cómo se quemaba su boca al besar. Se encontraba tan desconcertado que se decía una y otra vez que lo que le ocurría no era real. La gente normal no podía tener ese tipo de sentimientos después de cinco horas de conocerse. O se había vuelto loco, o aquello era un sueño del que despertaría de un momento a otro y tendría las sábanas mojadas por una corrida incontrolada.

—¿Me dices ahora qué venías buscando? —Lucía separó sus labios con suavidad y jadeó en cada palabra.

—¿Me prometes que me recompensarás con otro beso? —le susurró.

—Según el tipo de respuesta que me des… —Ella movió las caderas contra su erecto sexo. Empezaba a jugar una partida en la cual el premio para el ganador sería satisfacción sexual.

—¡Dios, a ti! ¡Te buscaba a ti! ¿Contesta eso a tu pregunta? —Levantó con suavidad las pestañas para poderla admirar de nuevo.

—Mucho. —Lo cogió de las muñecas y arrastró de él por toda la sala.

La gente tras su paso sonreía. «Una más que demuestra quién tiene el poder en este puto mundo», dijo un joven a su ama.

No hacía falta que nadie le indicara dónde podían tener algo de intimidad. Ella lo supo desde el momento que vio la puerta de la oficina de Silvia.

—¿Dónde me llevas? —Andreu estaba algo asustado. No le gustaba lo que allí hacían, y aunque sentía algo especial por la mujer, no participaría en los juegos que se ofrecían.

Ella abrió una puerta negra y encontró un pasillo iluminado por unas antorchas en las paredes. «¿Dónde será?», se preguntaba. Necesitaba una habitación libre.

Tras dejar pasar dos puertas con luces de color rojo sobre el marco de la puerta, encontró una de color verde. «¡Esta!». Giró el pomo y arrastrando al pobre muchacho que se dejaba mangonear, entraron juntos.

El cuarto estaba iluminado con las cálidas luces de unas velas de ceras que se posaban en varios lugares. El aroma a esencias frutales y velas encendidas inundaban el lugar aportando un estado de bienestar difícil de describir. Lucía soltó las muñecas del joven y dejó que observara dónde se encontraba. Ambos debían razonar con claridad para dar paso a lo que deseaban, fundirse en el más puro y placentero deseo sexual.

—Antes de que empieces a hacer cosas con las que no me encontraré cómodo, quiero advertirte que este rollo a mí no me gusta. —Andreu se quitó el antifaz—. Me ha excitado mucho la ropa que llevas, pero no por tener esa prenda, sino por lo que escondes bajo ella. Pero eso de ahí no me va. —Señaló hacia un armario que tenía las puertas abiertas. Dentro de él se encontraban todo tipo de juguetes necesarios para una sesión de BDSM: velas, consoladores, cuerdas, arneses, bolas chinas, mordazas, *plugs*, esposas, fustas, gatos, púas… Todo un tesoro para el que lo sabía apreciar.

—¿Piensas que a mí sí? —Ella se apoyaba sobre la puerta, quería evitar la posible huida del asustado joven. Por más que intentaba llamar a la coherencia y a su raciocinio para advertir que estaba haciendo una locura, su cerebro no respondía. Se dejaba llevar, por primera vez en su vida, por el instinto más trivial, el deseo sexual.

—No lo sé —musitó Andreu girándose sobre sus talones y posicionándose frente a ella.

—¿Crees que este es mi ambiente? —Caminó hacia él—. Mira, guapo, ni soy de este tipo de lugar ni debería estar aquí contigo porque soy una mujer casada y con hijos. Y, sin embargo, deseo saborear cada centímetro de tu piel. Espero con ansiedad saber qué

me ofreces y necesito calmar el hambre de lujuria que has despertado en mí. —Miró su reloj y arqueó una ceja—. Son las ocho de la tarde de un 20 de diciembre, todavía es mi cumpleaños, y me gustaría tener un regalo imposible de olvidar. Algo que hiciera más alegre y llevadera la mierda de vida que tengo. ¿Me lo vas a ofrecer tú o busco a otro?

Andreu se quedó atónito ante la fuerza y sinceridad que desprendían sus palabras. Pudo notar en su tono de voz pinceladas de agonía y desesperación. Había escuchado fuera la conversación con la amiga y no entendió la causa exacta de su llanto, sin embargo, ahora lo comprendía todo. Su marido debía ser un absoluto capullo para no darse cuenta de la belleza que tenía por esposa. Esa alimaña no se merecía ser poseedor de una diosa. Ella tenía que ser admirada, mimada y alabada por la persona que decidiese ser su compañero. Cerró los ojos y pensó que si cabía una minúscula posibilidad de que él pudiese entrar en su vida, aunque al principio fuese de manera temporal, lucharía con uñas por eso. Tal vez, cuando lo conociera mejor, optara por abandonar su anterior vida y renovarla a su lado.

—Dime qué deseas y lo haré —le murmuró mientras se acercaba a ella—, si quieres que ladre, ladraré. Si quieres que salte, lo haré, si quieres que sea tu regalo, aquí me tienes. Tómame. Coge de mí todo lo que necesites. Soy tuyo.

—Para ser un regalo perfecto necesitas un precioso lazo rojo sobre tu cabeza —ronroneaba mientras sus brazos rodeaban el fuerte cuello y acercaba su bajo vientre al sexo erecto de él.

—Te prometo que cuando tengamos otra ocasión similar, lo llevaré puesto…

Andreu se lanzó con ferocidad sobre los labios de ella. Su lengua invadió con brusquedad la boca de Lucía. Quería saciar con prontitud la pasión que había crecido entre ellos. Las yemas de sus dedos comenzaron a caminar sobre la femenina piel desnuda deleitándose de las caricias en sus hombros y en los deliciosos brazos. La piel de Lucía era tan suave que cada roce era enloquecedor. Gimió sin aire,

estaba loco por ella. Sabía que era ilógico sentir ese tipo de adicción con tan poco tiempo de conocerse, pero se decía una y otra vez que nadie había provocado en él ese tipo de desesperación. «Me quemas», pensó. Podía jurar que, si seguían así, él mismo padecería eso que se llamaba «combustión espontánea». Aunque si lo meditaba con frialdad, era la mejor forma de morir para un hombre enamorado de la mujer que tocaba.

Por otro lado, Lucía tenía los ojos cerrados. Se encontraba embelesada con el placer que el joven le estaba ofreciendo. De pronto, notó cómo las manos de él se aferraban a su cintura y la alzaba para llevarla a algún lugar de la tenebrosa habitación. Sus labios, audaces y cálidos, la provocaban con tanta fuerza, que era imposible dejar de tenerlos sobre su boca. Quería más, necesitaba muchísimo más, porque debía contrarrestar el tiempo perdido con la pasión que él le regalaba. No quería saber si el mañana existiría. No quería hacerse a la idea de que solo serían unos minutos, a lo sumo una hora. Tan solo le importaba sentir en su cuerpo la lascivia que poseían dos extraños que se atraían hasta límites insospechables.

Andreu la tumbó con suavidad sobre las sábanas de raso negras. Condujo sus flácidas manos sobre la cabeza y la cubrió con su enorme cuerpo.

—Te deseo tanto… —le susurró en el oído—, nunca he encontrado una mujer como tú.

—No habrás buscado lo suficiente. —Sus ojos hambrientos se encontraron con los de él.

—Creo que no lo hice en los sitios adecuados, porque no te hallé en ellos… —le decía mientras volvía a besar su cuello.

Muy despacio, fue bajando su boca hacia el pequeño escote que ella enseñaba. Soltó sus grandes manos y las dirigió hacia los pechos.

—Me encanta este vestido, pero ahora mismo lo quiero fuera. Si no te importa… —Sonrió con timidez.

La incorporó con gran delicadeza de la cama, colocándola de pie. Dejó que sus torpes manos masculinas buscaran la interminable

cremallera. Conseguido su objetivo, besó la espalda con ternura y comenzó a bajar los tirantes del suculento y enloquecedor atuendo. La prenda cayó al suelo con suavidad, dejando al descubierto la silueta de la mujer. Andreu era incapaz de hablar, estaba atónito con la belleza que contemplaba. Sin lugar a dudas, era una mujer espléndida.

—No es lo que esperabas. —Lucía se sintió avergonzada ante el absoluto mutismo que el joven tuvo tras exponer su desnudez. En el fondo estaba acomplejada porque su cuerpo ya no era el mismo, los embarazos y el paso del tiempo siempre hacían mella en una dama.

—¿Crees que me desagrada lo que veo? —preguntó mientras la giraba para contemplar su rostro—. Oh, Lucía, nunca he visto alguien tan bello. Ni en mis mejores sueños tuve el placer de tener entre mis manos un cuerpo como el tuyo. Solo me falta una cosa para que me sienta aún más feliz.

—¿Qué? —inquirió inocente.

—Que seas mía para siempre…

Lucía se congeló. No supo cómo hacer frente a las palabras del muchacho. ¿Qué fuese suya para siempre? Lo que pedía no era viable. Aunque deseaba estar con él, no podía ofrecerle más que una noche de sexo. Lo miró directo a sus ojos y percibió que aquella insinuación no había sido tan solo producto del deseo. Él quería estar con ella tal como le había dicho. No se iba a conformar con un rato de placer porque aquella mirada le gritaba que en el interior del joven se hallaba un sentimiento más profundo. Uno que ella no podía ofrecer porque, aunque también había sopesado la idea de tenerlo a su lado para siempre, en su casa le esperaban tres criaturas que llorarían su ausencia puesto que estaba segura que si Jorge descubría lo que había hecho, le arrebataría lo que más quería en su vida, sus hijos.

—Lo siento, debo marcharme. —Ante la mirada sorprendida de Andreu, atrapó el vestido que tenía en los pies y comenzó a vestirse.

—¡Lucía! ¿Qué sucede? —Andreu le cogió la mano cuando esta inició un camino hacia la puerta—. ¿Qué sucede, amor?

—¡No me digas eso! No puedo ser tu amor, ni puedo ofrecerte más de una noche de sexo. Esto es una locura que se debe terminar aquí. Lo siento, de verdad que lo siento…

—¡No me hagas esto, por favor! —Andreu corrió hacia ella y la atrapó, quedando sus labios, de nuevo, pegados a los de ella. Quería saborearla otra vez, quería volver a sentir su cuerpo desnudo al lado del suyo. Quería hacerla borrar de su mente las torpes palabras que le había declarado.

—Ignora esto. Olvida la locura que casi hacemos. ¡Olvídame! —Se escapó del amarre, abrió la puerta y salió despavorida de allí. Necesitaba dejar atrás la imprudencia que había estado a punto de hacer. Ni él se merecía que alguien jugara con los sentimientos más puros como era el amor, ni ella podía hacerse ilusiones por encontrar a un hombre que la quisiera con todo lo que con ello implicaba.

—¡No! —gritó Andreu mientras veía cómo se marchaba la mujer de sus sueños—. ¡No te vayas, por favor! —suplicó.

Pero ella no miró a atrás. A pesar de escuchar la petición, no podía darse la vuelta. Huir era la mejor opción. No podía hacerle daño, No podía hacerse daño.

Capítulo 9

Evasión de la realidad

Ella se había marchado. Hacía más de una hora que había cruzado la puerta sin mirar atrás. Sin embargo, Andreu seguía sentado sobre la cama con la esperanza de que volvería y le borrase la soledad y frialdad que sentía su cuerpo en aquella habitación. Con la cabeza agachada sobre sus piernas y derramando lágrimas por la desesperación, sufría por la situación que había vivido. Por una vez en su vida había encontrado a la mujer perfecta y la tuvo que dejar escapar.

Sus puños se apretaron tanto que las uñas se clavaban con saña en la piel. Sabía que no debía estar así puesto que ella no le pertenecía, estaba casada. Sin embargo, él no cesaba de buscar la manera para reclamarla como suya. Ese instinto animal que se debía esconder brotó desde lo más profundo de sus entrañas para gritarle que dejase atrás tonterías sociales y por una vez en su vida pensara en lo que en verdad quería. Y él quería a Lucía. Era una locura, lo sabía. Era imposible, era consciente de ello. Pero estaba seguro que su vida tenía un antes de conocerla y un después de besar y sentir su cuerpo junto al suyo. «¿Por qué no me callé? ¿Por qué no he salido tras ella y la hice parar? ¿Por qué?», se decía una y otra vez

con alaridos de desesperación. Cerró sus ojos y no vio oscuridad. La vio a ella: Caminando, sonriendo, besándolo, desnuda…

—No volverá —dijo una voz familiar que surgió de la nada dentro de la habitación.

—¡Es mía! —gritó al mismo tiempo que levantaba su rostro hacia la persona que estaba frente a él. Era la primera vez que Fidel lo miraba compasivo. Se encontraba parado en la puerta con un bóxer negro y un collar de cuero en su cuello. No se veía bien vestido para dar un sermón, sin embargo, allí estaba, al lado de su hermano en un momento bastante drástico para él.

—Creo que pertenece a otro. —Se acercó para sentarse junto a su hermano. No sabía bien cómo actuar. La última vez que vio a Andreu llorando fue en el entierro de su padre y desde ese instante, él pensó que se había convertido en un hombre tan duro como una piedra.

—Fidel, te prometo que si hubieses venido a mi despacho y me contaras que has conocido a la mujer de tu vida en cuestión de horas, te habría dicho que estabas loco. —Su mirar volvió al suelo donde pudo comprobar que su hermano también estaba descalzo—. Como siempre, te habría echado la típica charla de «esa ha venido buscando tu cartera»; sin embargo, esta vez soy yo quien está en ese lado. Soy yo quien sufre de amor tras conocerla. —Suspiró con profundidad, levantó su mirada y dijo con total seguridad—: Esa mujer me ha puesto el cuerpo y el alma patas arriba. Lo que una no logró en más de cinco años de relación, Lucía lo ha hecho en una milésima.

—Siempre has sido muy escéptico en el amor, hermano. —Se acercó hasta él, se sentó a su lado y le echó el brazo por encima—. Alguna vez cupido tenía que lanzarte su flecha, ¿no? —Una tímida sonrisa apareció en sus labios. No quería trasmitirle ningún tipo de regodeo ante la situación: tan solo quería ver en el rostro afligido una pequeña sonrisa—. Andreu, confío en tu fuerza y este contratiempo lo superarás. Tarde o temprano lo olvidarás.

—No lo sé, Fidel. En este momento no soy capaz de pensar con claridad. Solo puedo reflexionar una cosa: ¿cómo pude decirle que la quería para siempre?

—¿Le dijiste eso?

Los ojos de Fidel casi se salieron de su lugar y todo porque se había quedado asombrado por las palabras que le había desvelado su hermano. ¿Cómo había sido capaz de hacer tal cosa? No tenía lógica alguna. Se podía haber encaprichado como tantas veces lo había hecho él, pero que le desvelara que la necesitaba a su lado o para siempre, era inaudito. Nunca había dicho Andreu a una mujer nada parecido, ni después de años de relación con «dulce» escupió por su boca ninguna frase que le indicara a los que lo rodeaban que era suya. Lo miró de soslayo y no encontró ni un solo rasgo del hombre fuerte que se jactaba de ser. Estaba hundido. Aunque costase creerlo, Andreu Voltaire estaba hundido por amor.

—Tengo que confesarte una cosa, Andreu. Cuando ella salió corriendo de aquí tropezó conmigo en el pasillo. La reconocí en seguida porque una mujer así no se olvida con facilidad. Sin embargo, esta vez mis ojos se fijaron en otra cosa aún más llamativa que sus caderas.

—¿El qué?

—Su rostro expresaba miedo y lloraba sin consuelo. Por un momento pensé que la habías agredido y por eso vine hacia aquí. Pero cuando te encontré tan abatido, supe que ella había salido por otra razón más profunda.

—¿Cómo has pensado que yo…? ¡Jamás! ¡Mataría si alguien le hiciese daño! No te puedes hacer una idea de cómo me hierve la sangre con tan solo pensar que alguien la tocara para agredirla. Me convertiría en una bestia descontrolada. —Tomó aire para calmar la ira que había crecido en él. Una vez que se relajó, prosiguió su diálogo—: No entiendo por qué su rostro expresaba miedo. Aquí solo hubo amor.

—Puede que no esté acostumbrada a ser amada y sentir que alguien lo hace, le ha provocado pavor.

—Está casada… —murmuró mientras agachaba la cabeza y se llevaba las dos manos a ella.

—¿Y? ¿Crees que todo el mundo que se casa ya tiene que ser por amor? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Coscareó la cabeza del hermano como quien llamaba a la puerta de una casa.

—No estoy para bromas… —Suspiró varias veces y al final miró a Fidel y le preguntó con seriedad—: ¿Puede alguien volverse así de loco en tan poco tiempo?

—Sí, y creo que tal vez debe ser algo genético, porque yo también lo estoy. —Andreu alzó las cejas y esperó la respuesta—. Si vengo aquí no es porque disfrute con el ambiente, es porque encontré a una mujer especial de la cual estoy enganchado desde el mismo instante que me dijo «hola».

—Ya me extrañaba que te gustara este mundo, demasiado fuerte para nosotros, ¿verdad? —Comenzó a apartar las lágrimas de su rostro.

—Es lo que parece. Que te metes en un mundo de torturas y humillaciones, pero no es así. El BDSM está formado por un compendio de protocolos y actitudes que deben cumplirse para que una relación D/s funcione. Por ejemplo, antes de formalizar el contrato con mi Ama, mujer de la cual estoy enamorado, yo le hice una serie de límites que ella aceptó al hacerme suyo. Ella vela por mí cuidándome y valorando mi trabajo hacia ella, y eso, en cierto modo, es precioso.

—¡Ja, ja, ja! —Por fin sonrió—. ¿Has visto al hombre que estaba de rodillas con la mujer encima? —Andreu se levantó de la cama y se acarició los brazos helados para darse calor.

—Simulan un caballo con su jinete. —Fidel le siguió con la mirada —. Es un acto precioso. El sumiso camina portando a su ama donde ella requiera con elegancia y vigor.

—¡Joder, prefiero galopar en la cama! —Continuó con aquella bonita sonrisa con la cual exhibía sus nacarados dientes—. Vámonos de este lugar, necesito irme a casa. Debo hacer una recopilación de todo lo que me ha sucedido en el día de hoy. Porque encontrar a la

mujer de mi vida y perderla por gilipollas, es para meditarlo en soledad y con una buena botella en la mano.

—En esta vida hay que saber atrapar lo que en verdad te interesa. Si ella es la mujer de tu vida, ¡lucha por ella! ¿Por qué te crees que me dejo azotar? —Los ojos picarones de Fidel brillaban de amor. Amaba tanto a la mujer con la que estaba, que no le importaba cómo era o cómo necesitaba obtener el placer. Él se ofrecía en cuerpo y alma a los antojos de ella—. ¡Anda, hermano!, vete de aquí. Nos encontraremos en la puerta, debo vestirme primero. —Golpeó la fornida espalda de Andreu y lo hizo salir de allí.



Lucía había luchado cada instante tras salir por la puerta para no darse la vuelta y envolverse otra vez entre los cálidos brazos de Andreu. Pero no hacerle daño era una razón de peso para huir. Un hombre como él no podía estar con ella, o más bien ella no podía estar con él. Estaba casada, tenía una vida acomodada con marido e hijos. Por mucho que deseara estar rodeada por su joven y ardiente cuerpo, no podía someterlo a sus necesidades para luego abandonarlo como un perro. Sonrió cuando recordó la posesión de Andreu hacia ella. Había sido todo un halago hacia su persona. No recordó ni un solo momento en el que su marido la hubiese reclamado con tanta pasión. Pero tampoco pudo recordar situaciones de lujuria como los que había tenido en la habitación. Agarró con fuerza el volante y se obligó a continuar la marcha. Tenía que volver a su hogar y abandonar, por más que le doliese, la locura que había crecido en ella. No podía dejarse arrastrar por unos deseos incoherentes. Se miró al espejo retrovisor y encontró una mujer llena de desconsuelo. En menos de cuatro horas dos hombres la habían hecho llorar y eso no era justo. Era el día de su cumpleaños y debía ser mimada y querida, no puteada.

—¡Maldito cumpleaños! —gritó y golpeó el volante varias veces. Debía regresar y darse un baño. Eso era primordial para eliminar de su cuerpo las caricias y los besos que Andreu le había regalado. De repente el móvil comenzó a sonar, miró quién le hacía la llamada y vio que era su marido. «¿Qué narices querrá este ahora?», pensó.

—¿Sí? —preguntó con naturalidad.

—¿Dónde estás? Llevo más de una hora en casa esperándote —replicó con enfado.

—He estado tomando una copa con Elsa y voy para allá —comenzó a aumentar la velocidad. Ya empezaba a sobrepasar el límite establecido…

—No tardes, tenemos que hablar de lo que ha sucedido hoy en la oficina. No me parece bien que te vistas así…

—¡No te escucho! Creo que pierdo cobertura. Pi, pi, pi… —Colgó el teléfono. Miró de nuevo el espejo y contempló su rostro: cansado, penoso, amargado; ella no merecía esto. Le había gustado sentirse amada. Por unos instantes hasta pensó que por fin descubría lo que era ese cosquilleo en su estómago por ver a la persona querida. Sin embargo, tenía que dejar todo atrás. Ahora regresaba a su verdadera vida: sus hijos y su esposo. Aunque sabía que, por encima de todo, no dejaría de pensar ni un minuto en Andreu, porque fuera como fuese, el nombre se había grabado en su corazón con fuego.

Capítulo 10

Juramento

Fidel acompañó a su hermano al ático. No estaba seguro de cómo este iba a reaccionar ante la nueva situación. Nunca lo había visto tan destrozado, ni siquiera cuando descubrió que la arpía lo había engañado durante tanto tiempo tuvo un gesto de dolor en su rostro. Supo entonces que la ruptura fue una liberación para él. Pero esta ocasión era especial. Había llorado… ¿De verdad que se había enamorado de ella? Durante el trayecto, Andreu le contó que la había perseguido por toda la ciudad desde que abandonó el restaurante y que por ese motivo había llegado al club. Aquello le dejó anonadado; su hermano, la persona más cuerda del mundo, ¿persiguiendo a una mujer? «¡¡Ver para creer!!», se decía Fidel en sus pensamientos. Si Andreu incumplía normas, iba tras una mujer, se escondía como un hábil ladrón y se desnudaba para introducirse en un club de BDSM, tenía que ser por varias razones: drogas o que en efecto ella era su estrella. En el fondo, lo comprendía. Ella emanaba sexualidad por cada poro de su piel. Era difícil contener la mirada cuando pasaba cerca. No es que fuera la típica modelo de extrema delgadez, no. Lucía tenía unas buenas caderas, la espalda grande y unas piernas de vértigo. Su pelo azabache palidecía aún más su blanquecino rostro, ese que tapaba con un sutil maquillaje.

La nariz pequeña y chata. Unos ojos verdes escarlata que cuando la mirabas deseabas caer a sus pies sin soltar ni una sola palabra. Sin olvidar los sonrojados y perfilados labios. Siempre que no hubiesen sido besados… A grandes rasgos le recordaba mucho a su amada; Alta y con esos andares que te hacen caer más rápido que una fila de fichas de dominó. Pero su mujer era más dura, más estricta, más dominante. Sonrió al recordar las terribles penurias a las que fue sometido hasta alcanzar el corazón de su Ama. La llamaban Ama Hielo porque nadie había conseguido calentar su cuerpo, hasta que llegó él y la cautivó con su dolor. Ofreciéndose como sacrificio en cada una de sus sesiones, despertó de su letargo al escondido corazón y comenzó a sentir amor.

Giró la vista hacia su hermano. Se apoyaba sobre la pared del salón y tenía la mirada perdida. Por más que había insistido en quedarse esa noche con él, este lo había rechazado categóricamente. No deseaba estar con nadie. Quería ahogar sus penas en soledad. No podía dejarlo así. No podía ver que el hermano, que había cuidado la familia desde que su padre falleció, que lo había sacado en más de una ocasión de la cárcel, se quedara con los brazos cruzados y bañado en ríos de lágrimas porque no volvería su amada. Ahora debía de hallar la manera de recompensar tantos años de generosidad.

—¿Estás seguro de que no quieres compañía? Esa bebida es mucho para ti, deberías compartirla. —Fidel estaba en la puerta viendo como Andreu atrapaba entre sus manos una botella de *whisky*.

—La ocasión lo merece, ¿no crees? —Se descalzó, se quitó el traje que le oprimía y se dirigió hacia el baño.

—Una ducha caliente te vendrá bien. Descansa, mañana te llamaré —le dijo mientras salía.

—Llámame el lunes, pienso estar inconsciente todo el fin de semana —gritó al mismo tiempo que abría el grifo de la ducha.

Andreu escuchó cómo se cerraba la puerta, ahora estaba solo. Dio un interminable sorbo a la botella comenzando así el deseado

camino hacia el desfallecimiento. Cuando consiguiese estar en el momento más álgido de la borrachera, intentaría borrarla de su mente.

El agua caliente comenzaba a llenar la enorme bañera de porcelana blanca. Posó la botella sobre la cerámica verde esmeralda que rodeaba la tina caliente, y terminó de desnudarse. Le pareció una tarea bastante difícil puesto que el alcohol comenzaba a recorrer sus venas y no podía posar las manos con exactitud sobre las prendas. Se sumergió con lentitud en el agua. El vapor cubrió todo el baño. Parecía ofrecerle la imagen de tristeza y tenebrosidad que sentía su interior. Miró de reojo al enorme espejo que tenía enfrente y gruñó enojado. Cuando lo puso en el lugar soñó con ver reflejado el rostro de placer de la mujer que compartiese su vida. Vería proyectada innumerables situaciones sexuales que tendrían en el sitio. Caras repletas de sonrojo por la pasión, expresiones al gemir, el rápido movimiento del agua cuando la penetrase… Ese espejo revelaría esa oda al amor que tanto añoraba. Estuvo a punto de arrojar sobre él el bote de cristal que tenía en su derecha, pero al final le surgió una idea mejor. Se incorporó y escribió con espuma el nombre de ella. Regresó a la bañera y se dejó calentar por el agua que aún mantenía su temperatura. Sumergió la cabeza e intentó aguantar todo lo que pudiese hasta fallecer, pero no lo consiguió. El instinto de supervivencia logró hacerle respirar, recobrando así la vida que no deseaba vivir. Las manos taparon su cara y empezó a llorar con amargura. En el fondo odiaba sentirse así. Jamás hubo una mujer que lo hubiese noqueado como lo hizo Lucía. «¡Joder!», gritaba una y otra vez. Si hubiesen estado veinte minutos más, le habría pedido matrimonio… Apartó las manos de su cara y sintió algo fuera de lo normal, su sexo se había puesto erecto. Tan solo con el hecho de recordar los besos y las caricias que se habían regalado, la excitación volvía dura y exigente a su verga. Apoyó su cabeza sobre la almohadilla, cerró los ojos, y cubriendo con su mano el sexo alterado, empezó a masturbarse pensando en el olor de su pelo, en el balanceo de sus caderas, en la figura escandalosa que

resaltaba el atrevido vestido, en la suavidad de la espalda, en sus besos, en sus susurros… Notaba cómo latía su verga, cómo convulsionaba preparándose para impulsar el semen viudo. Chilló el nombre de ella tantas veces como su polla escupía las inocuas semillas. No era la liberación de un sexo sin finalizar lo que necesitaba, demandaba tener cerca el cuerpo de la mujer que nombraba. Sintiendo todavía el leve temblor de su orgasmo, cogió la botella y bebió con ahínco. Medio desvaído por la sacudida y por el alcohol, se levantó de la bañera y, desnudo, caminó hacia el salón. Se paró cuando llegó al ventanal que daba a la amplia terraza. El cristal estaba empañado. Debía de hacer muchísimo frío fuera porque nunca lo había visto así. Sin embargo, más ebrio que sobrio, abrió la ventana y salió sin taparse para respirar el aire nocturno. Seguía agarrando la botella en su mano a cada paso que daba por la gélida terraza, daba un sorbo al *whisky*. Miró hacia el cielo y descubrió que había un montón de estrellas brillantes. Hacía mucho tiempo que no observaba una noche tan estrellada. Apoyó la mano libre sobre una de las tumbonas que había por allí y comenzó a hablar en voz alta.

—Mi padre me enseñó a no rendirme jamás —balbuceaba a las estrellas levantando la mano de la botella—, a luchar por todo lo que amaba: Familia, trabajo, amigos, amor… —Algo de baba caía por una de las comisuras de sus hermosos pero incontrolados labios—. ¡Y voy a seguir su consejo! Yo, Andreu Voltaire, hago el siguiente juramento: no me daré por vencido hasta que esa mujer sea mía. ¿Habéis escuchado? —gritó y, resbalándose, cayó desplomado al suelo.

Capítulo 11

Ver para creer

Resopló cada segundo que duró el viaje hacia su hogar. Jamás en su vida había sentido tanto agobio y presión al respirar. De verdad tuvo que esforzarse mucho para no dar la vuelta y caer llorando bajo los brazos de Andreu. Porque cuanto más se acercaba a su casa, más repulsión tenía hacia lo que iba a encontrar; un marido al que no amaba y a quien tan solo le unía unos hijos preciosos. Paró el coche y suspiró varias veces. Si ayer en la noche alguien le hubiese dicho que hoy iba a ser un día crucial para ella, se habría muerto de la risa. Sin embargo, ahora no se reía. Era verdad que todo su orden se había transformado en un caos. En primer lugar su nuevo *look*, en segundo una borrachera, en tercera posición había sido tratada como una puta por su marido, en cuarto había visto a su amiga Silvia, a la que no veía desde hacía más de una década, y había resultado que era la dueña de un fabuloso y espectacular club de BDSM, y claro está, por último, pero no por ello menos importante, había encontrado un hombre que le hizo perder la cabeza hasta un límite insospechable, tanto como para no querer volver a su hogar nunca más. Parada frente a la entrada de su casa, metió las manos en el bolso para buscar las llaves y escuchó un pequeño ruido que provenía de dentro.

—¿Te has dado cuenta de la hora a la que llegas? —le preguntó su marido mientras le abría la puerta—. ¿Qué narices has estado haciendo?, ¿follando con cualquiera? Porque con esa pinta, solo vas pidiendo guerra.

—Buenas noches a ti también. —Se adentró en el hogar y quiso evitar las gilipolleces de su esposo—. No he hecho nada malo. No creo que llegar a las once de la noche sea motivo de represalia. Fui a la oficina para compartir contigo el resto del día, pero me rechazaste, ¿recuerdas? —Anduvo hasta el salón donde se quitó los altísimos y deliciosos zapatos. Sintió alivio en sus pies cuando los posó en el suelo. El frío los calmó permitiéndole poder caminar hasta el minibar del salón.

—¿Crees que me excita ver a mi mujer vestida como una zorra? —Jorge le gritaba al mismo tiempo que la perseguía.

—Espero que por lo menos me hayas considerado una de las caras. Porque hasta ahora solo he tenido el placer de acostarme con acaudalados —respondió con sarcasmo y tirantez. Fue en ese instante en el que Lucía se regañó por haber vuelto a su casa. Tenía que haber conducido hasta sus padres y les daría algún tipo de explicación banal para quedarse allí…

—No es propio que la mujer a la que considero una esposa ejemplar, aparezca vestida como una ramera. ¿Sabes la cantidad de hombres que has dejado babeando como perros? —chilló airado.

—¿En serio? Pues ya que me consideras una puta, podrías facilitarme el trabajo y ofrecerles mi número de teléfono. —Tomó la primera botella que encontró en el mueble bar y la sirvió en una copa. Luego abrió la puerta del pequeño congelador y cogió dos cubitos con las manos.

—¿Acaso no has bebido bastante? —Agarró la copa de las manos de Lucía.

—Haz el favor de soltarla —le advirtió mirándolo con ira—. Esta noche estás fuera de ti. Fui a la oficina para tener un encuentro sexual con *mi* marido. Me encontraba *sexy* y quería que ambos disfrutáramos del momento. Lo que los demás piensen… ¡me es

indiferente! Pero que mi esposo se atreva a tratarme así, es endemoniadamente jodido, ¿no crees? —Desató el agarre de la copa y se la llevó a sus labios.

Estaba delicioso, nunca había tenido el placer de saborear un sorbo de ron como lo hacía en ese momento. Eso sí, su marido tenía los ojos ensangrentados por la furia, pero ya se le pasaría. Y mañana volvería su vida de castidad y de indiferencia. Mañana estaría de nuevo atrapada en un matrimonio que la hacía infeliz, que la destrozaba, pero era lo que había elegido.

—¡No me joderás! —Jorge sacudió la copa, derramándose el licor por todo el salón. Lucía había girado su cara para ver caer el vaso, pero cuando la torció para reprocharle la acción, se encontró con el golpe de una mano sobre su ojo izquierdo. En milésimas de segundo, ella comenzó a perder la visión y su rostro empezó a palpitar por el dolor. Miró de soslayo a su esposo para intentar ver algún ápice de arrepentimiento, pero no lo halló. Era más, seguía en sus trece mientras continuaba amenazándola—. La próxima vez que vuelvas a la oficina espero que sea con la vestimenta apropiada de una mujer en tu posición. Recuerda quién soy y lo que puedo darte si no obedeces.

Girándose sobre sus talones la dejó allí sola, herida no solo física, sino también mentalmente. Sus temblorosas manos acariciaron con suavidad su rostro. Ardía. Sacó fuerzas de donde no las tenía y se dirigió hacia el congelador. Tomó un par de hielos y, envolviéndolos en un pañuelo de seda, se los puso en el ojo. Sabía que eso no sería suficiente y que mañana amanecería con un hematoma difícil de ocultar. «¡¡Por el amor de Dios!! ¿Qué voy a decir?». La respuesta estaba en huir de allí. Debía marcharse a la casa de campo durante unos días y tal vez el maltrato físico podría desaparecer porque el psicológico no lo haría jamás.

Caminó como una muerta viviente hacia el baño, abrió el grifo de la bañera y dejó que el agua caliente la llenara. Necesitaba una limpieza con urgencia, a ver si de esta forma algo de la podredumbre que le había infligido el que se llamaba su marido, era

eliminada. Una vez abrazada por el líquido, apoyó su cabeza sobre la blanda almohada y llevándose las manos a la cara, empezó a llorar. Tras unas desesperadas lágrimas, comenzaron a salir unos gritos ahogados. No quería volver a llamar la atención de Jorge y que se regocijara de lo que había hecho, porque sin lugar a dudas lo haría. Él no era de pedir perdón. Cuando fue capaz de controlar el desconsuelo, abrió los ojos y miró hacia el suelo. El móvil tenía una lucecita que parpadeaba. No tenía ganas de moverse. Solo quería quedarse allí el tiempo suficiente para olvidar lo que había sucedido a lo largo del día.

Durante todos los años de matrimonio, ella siempre había dado y nunca pedido nada a cambio. Nunca discutió por las continuas órdenes que le daba. Él había decidido cómo debía vestir, qué comer, qué beber, e incluso la cantidad de hijos que era recomendable tener con miras a Hacienda para ser tratada como una familia ejemplar. Colegios, ropas, deportes, amigas… Su cabeza empezó a girar al mismo tiempo que veía pasar su vida destrozada por el control y por la apatía. Ella nunca había sido partícipe en nada, ni tan siquiera en la mascota que tenían en casa. Abrió los ojos y contempló el baño. No recordaba haber elegido algo de lo que veía. En verdad, no había escogido nada de lo que se podía encontrar en la casa. Ella tan solo era un mero maniquí para el mundo de su marido. El concepto de mujer florero apareció golpeando su consciencia. Algo dentro de ella quería salir, tal vez se trataba de esa mujer que llevaba hibernando en su interior. La que parecía haber perdido tras años de castigo por las monjas. Las malditas educadoras supieron hacer bien su trabajo, creando una mojigata esposa. Comenzó a meditar sobre aquella época y llegó a la conclusión de que, de entre todas las alumnas del internado, ella era la más moldeable. Quizás esa fuera la razón para separarla de su grupo de amigas. Sin lugar a dudas, la fierecilla domada se convirtió a base de golpes en la mujer perfecta para el acaudalado inversor. Comenzó a encajar las piezas de un puzle que no había resuelto a pesar de haberlo intentado en multitud de ocasiones. Ahora se respondía a los porqués de las visitas de Jorge

al maldito convento. Se estaba asegurando que la esposa elegida estaba siendo bien instruida para tal honor. «¡Maldito cabrón manipulador!», pensó mientras golpeaba con fuerza el agua de la bañera. Las monjas le habían facilitado el camino a cambio de unas suculentas donaciones y él consiguió lo que necesitaba, una mujer y el dinero de esta, puesto que, gracias al matrimonio, accedió a la fortuna de su padre y lo manejó a su antojo. Jorge creció en el mundo que deseaba estar, obtuvo un buen puesto en la alta sociedad y fue respetado y valorado por estos.

Se levantó de la bañera y cogió la toalla que tenía a su derecha. «Ni recuerdo si la compré yo», pensó. Al asaltarle de nuevo la rabia por darse cuenta que había sido una marioneta en el mundo idílico que construyó su esposo, decidió tirar la prenda al suelo y salir desnuda de allí.

Una agoniosa asfixia empezó a dominarla. Sus piernas temblaban y apenas se sostenía. Estaba tan aturdida que lo único que pensó era en salir de allí lo antes posible. Se dirigió hacia el balcón y lo abrió con rapidez, dejando que el frío abrazara su cuerpo. Empezó a tiritar. El vaho que emanaba su boca cada vez era más denso y notó que su corazón se iba ralentizando. Se abrazó y miró hacia el cielo. Podía hacer dos cosas: o morir congelada, así no tendría que padecer ni un minuto más las inquisiciones de Jorge, o salir de allí para encontrar una alternativa. Lo sopesó durante tanto tiempo que estuvo a punto de perder la consciencia; sin embargo, esa rabia interior emergió desde lo más profundo de su alma haciendo que el calor y la fuerza que necesitaba, la levantara de su pesadez. Se abrazó y suspiró. «Me toca tomar cartas en el asunto», se dijo. Se giró y corrió hacia el baño para coger el móvil y hacer una llamada de auxilio.

—¡Por fin! ¿Dónde estás? —Elsa le inquiría antes de ella poder saludarla—. Ya me puedes contar qué ha pasado porque me dijeron que saliste más rápida que el correcaminos. ¿El joven no estuvo a tu altura?

—No te llamo para eso —comentó triste.

—¿Qué coño pasa, nena? ¿Dónde estás? —Dejó aparcado el tono burlón con el que le había respondido y empezó a preocuparse.

—¿Quién es? —Otra voz femenina apareció en la conversación con Elsa.

—Es Lucía, cariño. Creo que está en problemas. —En ese instante Lucía volvió a llorar. Elsa se alteró y prosiguió con su interrogatorio—. ¿Dónde estás? ¿Qué ha sucedido? ¿Se trata de tus hijos? ¿Están bien?

—Elsa, me ha pegado. Me ha dado un puñetazo en la cara —explicaba mientras sollozaba sin consuelo.

—¡Lo mataré! ¡Puto bastardo de mierda! ¡Con la cara de ángel que tiene! Ese hijo de puta no llegará a mañana. ¡¡Morirá antes!! —Elsa golpeaba todo lo que encontraba a su alrededor.

—¡Para de una vez y dame el maldito teléfono! Hola, cariño, soy Silvia. Tranquilízate un poco. —Su tono era tan encantador que Lucía obedeció sin rechistar—. Antes de que esta loca me destruya la oficina necesito saber qué ocurre.

—Quiero que Elsa venga a buscarme —gimoteaba—. Jorge me ha atizado, estoy desnuda en el balcón y siento cómo dejo de respirar.

—¿Jorge te ha zurrado? ¡Increíble! Jamás pensé que ese muerto de hambre fuera capaz de hacer una cosa así, pero escucha: ponte algo de abrigo y te recogeremos en diez minutos.

—Que sean cinco, por favor… —suplicó.

—No tardaremos, ahora vístete y espera a que lleguemos. —Su voz cambió a un tono más autoritario. Era la única manera que encontró para hacer despertar a Lucía del *shock* por el que estaba pasando.

—Que se ponga lo primero que encuentre y que baje esas putas escaleras de mierda. Se viene con nosotras —gritaba furiosa Elsa por detrás de Silvia.

Lucía se mantuvo comunicada con ellas hasta que llegaron al aparcamiento. Había ocultado su cuerpo con el primer albornoz que encontró. Bajó con sigilo las escaleras para no alertar a Jorge, abrió

la puerta y buscó el coche. Sus pies descalzos tocaron la fría calle, pero no sintió nada. Se habían convertido en carne acolchada que no era capaz de transmitir a su mente cualquier nueva textura. Silvia abrió la puerta del vehículo y salió a su encuentro. La envolvió entre sus brazos y la condujo al interior.

—Está helada —le dijo a su compañera que mantenía el motor encendido para no perder tiempo—. Pon la calefacción que tirita de frío. ¡Joder, Lucía! ¿Qué has hecho?

—¡Hijo de puta! —exclamó Elsa cuando vio el rostro destrozado de su amiga—. ¡Esto no puede quedar así! ¡¡Me cago en su puta madre!! Hay que mandar a los chicos y que ellos le enseñen que a las mujeres no se les pega. ¡Cobarde de mierda! —Golpeaba sin cesar el volante.

—Solo quiero salir de aquí. —Sus dientes castañeteaban. Su mirada asustada se cruzó con la ira que desprendían sus amigas—. Solo quiero salir de aquí…

Los brazos de Silvia continuaban abrazándola mientras se alejaban del lugar. Lucía echó un último vistazo a la casa que un día creyó un hogar y se obligó a dirigir su mirada hacia otro lado. No debería añorar lo que nunca tuvo, porque el hombre que vivía allí en el fondo no había significado nada para ella salvo amargura y desesperación. No se merecía otra oportunidad, ni tan siquiera se le pasó por la cabeza dársela. Había vivido una etapa y ahora debía forjase otra bien distinta. Tan solo pensaba cómo arreglarlo todo para que Jorge no se quedara con los amores de su vida, sus hijos.

—Entraremos por la parte de atrás. —La voz de Elsa atrajo su atención—. De esta manera nadie sabrá que está aquí.

—Lucía —le susurró Silvia—, ¿estás despierta?

—Sí —murmuró.

—Hemos llegado, cariño. Necesito que te incorpores un poquito para que pueda agarrarte y sacarte de aquí. Iremos primero al club…

—¿Al club? Pensé que me llevabas a tu casa… —Lucía cuchicheó mientras abría sus ojos.

—Nena, estás en mi casa. Aquí es donde vivo. —Elsa salió del coche y se acercó a Silvia para ayudarla a sacar a la desvalida mujer.

—Llama a los chicos, no se mueve —le dijo ofreciéndole el auricular.

—Sail, Camal, necesito que vengáis a la puerta del almacén. Sed discretos, traemos a Lucía. —Ella se apoyó en el coche para cubrirlas.

—Tranquila, *amour* —le dijo Sail con su agradable acento francés —, cuenta hasta tres.

Antes de que pudiera responder, el mastodonte galo salió disparado por la puerta. Elsa echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír.

—Te dije discreción. —El cuerpo de Sail la cubrió por completo. Una enorme montaña la protegía, ciento veinte kilos de puro músculo estaban frente a ella.

—No creo que ese término sea el más apropiado después de ver cómo mi mujer sale por la puerta a toda velocidad y no me responde a las mil llamadas de teléfono. —Él cogió su mentón con sus rudos dedos y los dirigió hacia sus labios—. Espero que estés dispuesta para los azotes que te mereces, pequeña bruja.

—Mmmm… Si me vas a castigar así. ¡Prepárate para más escapadas! —Sus labios fueron besados con fuerza por el marido, mostrándole la desesperación que había sentido durante sus veinte minutos de ausencia.

—¿Estás bien, *mon coeur*? —la voz de Camal se escuchó tras las caderas de Sylvia mientras ella seguía intentando incorporar a su amiga en el asiento trasero.

—Yo estoy muy bien, pero Lucía está derrotada. Ha llorado tanto que no tiene fuerzas para moverse de aquí. —Camal atrapó la delgada cintura de su mujer y tiró de ella con suavidad. Antes de mirar el cuerpo abatido, la atrajo hacia sí y la besó con tanta pasión y necesidad que Silvia sintió el pálpito de su clítoris en la húmeda y cálida lencería.

—La próxima vez pide ayuda, *mon coeur*. Me hubiese encantado tener unas palabras con el hijo de puta que le ha hecho eso. —Levantó las cejas y señaló con la cabeza rapada hacia la cara de Lucía.

—Esa es la razón por la que no os hemos llamado —dijo Elsa golpeando el pecho de su esposo—. Nosotras la sacamos de allí, vosotros hubieseis quemado la casa con él dentro.

—Me conoces bien… —Camal sonrió y dejó expuesta su preciosa dentadura blanca.

—Quiero llevarla a casa y mantenerla a salvo. —Silvia acariciaba los largos mechones negros de su amiga mientras yacía inconsciente —. Me da la sensación que además de alcohol, ha tomado algún sedante…

Camal se inclinó hacia el coche y sacó a Lucía como si se tratase de una pluma de pájaro. Se la puso en el hombro y comenzó a andar por el pasillo oscuro. Sail y Elsa le seguían protegiendo la retaguardia, y Silvia intentaba cubrir las partes del cuerpo que se quedaban descubiertas. Los cuatro se dirigieron hacia el edificio anexo, hacia lo que era su hogar.

—¿Qué tenéis pensado hacer? —preguntó Sail cuando dejaron sobre una cama caliente el cuerpo de Lucía.

—Yo iría y le cortaría los huevos de cuajo —contestó Elsa apretando con fuerza sus puños.

—*Mon amour*, creo que eso es un delito —dijo Sail con una enorme sonrisa en su boca.

—¿Tú crees? —Arqueó su ceja derecha y entrecerró los ojos.

—Lo sé muy bien… —La abrazó con fuerza desde atrás y besó su mejilla derecha—. Aunque ya sabes que para mí es todo un placer tener esas manitas ahí abajo.

—Lo mejor será que ella decida —intervino Silvia—. Cuando se sienta con fuerzas, sabrá qué opción es la más adecuada. Tened en cuenta que tiene tres hijos pequeños y ese capullo siempre le ha estado amenazando con ellos.

—Sigo pensando que si nos lo quitamos de en medio, no habrá caso. ¿No conocías a alguien de la cárcel?

—¿Yo? —preguntó con cara de inocente su marido—. Si yo soy muy buena gente y nunca he visitado ese tipo de lugares…

—Claro… díselo al que te escupió en la cara. —Se giró y le puso el dedo en la nariz.

—Odio los gérmenes. Y ese tipo me echó muchísimos. —Se apartó y besó la palma de su mano.

—Como ha dicho Silvia, la mejor opción es esperar a que ella se recupere del trauma. Y sobre el tema de sus hijos lo tengo claro, si ese capullo los utiliza para joderla, entonces… le joderemos nosotros a él. ¿Alguna objeción al respecto? —Nadie dijo nada—. Pues entonces… todo aclarado. Marchémonos a descansar que hoy ha sido un día bastante duro.

—Sí, muy duro. Como lo que tengo entre mis piernas —le susurró Sail a Elsa.

—No estoy para eso… —le respondió intentando separarlo de ella. Pero no lo consiguió. Era igual que querer mover una montaña que se encuentra en tu paso.

—¿De verdad? —Sail bajó su mano y la introdujo dentro del pantalón. Sin pedir permiso, separó con sus dedos la escueta lencería e introdujo dos dedos dentro del sexo de ella y comenzó a juguetear en su interior—. Si estás cachonda perdida —le siguió susurrando—, eres una perra en celo cuando te cabreas y eso me vuelve loco, ya lo sabes.

—Sail… —murmuró.

—Di mi nombre, punto de correrte —jadeaba sobre la boca de la mujer.

—Sail…

—¡Vamos, grítame! —Sus dedos se movían cada vez más rápidos. Él seguía apoyándola sobre la pared. La besaba mientras que su otra mano buscaba dentro del escote el pezón al que presionar.

—Nosotros nos vamos… —habló Camal cogiendo a su esposa en brazos—. Tenemos un asunto que arreglar. He de castigar a esta mujer por haber salido sin la protección de su marido.

—Ajá… —respondió Sail sin mirarlos—. Vas a correrte, ¿verdad? Lo veo en tu cara. Tus ojos brillan y tus mejillas ya tienen ese sonrojo que adoro.

—¡Fuerte! —exigió Elsa—. Necesito que me folles con fuerza.

Sail sacó con rapidez la mano del sexo y la utilizó para alzarla en brazos y llevarla hasta el sillón. La puso espaldas a él. Le bajó los pantalones, se desabrochó la cremallera y, dirigiendo su gran erección hacia la apertura, la penetró con la intensidad que ella demandaba.

—¿Así? ¿Te gusta más así? —preguntaba al mismo tiempo que la bamboleaba con tanta intensidad que la cabeza de ella golpeaba sobre el respaldo del asiento.

—¡Sí! —gritó.

—¡Córrete, zorra! ¡Córrete para mí! —exclamaba entre gemidos —. ¿Quién es tu dueño? ¿Quién es el motor de tu vida? —Sus grandes manos agarraban la cintura de ella y la empalaba cada vez más salvaje, más bárbaro.

—¡Tú! —aulló presa del deseo.

—¡Grita mi nombre!

—¡¡Sail!!

Fue entonces cuando ambos jadearon con más vigor. Elsa se llevó las manos hacia los erectos pezones y los apretó como si se tratasen de pinzas. Levantó la cabeza ante el placer al que estaba siendo sometida y gritando de nuevo el nombre de su amante, se corrió. Sail sintió cómo una descarga invadía su sexo y notó viajar el semen por los conductos de este. Alzó también la cabeza y exclamó:

—¡Mía, joder, eres mía!

Ambos comenzaron a zarandearse. Sail agarró con más brío el cuerpo de su mujer para que no pudiera caer. Acercó su boca hacia la espalda y le dio un tierno beso.

—Que no se te olvide, desbocado.

—Yo también te quiero… —respondió Elsa.



La cálida luz solar pasaba con suavidad entre unas oscuras cortinas. Cuando Lucía abrió los ojos, descubrió que no estaba en su dormitorio. En efecto, todo lo sucedido no había sido una pesadilla. Sus manos tocaron la hinchada mejilla y expresó en su rostro cierto malestar, el dolor permanecía en la zona. Se sentó en la cama y quiso mirarse en el primer espejo que encontrara, pero no halló ninguno. La habitación estaba prácticamente desnuda. Una cama enorme, una pequeña mesita, una cómoda y una especie de sillón a los pies fue lo único que encontró. ¿Dónde la habían metido? Se levantó inquieta y se dirigió hacia la puerta, necesitaba salir de allí. Pero antes de poner la mano sobre el pomo para poder girarlo, alguien lo hizo primero.

—Buenos días, dormilona. —Elsa apareció con una enorme sonrisa. Llevaba en su mano un gran vaso de café.

—Buenos días. ¿Dónde estoy? —le preguntó mientras retrocedía para dejarla pasar.

—Estás en nuestra casa —la voz de Silvia apareció detrás del cuerpo de Elsa.

—Ahh, eso me tranquiliza —dijo con sarcasmo.

—Sé que le había prometido a Silvia que no te presionaría, pero me resulta imposible ver esa cara y no preguntarte qué narices ha pasado. —Elsa posó el vaso en la mesita y se sentó sobre la cama.

—Es la pregunta del millón —respondió mientras atrapaba el café. Tras unos segundos de reflexión, se colocó frente a sus amigas y comenzó su relato—: Estaba furioso. Nunca lo había visto así. No creo que la razón fuese el vestido o el llegar más tarde de lo normal a casa. En verdad pienso que todo su coraje nació porque perdió el control de la situación. Como ya sabéis, todo ha estado supervisado

por él, y que yo me desmadrara sin su permiso no sentó bien a su ego.

—Quizá yo también pierda el control… —advirtió Elsa endureciendo su rostro angelical.

—Lo debería haber dejado antes. Esto me ha pasado porque yo no he tenido el valor suficiente para abandonarlo. —Las miró con pesar.

—Nunca fue la mejor opción para ti. Siempre hemos creído que te involucraste en una relación que no era la idónea. En el convento se rumoreaba que el bastardo pagó a las monjas para que le recomendaran una chica de alto poder adquisitivo y docilidad. —Silvia permanecía de pie y observaba cada movimiento de su amiga.

—Yo también he llegado a esa conclusión… —murmuró apenada.

—Pero el pasado, pasado está —gritó Elsa—. Ahora debes comenzar una vida nueva, claro que antes hay que destrozar al cabrón.

—Primero quiero traer a mis hijos conmigo. Están con mi madre y he de advertirla, en la medida de lo posible, de que deben permanecer allí y no marcharse con Jorge porque si lo hacen, no los volveré a ver más. —Caminó hacia la mesita donde tenía el móvil para llamar a su casa, pero no tenía batería—. Necesito un teléfono.

—Puedes llamar desde la oficina, saldrá en oculto, de esta manera te ahorras dar explicaciones incómodas —dijo Silvia.

—Gracias, chicas, de verdad. Gracias por estar conmigo en estos momentos. Creo que si no llega a ser por vosotras, todavía estaría allí llorando por la vida que me ha tocado vivir. Sé que empezar de nuevo no va a fácil, pero si permanecéis a mi lado, lo superaré.

—Siempre… —Elsa estiró su mano derecha hacia el frente.

—Estaremos… —Silvia colocó la suya encima.

—Juntas —cerró el juramento Lucía.

Capítulo 12

Requerido

Fidel conducía a gran velocidad por las calles de la ciudad. Había recibido un mensaje de su ama requiriendo su presencia en el club, y no la quería hacer esperar demasiado. Debía de ser algo bastante importante porque, de lo contrario, no se hubiese saltado uno de sus principales límites que era no interrumpir su vida familiar, y ella sabía que hoy era el día en el que su madre y él iban a poner flores a la tumba del padre. Aparcó el coche en la parte de atrás y se dirigió hacia la puerta. Tocó tres veces y esperó a que alguien le abriese.

—¿Quién? —preguntó Camal.

—Soy el esclavo Ron, señor. Mi ama me ha requerido —dijo esperando a que le permitiera el paso.

—Ya sabes qué hacer —le comentó.

—Sí, señor.

Se dirigió hacia los vestuarios y se desnudó. Cogió el collar de cuero negro que tenía en su taquilla y comenzó a adentrarse en el club. Todo estaba apagado. No había nadie allí dentro y el silencio era sepulcral. Era normal ya que la zona se cerraba de día para que no interrumpieran con alaridos y música la parte menos oscura del local. Pero aquello le preocupó aún más. ¿Por qué lo necesitaba a esas horas? Siguió andando hasta la habitación en la que ella hacía

sus sueños realidad. Su corazón se aceleraba cada vez más. Su respiración, entrecortada debido a la ansiedad de pensar que le había sucedido algo, lo ahogaba. Tocó la entrada dos veces y esperó a que le indicase si podía o no entrar.

—Pasa, esclavo mío —la suave voz de su dueña le permitía el acceso.

—Señora, su perro está aquí para lo que desee —dijo mientras caminaba con suavidad dentro de la habitación.

El dormitorio estaba en penumbra. Iluminado con las habituales velas, apenas distinguió dónde se encontraba ella. Entrecerró los ojos y observó una silueta sentada en un diván.

—¿Me permite acercarme? —preguntó con asombro. Seguía sin saber para qué había sido solicitado.

—Estoy aquí —la voz de su ama apareció de entre las sombras. No era la mujer que estaba sentada. En la habitación había dos…

—Gracias por venir tan rápido. —Bianca, Ama Hielo, se acercó a él para acariciarlo y besarlo.

—Sus deseos son mis mandatos, señora —respondió dejándose besar.

—Lo sé. —En su mano tenía una cadena que aferró al collar de su cuello. Arrodillado y andando como si fuera un perro, se acercaron hacia la figura que los observaba callada—. Querida, aquí tienes a mi esclavo para lo que desees.

Fidel comenzó a temblar. Nunca había estado con otra Dómina que no fuese ella y la idea de ser sometido por otra no le gustó porque lo que tenía con Bianca era amor y no sentimiento de dominación.

—¡Mira al suelo! —le ordenó Bianca mientras tiraba de la cadena hacia abajo. Él lo hizo.

—Buenos días, esclavo Ron. —Este se quedó sorprendido al averiguar de quién se trataba—. Imagino que estarás preguntándote por qué estás aquí. —Fidel asintió con la cabeza mientras clavaba su mirada hacia donde le había ordenado. Nadie podía alzar la mirada cuando ella estaba presente, de ahí que su señora le obligase a

bajarla—. Necesito ayuda y Bianca me ha dicho que tú me la proporcionarás.

—¡Responde! —ordenó su dueña.

—Haré todo lo que esté en mi mano, señora. Será un honor poder ayudarla. —Continuaba con su posición de humillación.

—Bien, una amiga necesita un buen abogado y sé de buena tinta que tu hermano lo es.

—Sí, señora. Es uno de los mejores en esta ciudad y no tendrá problema alguno para llevar su caso.

—Pero no des todo por sentado. Se trata de Lucía Sandoval, y si no recuerdo mal ha tenido algún altercado con él. —Se incorporó del diván para observar el rostro del joven. Se parecía mucho a su hermano, aunque sus rasgos faciales estaban más marcados y sus ojos no eran azules, sino marrones.

—¿Ella? —Debido a la sorpresa que tuvo, levantó la cara hacia Dómina y Bianca le tiró de la cadena hacia abajo—. Lo siento, mi señora, ha sido sin querer —se excusó.

—¿Crees que tu hermano pondrá alguna pega? —Puso sus largas piernas frente la cara del esclavo.

—No, señora. Creo que también será un placer para él. —Sonrió complacido.

—Perfecto. Gestiona una cita lo antes posible, ¿entendido? —dijo con impaciencia.

—Sí, señora. En cuanto mi ama no me necesite, lo haré. Gracias por confiar en este humilde siervo —agradeció.

—Bianca, espero que sepas agradecer como se merece su colaboración. —Comenzó a caminar hacia la puerta.

—Sí, no dudes que lo haré. —Esbozó una insinuante sonrisa diabólica.

—Nos vemos luego. —Salió de allí.

Fidel seguía anonadado. Era un honor haber hablado y permanecido junto a una mujer tan poderosa como ella. Pero no solo su alegría se debía a eso, sino a que por fin iba a poder ayudar a su destrozado hermano.

—¿Qué? —inquirió Bianca cuando observó la alegría que desprendía el muchacho.

—Que hoy me han hecho muy feliz, señora.

—Todavía no ha terminado el día. Levántate y quédate desnudo. Yo también quiero ser feliz.

El muchacho se levantó y mientras ella le quitaba la cadena, se desprendió del bóxer. Un escalofrío invadió su cuerpo y empezó a sentir la excitación en su sexo. Estaba preparado para la recompensa que su amada le iba a ofrecer.

—Échate sobre la cama —mandó.

Caminó despacio hacia ella. Se tumbó mirando el techo y colocó cada mano en un lado del cabezal del catre. Bianca atrapó las muñecas con diferentes esposas disfrutando de la exposición que el joven realizaba para ella. Sin límites, sin miedos y con total adoración. Abrió un cajón de la mesita y atrapó un antifaz negro. Le inclinó la cabeza y se lo puso. No quería que viese nada, así estimularía sus sentidos y disfrutaría de cada caricia mil veces más. Instantes después, Fidel comenzó a notar sobre su cuerpo los dedos de su señora. Empezó a volar…

—Me has honrado con tu comportamiento —murmuraba entre cada caricia—. Eres lo mejor que he tenido en mi vida.

—Gracias, mi ama. Es un placer servirle —intentaba responder. Los roces en su piel le estaban llevando a un mundo inimaginable—. Daría mi vida si la pidiera, lo sabe.

—Lo sé. —Dejó de tocarlo y caminó durante unos segundos por la habitación. Luego volvió hacia él y comenzó a dibujar en su cuerpo, con pequeñas gotas de cera que caían de una vela encendida, el nombre de ella.

Fidel se excitó aún más. Su sexo comenzaba a erguirse sobre su cuerpo. El calor de cada lágrima en su piel solo avivaba más su imperiosa lujuria. En efecto, su ama y señora le estaba complaciendo por su acto. Alzó la cadera para guiar a su Dómina por dónde necesitaba sentir el calor. Bianca sonrió complacida. «Por supuesto, amor», pensó. Alargó la mano y un pequeño río de lava

cayó sobre el erecto sexo. El muchacho gritó de emoción y levantó más la zona. Más, deseaba mucho más. La mujer acercó el pequeño fuego y fue acariciando con él el lugar inguinal. Un aullido salió por la boca del esclavo.

—Mi pequeña zorra —dijo la ama apartando la vela—. Eres especial…

Las lágrimas comenzaron a correr bajo del antifaz. Fidel estaba emocionado, ilusionado, consentido con la vida que tenía porque en ella se encontraba la mujer que amaba, y una vez hallada, nada ni nadie le separaría de ella. Sintió cómo volvía a distanciarse de él, la frialdad era palpable cuando ella lo abandonaba. Pero como en la anterior ocasión, regresó al momento. La cama empezó a moverse, parecía que se subía, pero no fue capaz de preguntar. Lo que decidiera, así haría.

—Abre la boca —ordenó—. Recibirás el zumo de tu dueña, te alimentaré de mis entrañas y saborearás lo que tanto deseas.

—Sí, ama.

Bianca puso su sexo sobre el rostro del sumiso dejando que se alimentara lo suficiente como para que la esencia de ella se apoderase de su cuerpo. Era suyo, por más que intentara evitar amarlo, no podía. Cada gesto, cada ofrenda, cada aceptación que el joven realizaba por ella, reforzaba con más ahínco el sentimiento de amor que había surgido entre ambos.

—¡Mete la lengua! —ordenó entre jadeos. Su orgasmo estaba a punto de llegar.

Al sentir la caliente sin hueso rozando las puertas de su interior, empezó a balancearse sobre la angelical cara. La intensidad en cada fricción iba aumentándose, volviéndose una demente al ser sucumbida por el placer.

El joven empezó a expulsar gotitas seminales, estaba tan cerca de la explosión como ella. Pero no podía hacer nada sin el consentimiento de su diosa. Seguiría degustando del rico néctar hasta el final de sus días, no le importaría morir bajo las piernas de su amada. De pronto, mientras su lengua acataba la orden que le

había sido designada, Bianca comenzó a frotarse con más vigor y sacudió su cuerpo con gran agresividad. Fidel intentó mirar el rostro exótico de su dueña, pero le fue imposible. El sexo de la lujuriosa mujer se movía de tal forma que notó el chorreo de su miel sobre las pestañas. Hubiese dado su vida a cambio de sentir su polla dentro de ella, pero parecía claro que en esta ocasión no iba a suceder.

—Otro regalo, siervo —jadeaba—: córrete, ¡ahora!

Bianca se agarró a las borlas del cabezal para no perder el equilibrio. Su cuerpo se zarandeaba bruscamente ante la llegada del deseado clímax. Su refriega en el rostro del sumiso no terminaba. Necesitaba seguir hasta que su cuerpo notase el descenso de la adrenalina. Giró su cabeza hacia atrás y vio que Fidel se había llevado una de sus manos hacia su sexo y se estaba masturbando con rapidez. Amusgó sus ojos y comprendió que el joven estaba en el límite. No duraría ni un segundo más. Entonces cerró sus ojos y se dejó llevar… ante las múltiples sacudidas que su cuerpo le estaba ofreciendo.

Ambos gritaron, los dos se volvieron locos. Desearon que el placer no se terminara nunca. Jamás encontrarían a nadie que les complementara como ellos lo hacían. No solo físico, sino también de alma.

Capítulo 13

La visita de Fidel

Habían pasado tan solo cinco días desde que Andreu descubrió a la que creyó ser la mujer de su vida. Y desde ese momento, no supo más de ella. Parecía que se la había tragado la tierra. Durante las cuarenta y ocho horas que había durado su agonía, seis de ellas las utilizó para salir de su casa e ir a buscarla donde pensó encontrarla. Sin embargo, ni estaba en su casa, la cual había merodeado como un ladrón buscando una entrada para acceder al hogar, ni en el edificio donde aparcó el coche, que descubrió que era el lugar donde trabaja su marido, ni en el club, donde estuvo esperando sentado en la entrada más de una hora a que alguien le abriese la puerta tras media hora de golpes y gritos. Nada. No halló nada. Lo único que pudo confirmar es que cada instante que pasaba sin ella seguía añorando sus besos, su perfume caminando por su nariz, la suavidad de su piel al tocarla… Intentó por todos los medios dejar de pensar en Lucía, pero no lo consiguió. Cuando cerraba los ojos tan solo la veía a ella, mirándole, sonriéndole, susurrándole al oído que no se desanimara porque al final volverían a estar juntos. Apiló entre sus manos los documentos que había leído y los colocó con dejadez sobre la mesa. No tenía ningún interés en solucionar los problemas de los demás porque ni él mismo solucionaba el suyo. «¿Cómo se

puede ser un salvador si tan solo eres el verdugo de uno mismo?», se decía una y otra vez deambulando por su oficina. «No debería haber venido. Hoy no estoy en forma —seguía pensando—. Miraré la agenda y si no tengo nada interesante, volveré a caer en los brazos de esa botella que dejé a medias». Con desgana, observó lo que tenía previsto para la mañana y entrecerró sus ojos al sorprenderse de que todas las citas habían sido anuladas menos una. Una que se había antepuesto a las anteriores con color rojo y en mayúscula. Se sentó con rapidez en el sofá y leyó varias veces las anotaciones. Al final optó por resolver su dilema.

—Elena, quería hacerte una pregunta —comentó después de dejar pulsado el botón del intercomunicador durante unos segundos. Tal vez lo había cambiado él y ahora no se acordaba.

—¿Se encuentra mejor? ¿Necesita algo?

—Tengo algo apuntado en rojo en la agenda para hoy, pero no me acuerdo de qué se trata. ¿Sabes algo de eso? —Movía inquieto el sillón de un lado a otro.

—Puede que sea algo relacionado con Fidel. —Ella sabía de qué se trataba, pero se mantendría al margen, no quería inmiscuirse en temas familiares. Lo que tramara el diablillo con su hermano era cosa de ellos.

—Bien, entonces le llamaré a ver qué me cuenta. Gracias. —Colgó.

Los dedos de Andreu comenzaron a tamborilear sobre la mesa y frunció de nuevo su ceño. Si su hermano había concertado una cita sin poner nombre o algún tipo de palabra en clave, solo era por una razón: tenía problemas y no deseaba que nadie descubriera que volvía a meterse en líos. Tal vez requería de sus servicios para salir del club. «¿Qué has hecho?», se preguntaba una y otra vez. Miró de soslayo al precioso árbol de navidad que tenía dentro de la oficina. Este año no tenía ganas de celebrar nada. Se le hacía un nudo en la garganta con tan solo pensar que tendría que fingir una bonita y alegre sonrisa ante todos los que aparecían por casa. Además, las ancianas amigas de su madre no cesarían de preguntarle cuándo

traería una mujer y unos niños. Levantó las cejas cuando una idea recorrió su mente, quizá la noticia que su hermano le daría no debía de ser mala, a lo mejor se trataba de boda o de hijos. Sonrió al pensar en la posible descendencia de su hermano. Si eran la mitad de guerrilleros que su padre, sería un tito con muchos problemas. Puso sus brazos por detrás de la cabeza y se reclinó hacia atrás. ¿Cómo se tomaría su madre una noticia así? Bueno, seguro que con los brazos abiertos. Sonrió cuando otro pensamiento invadió su mente: ¿estarían siempre vestidos con látex y cuero? Halloween o carnavales serían los días preferidos de su cuñada y hermano.

—Buenos días, Andreu —la voz de su hermano apareció por la puerta.

—Dicen que cuando nombras al diablo tres veces, aparece…

—¿Soy el diablo? Vaya, me veía más de angelito. —Caminó por el despacho.

—Te iba a llamar. Quería que me explicaras qué significa esto. —Abrió la agenda y le indicó lo que tenía escrito en ella.

—Lo he puesto yo, necesito que estés libre. Quiero pedirte un favor.

—¿De qué se trata? —preguntó sin mirarlo.

—¿No me vas a echar el sermón de la mala vida que tengo y que estás muy cansado de sacarme las castañas del fuego? —Se sentó en la silla y estiró las piernas sobre la mesa.

—¡Quita tus pies de ahí! —Los retiró de un manotazo—. Vas a manchar los papeles.

—Bueno, entonces, ¿me vas ayudar? —Sonrió.

—Todo depende de lo que necesites… —Apiló las hojas en un montón y las retiró de su lado.

—Es poca cosa, seguro que no tendrás problemas…

—¿Lo vas a escupir ya o debo adivinarlo? —Comenzaba a desesperarse.

—Alguien de dentro del club necesita tu ayuda. —Cruzó los brazos y las piernas.

—¡No me pidas ayuda para ocultar un asesinato, por favor!

—¿Asesinato? ¡Ja, ja! —Comenzó a carcajearse sin parar.

—No te rías, he sopesado muchas cosas: Asesinato, casamiento, hijos…

—¿Casamiento, hijos? ¡Ja, ja! —Seguía riendo sin parar.

—Cuando dejes de mofarte de la situación, me explicas qué es lo que necesitas que haga.

—Como ya te he dicho, alguien necesita de tus servicios y me encantaría que le atendieras. Si no te convence el caso, puedes abandonarlo sin compromiso. Pero sé que eres muy bueno en tu trabajo y podrías hacerlo bastante bien.

—¿Y quién es esa misteriosa cita? —Se levantó de su asiento y se dirigió hacia la cafetera.

—Solo puedo decirte que es alguien muy importante para las amas…

—¿Amas? ¿Te refieres a las mujeres semidesnudas vestidas de negro que portan en sus manos todo tipo de herramientas medievales? —Tomó varios sorbos de café.

—Sí. Se puede denominar de muchos modos, pero entre todas, esa es la más bonita. —Observaba cómo se alteraba su hermano, le ponía nervioso no saber quién era. Pero antes moriría que desvelarle el secreto. Se había jurado que le recompensaría todos los años de mala vida, y seguro que eso le haría olvidar todas las penurias que le había hecho sufrir.

—Sabes que la intriga me mata, ¿verdad? No te llamo hijo de puta porque tu madre es la mía y es una santa. Pero esta me las pagarás. —Andreu comenzaba a perder la paciencia. No le hacía gracia ver a su hermano sentado, tan tranquilo, ofreciendo sus servicios a personas un tanto extrañas.

—¡Júralo! —gritó Fidel dibujando en su rostro una risa burlona.

—¡Pues claro que me las pagarás! ¿Cómo se te ocurre ofrecer mis servicios sin consultar? Y mucho menos, después del mutismo que tienes.

—A ver, no te pongas nervioso. No quiero que te alteres más de lo necesario, solo se trata de un divorcio. —Cerró los ojos y se tapó

los oídos. Comenzaba la segunda parte del primer *round*.

—No acepto casos de divorcios, ya lo sabes. —Parecía como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. Su rostro había vuelto a la normalidad.

—Lo sé, pero como te he dicho, es un caso especial. Lo sopesas cuando venga y le dices a la cara que no quieres trabajar en su caso. —Miró el teléfono al escuchar el pitido de un mensaje—. He de irme, ya me cuentas.

—¿Pero… dónde vas? —Seguía sorprendido con la actitud que había tomado su hermano. Parecía como si en vez de un club de masoquismo se hubiera introducido en una secta. No era el mismo, de eso no le cabía ni la menor duda. Había cambiado de un tiempo a esta parte y no sabía cómo afrontar la nueva etapa de este. Solo rezó para que nada le hiciese tanto daño como el que él mismo estaba padeciendo.

Cuando Fidel cerró la puerta y no obtuvo respuesta de la razón de la huida, se volvió a sentar y la pila de papeles que había unido los volvió a colocar en el otro lado de la mesa. Estaba nervioso. No sabía qué hacer. Este le había involucrado en un caso de divorcio aun sabiendo que la empresa no se dedicaba a ese tipo de menesteres. No los aceptaba desde que sufrió en sus carnes el dolor de ver cómo era arrebatado de sus manos lo que tanto había tardado en conseguir. No solo se sintió herido por la traición de una mujer llena de codicia, sino también con la justicia, esa que tanto exaltaba en cada uno de sus casos.

—Elena, ya sé de qué se trataba ese punto rojo en la agenda —Andreu comentó a su secretaria—. Mi hermano necesita un favor… —Miró hacia el techo.

—¿Le voy buscando el número de un asesino discreto? —Esbozó una sonrisa divertida.

—Si lo necesitase, utilizaré mis propias manos. —Se recostó sobre su silla, y miró hacia el ventanal al escuchar un ruido familiar. Estaba lloviendo. Hacía mucho tiempo que no lo hacía de aquella

forma. Más que gotas de agua chocando sobre el cristal parecían golpes de piedras intentando invadir su privacidad.

—Yo que usted contrataría a otra persona, así las tendría limpias… —Seguía con una sonrisa divertida en su rostro.

—Creo que por muchas trastadas que me haga mi hermano, se las perdonaría todas. —Se levantó, y con sus dedos acarició la ventana dibujando el camino que hacían las gotas de agua—. Gracias, Elena, solo quería informarte.

—A su disposición, señor. Pero sigue en pie lo de buscar un asesino a sueldo…

Como no tenía bastantes complicaciones, ahora venía un desconocido para un caso de divorcio. Seguro que sería algún miembro del club que fue descubierto y su mujer montaría en cólera ante ese tipo de engaños. ¡Lógico! Si él fuese esposa y encontrase a su marido haciendo Dios sabe el qué, también pediría la separación a gritos. Y claro está, podría sacarle hasta la pelusa del ombligo si alegaba demencia. Se sentó otra vez en su sillón y comenzó a balancearse. Era la única manera que tenía para tranquilizar el estado de ansiedad. Cerró los ojos y pensó que eran los brazos de su madre quien lo mecía mientras le susurraba una armoniosa melodía. Ella sabía muy bien cómo relajar a su hijo. Sin embargo, cuando menos se lo esperó, la nana desapareció y entre la oscuridad surgió una figura que reconocía a la perfección. Era ella. Con una preciosa sonrisa se acercaba a él para entrelazar su cuerpo con el suyo y darle un enorme y apasionado beso. «¡Joder!», gritó al sentir entre sus piernas un alzamiento no consentido.

Capítulo 14

En busca de ayuda

Llevaba unos días enclaustrada en el enigmático edificio. A pesar de que todo el personal la recibía con los brazos abiertos, ella se escondía en la habitación para llorar y gritar. La putada que Jorge pretendía hacerle quitándole a sus hijos era inhumana. Jamás se preocupó por ellos y ahora quería dar a entender que era el mejor padre del planeta porque estaba pagando el colegio y pretendía darles una educación adecuada. Sabía que debía ser fuerte, no solo por la nueva vida que comenzaría, sino porque debía hacer frente a las mil tretas que realizaría su marido para hacerse otra vez con el control que había perdido. Entreabrió la puerta de su dormitorio y vio sobre la pared a los dos galos. Con los brazos cruzados, esperaban cualquier movimiento para despertarse de su letargo. Lucía esbozó una sonrisa divertida. Nunca pensó que sus amigas se hubiesen emparejado con tipos como ellos. Quizá para Elsa sí cuadraba, pero para Silvia, no. Creyó que se casaría con un hombre educado, respetuoso, siempre vestido de esmoquin, pero no imaginó que lo haría con un armario empotrado de dos metros con ciento treinta kilos de peso, rapado, con pendientes en las orejas y la piel cubierta de tatuajes. Toda una sorpresa. Pero no acabó ahí su asombro, porque tenían más cositas guardadas…

—Es difícil de entender —le comentaba Silvia—. Nosotras estamos casadas con ellos, que como has podido comprobar no solo nos basamos en una relación matrimonial uniparental.

—Hasta ahí lo comprendo todo —le decía Lucía—, pero sigo sin entender la *relación especial* que tenéis vosotras. Parece un misterio oscuro…

—Como sabes, nuestra amistad comenzó en la residencia. Con el tiempo esa relación dio paso a un afecto demasiado poderoso. No éramos solo amigas o confidentes, también surgió el amor. Uno tan especial que es la base para poder amar a los demás. No sé si me explico bien. —Silvia cruzó las piernas y se tumbó en el amplio sofá de cuero negro.

—Nunca pensé que dicho amor fuera tan fuerte. Siempre os veía tan unidas, tan cómplices, que alguna vez que otra puse la duda en mi mente, pero se pasó en un segundo porque no vi ningún tipo de indicio sexual en vosotras. —Lucía sonreía mientras las mejillas se llenaban de sonrojo. La situación era un poco embarazosa, aunque se las daba de liberal, todavía existían cosas que la ruborizaban.

—Cariño, pues yo veía cómo Elsa se ponía cachonda cuando me duchaba a su lado. —Lucía levantó una ceja—. Sus pezones se oscurecían y se endurecían.

—Y siempre estaba húmeda —Elsa interrumpió la conversación entrando por la puerta. Las había estado escuchando, no cabía duda porque antes de dar un paso más, se relamía los labios pensando dónde se iban a posar.

—¡Oh Dios! —exclamó Lucía levantando las manos—. ¡Sois insaciables! Habéis estado toda la noche gritando con vuestros maridos y, ¿todavía queréis más?

—Es diferente. Con ellos es pura pasión, sexo duro e intenso. Y entre nosotras —miró con lascivia a Elsa— es un sexo cálido, suave, tierno.

—Bueno, cuando ellos participan, todo empieza suave, pero termina duro —se carcajeó Silvia.

—Creo que hasta en eso habéis tenido suerte. Ellos os entienden a la perfección y os respetan. —La mirada de Lucía se dirigió al suelo —. Habéis sido chicas muy afortunadas. Tenéis un club que funciona bastante bien, estáis colmadas de afectos, caricias, dinero, sexo…

—¡Lo describes como el anuncio de la próxima película de Richard Curtis! ¿Crees que no hemos tenido problemas? ¡Gilipolleces! Al montar Silvia este club ha estado expuesta a amenazas de todos los partidos políticos conservadores de esta sociedad. La utilizan como diana para lanzar los dardos en sus campañas electorales. Todos quieren acabar con el demonio interior que llevan dentro y piensan que si evitan el pecado, eliminarán al pecador. Ha sido asaltada en varias ocasiones. Nuestros maridos han tenido que vigilarnos mientras dominábamos a los esclavos, pensando que cualquiera de ellos sería un infiltrado para hacernos daño. Tengo el cuerpo cubierto de cicatrices debido a las peleas que se han formado dentro del club. ¿A eso le llamas fortuna? No, nena. —Elsa se retiró de la puerta y se acercó a Lucía—. Ha sido una verdadera tortura estar donde estamos. Es verdad que los cuatro nos unimos para sacar esto adelante y, por ahora, lo vamos consiguiendo. Pero te aseguro, como que el sol sale todos los días, que no ha sido un camino de rosas.

—Siento haberte herido —murmuró Lucía—, pensé que había sido algo más fácil para vosotras.

—Cielo, tú has dormido en sábanas de raso, a pesar de no ser feliz. Nunca te ha faltado de nada. Que sí, que todo ha sido gracias a la fortuna que tu padre cedió a ese bastardo, pero no puedes negar que has tenido una vida bastante cómoda. Sin embargo, nosotras fuimos desterradas por nuestras familias. Imagínate lo que era ser dos niñitas de papá, que viven felices sin dar un palo al agua, y de la noche a la mañana encontrarnos en la calle y sin un euro en la cartera, además del repudio familiar cuando descubrieron nuestras tendencias sexuales. —Elsa echó el brazo sobre Lucía—. Aunque hemos demostrado día tras día que no nos hace falta nadie para salir adelante.

—Juraría por mi cabeza que esos machos aniquilarían a cualquiera que les soplara a sus chicas —comentó Lucía mientras reía sin parar.

—No lo dudes —la voz ruda y varonil de Sail apareció de entre las sombras—. Si alguien pensara por un momento en hacer algo a mis chicas, no llegaría a respirar de nuevo.

—Eso tiene el casarse con exmilitares —dijo Elsa mientras era alzada por los brazos de su marido.

—Y a ti que te gusta que tu esposo sea así de bruto, ¿verdad, *mon amour*? —Besó sus ardientes labios.

—No me gusta, lo adoro. Pero ahora explícame la razón por la que espías esta conversación de chicas. —Frunció el ceño—. Porque nos estabas espiando, ¿me equivoco?

—Uhm, suena tentador. Sin embargo, no es eso. Tenéis en la puerta a la ama Bianca. Dice que necesita hablar con las tres.

—¿Quién es ama Bianca? —preguntó al fin Lucía. Elsa y Silvia se miraron con rapidez. Dudaban si contarle la verdad. Si le decían que era la pareja de Fidel Voltaire y que este había estado hablando con su hermano para llevar su caso de divorcio, podría salir corriendo, y en ese momento les urgía saber si el esclavo había conseguido su propósito.

—Es una buena chica —dijo al fin Sail observándolas.

—Hazla pasar y recuérdame esta noche que azote ese duro traserito. —Elsa palmeó el culo de su marido haciendo que este se excitara ante las amigas. Lucía levantó de nuevo las palmas de sus manos.

—Si continúo mucho tiempo a vuestro lado, tendré que comprarme un consolador. Unos días más encerrada aquí observando vuestra ilimitada pasión y voy a empezar a maullar como una gata en celo.

—Tengo montones en ese cajón. —Le señaló hacia la mesita que estaba tras ella—. Recuerda que estás en la casa del placer. —Elsa sonreía mientras observaba la cara de espanto de su amiga. Era tan

remilgada que no había sido capaz de curiosear en la habitación en la que había dormido durante dos noches.

Instantes después de salir Sail, se escuchó unos leves toques en la puerta. Tras la invitación de Silvia a pasar, apareció una preciosa chica vestida de cuero y con tacones de vértigo; Una extraordinaria mulata de ojos verdes y un hermoso pelo azabache.

—Buenos días, señoras —saludó tras cerrar la entrada.

—Cierra la boca —le dijo en el oído Silvia a Lucía—. Como sigas admirándola así, va a pensar que la deseas.

—¡Jódete! —respondió Lucía.

—Querida Bianca, gracias por venir. ¿Tienes alguna respuesta? —Elsa seguía reclinada en el sillón negro.

—Sí, mi esclavo acaba de llamarme y me ha dicho que debe estar allí lo antes posible. —Miró a Lucía de medio lado.

—¿No ha tenido problema al saber de quién se trata? —Inquirió Silvia.

—Ron no le ha dicho quién es. Quiere darle una sorpresa. Dice que así es mejor. —Levantó una ceja y comenzó a sonreír.

—Me lo imagino…

—¿Algo que deba saber? —preguntó al fin Lucía ante aquel secretismo.

—Hemos pedido ayuda a un buen abogado para que lleve tu caso de divorcio —respondió con serenidad Silvia—. Es el mejor de la ciudad y aunque no suele llevar este tipo de asuntos, hará una excepción contigo.

—¡Genial! ¡Gracias! ¡Mil gracias! —gritó eufórica.

—No me las des hasta que descubras quién será el abogado. —Su rostro expresó sarcasmo y entusiasmo, dejando a la pobre Lucía más intrigada si cabía.

—¿Algún esclavo de esos? No me importa. —Se incorporó de la cama y se arrodilló ante su amiga—. Cualquier ayuda es buena para mí.

—Se trata de Andreu Voltaire… —susurró.

—¿Cómo? —Lucía abrió los ojos de par en par debido a su asombro. Se levantó con rapidez y, mirando a las tres mujeres, continuó—. ¿Con el montón de gente que hay en esta maldita ciudad y habéis llamado a Andreu? ¡Perfecto!

—Es el mejor… —cuchicheó Elsa.

—¿A qué hora debe estar allí? —Sin hacer caso a los aspavientos y resoplidos que Lucía estaba realizando mientras andaba por la habitación maldiciendo su vida, Silvia continuó la charla con Bianca.

—A las doce —respondió mientras observaba con asombro el histerismo de la mujer.

—Bien, allí estará. Dale las gracias a tu sumiso y recompénsalo bien, se lo merece.

—Lo haré. Nos veremos más tarde. —Con un grácil y embelesado contoneo de caderas, la mujer salió de la habitación.

—¡Estáis locas! —Seguía increpando Lucía—. Después de lo que pasó, ¿me buscáis a Andreu para esto? Pero la locura más grande es que él lo ha aceptado. —Deambulaba de un lugar a otro.

—No seas tonta y prepárate, te espera a las doce y te queda poco tiempo.

—No puedo aceptarlo —dijo algo más relajada.

—No pierdes nada por intentarlo —comentó Elsa sin apartar la mirada de Lucía.

—No lo entendéis, creo que no lo hago ni yo, pero ese hombre me descoloca…

—¡Todos los hombres nos descolocan! —Ambas sonrieron observando la cara de espanto de la mujer.

—No como lo hace él conmigo. Voy a estar sentada explicándole mis penurias matrimoniales mientras que mi cuerpo llora por sentirse atrapado bajo el suyo.

—Pues haz un dos por uno —carcajeó Elsa—. Fóllatelo y acéptalo como abogado. Seguro que eso te dará privilegios. Quizá ponga más ímpetu en el caso…

—¡Eres una zorra! —Lucía se giró hacia ella y la señaló con el dedo.

—Lo sé, no me dices nada nuevo —susurró levantando las cejas y lamiéndose los labios.

—¡Joder! ¡Joder! —aulló la desesperada mujer. Sus amigas no la entendían, no se hacían una idea de lo que podía pasar cuando viese al hombre frente a ella. Lo deseaba, lo extrañaba y durante los días de encierro, solo había estado tocándose pensando que él era quien le realizaba las caricias. Estaban locas, pero ella también, porque al final lo aceptaría. Sin embargo, intentaría dejar a un lado ese lujurioso deseo para centrarse en lo que en aquellos momentos le interesaba: su divorcio y sus hijos.

Capítulo 15

El cliente sorpresa

Tras la apresurada salida de Fidel, Andreu se había quedado anonadado. Nunca lo vio actuar de aquella forma, sin embargo, no podía extrañarse de nada. Tampoco había pensado que su hermano se excitara con el dolor y allí estaba, siendo el esclavo de una ama y sometiéndose a sus mandatos. Miró el reloj: eran casi las doce, pronto vendría la extraña cita si no lo dejaba tirado. En el fondo se moría de curiosidad por saber quién era y qué había sucedido. Se hacía miles de conjeturas mentales para intentar averiguar qué necesitaría para el caso, pero nada le hizo sospechar sobre la verdad. Miró hacia el ventanal y se regañó por no haber comprado las flores que comentó en su día. Con tanto ajetreo se le había olvidado. Como cada segundo libre lo invertía pensando en Lucía, todo lo demás se había quedado aparcado en algún lugar de su cerebro que no conseguía hallar. Resopló con amargura al tenerla en su mente de nuevo. Debía hacerla desaparecer como fuera. Ella no le pertenecía y jamás sería para él, aunque ardiera en deseos por ello. Quizá le vendría bien tomar unas vacaciones y alejarse él también de todo lo que le rodeaba y así poder despejar su cabeza. Dirigió la mirada hacia su secretaria, ella redactaba algo en el pc.

Pulsó el interfono y comenzó a charlar con esta para entretenerse mientras aparecía su visita.

—¿No has recibido ninguna llamada sobre la cita de las doce?

—No —respondió llevándose la mano hacia su pelo. De pronto, el teléfono comenzó a sonar.

—Tal vez sea la cita y quiere anularla, te dejo —dijo Andreu con tono esperanzador. Si al final no aparecía, él se marcharía a su casa y sopesaría cómo volver a controlar su vida.

—Dime. —Elena sabía a la perfección quién efectuaba aquella llamada.

—¿Todavía no ha llegado? —preguntó Fidel eufórico.

—Aún no. Espero que no tarde demasiado. —Ella hacía girar el lápiz entre sus dedos.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —se preocupó.

—Tu hermano está como un gato enjaulado. Creo que si pudiera, se subiría por las paredes tipo Spiderman. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Andreu es un chico muy sensible y después de lo que sufrió con la maldita, no se merece más daño.

—Hoy voy a recompensar ese sufrimiento. —Una sonora carcajada brotó a través del teléfono.

—¡No me dejes con la duda! —le suplicó—. Llevo días observando a tu hermano saliendo de la oficina desesperado. Pero lo que resulta más aterrador es que va al cuarto de baño y luego regresa tranquilo. —Seguía jugando con el lápiz.

—¡Se estará autoabasteciendo! —Sonreía eufórico el muchacho —. Bueno, todo va a cambiar.

—Tu hermano es un caballero, no creo que haga ese tipo de cosas en la oficina —le regañó.

—Mi hermano, Elena, es un hombre enamorado. Y como tal, se masturba pensando en su amor. No hay nada de malo en ello.

—¡No me digas esas cosas! —Miró de reojo a su jefe y no pudo evitar pensar que lo que decía Fidel era cierto.

—En fin, que la cita de las doce es Lucía, la mujer que le hace suspirar.

—¡Válgame el cielo! ¿Él lo sabe? —Atisbó a Andreu de nuevo.

—No, no lo sabe y a todo esto, que yo solo te he llamado para que apoyes el móvil en el intercomunicador y me dejes escuchar la conversación que van a tener.

—¡Ni de coña, jovencito! Necesitan intimidad. —Elena giró su cuerpo hacia el ascensor cuando escuchó un ruido—. Fidel, parece que viene —cuchicheó.

—Te prometo que seré un chico muy bueno. Te limpiaré la casa durante una semana, iré a por ti para que no cojas el autobús. ¡Déjame escuchar! ¡Por favor! —suplicó a gritos.

—¡Que no! —Colgó con prisa y esperó la llegada de la enigmática mujer. Estaba deseando saber cómo era la persona que había arrasado el corazón del joven.

Lucía salió del ascensor con el pulso descontrolado. Mientras subía las plantas hasta la oficina del abogado, quiso darse la vuelta muchas veces, pero sabía que Camal realizaría la tarea que le había sido encomendada: hacerla llegar. Sin embargo, tuvo miedo cuando se abrieron las puertas. Andreu no aceptaría el caso cuando descubriese que el motivo de su separación había sido el libertinaje que ella había realizado, sobre todo porque el primer causante era él. En verdad la miraría con desprecio y la echaría a patadas de la oficina. Quizás en el fondo necesitaba que la despreciara, porque sería la única forma de quitárselo de sus pensamientos. No era lógico que su vida se viese tan alterada desde que conociera al joven. Tampoco era razonable que en sus momentos de soledad ella recordase cada beso o roce que le había ofrecido. La situación le resultaba demencial, aunque en alguna ocasión había escuchado a sus amigas decir que cuando uno se enamoraba, todo lo que hacía era irracional. «¿Enamorarme? ¿Yo? ¿De un hombre al que he visto tan solo unas horas? ¡Imposible! Solo puede ser deseo. Nada que ver con el amor. Ese que crece con el tiempo, no con unos instantes de pasión», se decía una y otra vez. Sin embargo, cuando el ascensor paró, su respiración se vio alterada. Su corazón comenzaba a latir con rapidez. Las palmas comenzaban a sudar y por unos

segundos sintió cómo perdía las fuerzas de sus piernas. Estaba nerviosa al pensar que lo iba a ver de nuevo y que no sabía cómo actuaría él ante su presencia. «¡Ayúdame, Señor!», exclamó al adentrarse por el pasillo.

—Buenos días, soy Lucía Sandoval —saludó a la mujer que se encontraba sentada frente al ordenador y la miraba con curiosidad.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla? —preguntó cortés mientras la observaba de arriba abajo. Era una mujer algo mayor para el joven. Se la había imaginado muy diferente, aunque vestida de aquella forma no se apreciaba mucho la belleza que podía demostrar.

—Vengo a ver a Andreu Voltaire. Tengo una cita con él. —Apretó sus puños al pronunciar en voz alta el nombre. Nunca lo había escuchado de su boca con aquel tono y le gustaba cómo sonaba.

—Señor Voltaire, la visita de las doce está aquí —le dijo con dulzura a través del teléfono.

—Por favor, hazla pasar.

Andreu estaba sentado en su sillón. Le gustaba recibir a sus nuevos clientes sentado y rodeado de cientos de carpetas. Era una técnica que su padre le había enseñado para captar al cliente en la primera visita. Un abogado desde su *trono*, rodeado de millones de casos resueltos, era un buen gancho. Escuchó el suave clic de la manivela girándose y miró hacia la puerta. De repente, su corazón comenzó a latir muy deprisa y su vello se erizó. Abrió los ojos y contuvo la respiración.

«¡Lucía!».

Se olvidó de inspirar. Las mariposas que sentía revolotear en su estómago salieron despavoridas por la boca, que había dejado abierta ante el asombro. Ella estaba allí, frente a él. A tan solo dos metros de distancia. Quiso saltar la mesa y entrelazarla en sus brazos, ofrecerle todo el amor que le tenía, pero no lo hizo. Algo en su interior le gritaba que tenía que esperar. Lucía no era ni la sombra de lo que había conocido días atrás. Vestida con unos amplios vaqueros y una enorme camiseta, se quedó en la entrada sin poder pasar. Andreu amusgó sus ojos y los clavó sobre las grandes gafas

que ella no se quitaba. «¡Por el amor de Dios! Que no hayas permitido lo que estoy pensando porque entonces el que necesitará un abogado seré yo», pensó. Apretó con fuerza sus puños y esperó a que ella se alejara de la puerta, pero no lo hizo. Permanecía estática, mirando hacia él, esperando alguna señal que le permitiera caminar hacia el interior. Andreu gritó una maldición en francés, retiró el asiento de una patada y corrió hacia ella, atrapándola en un cálido abrazo.

—Andreu… —susurró al mismo tiempo que se calentaba con el cuerpo del muchacho. Su cabeza se apoyaba sobre el torso. Escuchaba el corazón de este latir con fuerza. Su respiración estaba entrecortada y las grandes palmas de sus manos le acariciaban la espalda. Fue en ese instante cuando se rindió y dejó que toda la fuerza que había ofrecido a los demás desapareciese, dando paso a un llanto ahogado y desesperado.

—No te preocupes, yo estoy aquí y nadie podrá hacerte más daño. Cuidaré de ti, Lucía. Te prometo que cuidaré de ti. —Levantó la barbilla de la mujer y apreció el alcance de la contusión. Apretó los dientes y volvió a maldecir, pero esta vez en voz baja, para que ella no sintiese más pesadumbre ante su exposición—. Sé que no es el momento para decir que te he estado buscando, pero he de comentártelo. Pongo mis cartas sobre la mesa para que seas tú quien sopese si de verdad me quieres a tu lado. No me considero un acosador, es más, nunca he estado detrás de una mujer como lo he hecho contigo.

Lucía seguía observándolo a través de sus gafas. No sabía qué contestarle.

—No quiero que pienses que me estoy aprovechando de tu debilidad. No es mi intención. Tan solo quiero que sepas que eres muy importante para mí y que lucharé con todos los medios que tenga a mi alcance para hacerle pagar a ese bastardo lo que te ha hecho.

—No sé qué responder, Andreu. Ahora mismo estoy aturdida.

—Por ahora nos centraremos en lo que te ha traído hasta aquí. ¡Ven! —Bajó la mano hacia su muñeca y la cogió con cuidado—. Cuéntame lo que te ha sucedido durante estos días. Fidel solo me comentó que venía alguien para un tema de divorcio, ¿es correcto? —La condujo hasta un sofá que tenía en el despacho y la sentó junto a él.

Elena apagó el intercomunicador mientras caían lágrimas de sus ojos. Por primera vez, el mocoso de Fidel había hecho algo bueno. Y solo esperaba que no fuese una nueva decepción para el bueno de Andreu. Miró la agenda y vio que no había nada después de ella. La cerró con suavidad, cogió su bolso y salió de allí. Cuando estuvo en la puerta, se giró y echó la llave. Nadie debía interrumpir lo que estaba sucediendo allí.

—Como abogado tuyo, necesito que me cuentes lo que sucedió. —Las manos de Andreu continuaban acariciando las de Lucía. Quería reconfortarla y escuchar con atención lo que tenía que contar. Aunque no le cabía duda que su argumento le iba a destrozar las entrañas…

—En realidad… —Ella dudó por unos segundos si era apropiado contarle todo. Le resultaba incómodo explicarle al hombre que la seducía la realidad de lo ocurrido. Sin embargo, alzó la mirada hacia los ojos del joven y observando su franqueza y ternura, se decidió—. Después de marcharme del club, me dirigí a casa. Allí me estaba esperando mi marido. Estaba muy enfadado, demasiado. Para él había sido un horror que apareciera en la oficina vestida de esa forma… —La imagen de ella moviendo las caderas con el ceñido vestido volvió a su mente y no pudo controlar el alzamiento que comenzó a tener bajo su pantalón. Se avergonzó de su actuación. Debía aparcar el instinto que ella le despertaba. No era el momento…—. Y quiso imponer su ley con agresividad. —Lucía apartó las gafas de su rostro para que Andreu apreciase la manera en la que su marido había querido implantar sus órdenes.

Andreu se levantó de golpe al contemplar en el rostro de la mujer el destrozo de una ira. Se tocó el pelo y comenzó a deambular

por la habitación. La erección había desaparecido de inmediato. Ahora el sonrojo de sus mejillas no indicaba lujuria, sino deseo de destrozar al personaje que había hecho daño a la mujer de su vida. Lo buscaría y le pagaría con la misma moneda, de eso estaba seguro.

—Lo siento, *ma vie*. Creo que he sido poseído por la rabia y el deseo de aniquilación. —Se volvió a sentar junto a ella y la abrazó—. Odio el maltrato, pero si además se lo producen a las personas que quiero… —Se calló de inmediato al escucharse aquellas palabras. Nunca había dicho te quiero a nadie, ni tan siquiera a la arpía que lo destrozó en el pasado.

—El dolor físico se cura, Andreu, pero tengo hijos y que me los quiera arrebatar, me duele más que mil palizas. —Ella lo miró de reojo para adivinar si ponía cara de sorpresa al desvelarle que tenía descendencia. Quizá tal descubrimiento haría frenar de golpe ese amor que segundos antes le había mostrado. Sin embargo, no encontró ni un ápice de asombro, seguía mostrando ira.

—Relájate, no puede hacerte nada. Los niños son de la madre y más si se trata de un tema de malos tratos. ¿Lo denunciaste? —Besó con suavidad las manos de ella.

—No pude. —Ella retiró sus manos del amarre y se las llevó hacia la cara para ocultarse tras ellas.

—¡Ni se te ocurra ocultarte y menos en mi presencia! —le dijo mientras las separaba y dejaba de nuevo su rostro para poder admirarla—. Esa no es la actitud que *mi chica* debe adoptar. Yo quiero una guerrera, porque vamos a tener que luchar con todas nuestras fuerzas, ¿vale?

—No estoy tan segura de conseguirlo… —cuchicheó mientras las lágrimas regresaban a sus ojos.

—¿Dudas de mi profesionalidad? —preguntó con sarcasmo. En el rostro masculino apareció una burla irónica mientras arqueaba la ceja derecha—. Puedo asegurarte que soy bastante bueno. En un listín del uno al cien, sin lugar a dudas estoy en el ciento dos… ¡por lo menos!

—Me acabas de impresionar. No imaginé que fueses tan humilde. —Sonrió por primera vez.

Andreu se desmoronó al contemplarla de aquella forma. De sus ojos comenzaron a brotar pequeñas ráfagas de felicidad. Sus labios se curvaron hacia el lado derecho dejando ver aquellos preciosos dientes que habían marcado su boca en el último encuentro. Suspiró con profundidad y se dijo que haría todo lo que estuviese en su mano para que no se apagase la sonrisa más bonita del mundo.

—Estás… —murmuró mientras la cogía de la mano.

—¿Estoy? —inquirió ella al escucharlo.

—Nada. Estaba pensando. Solo eso. —Soltó las manos y se levantó de su lado. Tenía que alejarse durante unos instantes de ella. No era el momento ni el lugar de gritarle todo lo que sentía en su corazón. Debía de recordar una y otra vez que había venido a que le asesorase en el divorcio.

—¿Sabes? Cuando me dijeron que eras tú la persona que me defenderías no estaba segura de que fuera lo correcto. Por lo que hemos vivido. Por lo que sentimos… —Lucía tomó aire y alzó su mirada para observar los movimientos del joven. No deseaba darle la impresión de que era una arpía que quería tenerlo entre sus piernas para que se esforzase en su trabajo. Ella sentía algo muy especial por Andreu. No podía ponerle nombre, pero latía en su interior desde que lo vio por primera vez.

—¿Sientes algo por mí? —preguntó incrédulo.

—Sí —respondió Lucía con firmeza—. No sé si será amor. Lo único que puedo decirte es que me siento feliz cuando estoy a tu lado y que me haces arder de deseo.

—Lucía… —susurró Andreu acercándose a ella y colocándose de rodillas—. Yo… Yo… ¿Me dejas besarte? —Acercó sus manos al rostro y sus pulgares tocaron con suavidad las mejillas.

—¿Dudas? —Lucía se humedeció la comisura de su boca—. Si necesitas una respuesta…

No pudo terminar la frase, Andreu se abalanzó sobre los carnosos labios y la invadió con desesperación. Su lengua se introdujo

buscando las caricias de la suya. Se había vuelto loco al pensar que no la volvería a tener así. Pero ella lo deseaba como él lo hacía. Pudo sentir cómo el cuerpo de la mujer se relajaba y se dejaba llevar ante su beso, su calidez, su deseo. Ambos cerraron los ojos para sentir con más fuerza la pasión. Nada ni nadie podría destrozar el momento. Si la vida los había cruzado de nuevo, sería por algo.

—Lo siento —se disculpó Andreu—, esto no es justo para ti.

—No me hables de justicia, Andreu, ahora no es el momento. Solo quiero que me beses otra vez.

Y envolviendo sus brazos por la cintura la atrajo hacia él. Sus labios se encontraron de nuevo en la puerta de su boca. Sin embargo, esta vez no fue tan dulce y acaramelado, sino agresivo y feroz. Se había convertido en un hombre sediento de deseo y pasión. Lo necesitaba tanto que se olvidó de tomar aire para respirar. Adoraba la calidez de sus labios y se alimentaría de ellos siempre que le fuese posible, porque tener el sabor de ella en su boca era un néctar adictivo. Por otro lado, Lucía llevó sus manos hacia la espalda de él y comenzó a marcarla con sus uñas. Aquel beso la estaba sumergiendo en un precioso estado de necesidad. Podía sentir cómo crecía la humedad entre sus piernas y el cuerpo temblaba haciendo un precioso baile erótico.

—Dime que no es un sueño —susurró Andreu mientras su lengua recorría el suave cuello femenino. Su nariz capturaba en su caminar el delicioso aroma de su piel. Inspiró con ahínco y esbozó una sonrisa traviesa al percibir el olor de deseo que ella comenzaba a emanar.

—Si es una alucinación, no quiero despertar jamás —contestó Lucía con un suave jadeo.

Había imaginado con volver a encontrarse entre sus brazos y sentir cómo su vida tomaba razón de ser a través de los besos. Dejó que su labio se estirase bajo la presión de los dientes de él y lo miró agitada. Su respiración se entrecortaba. Su pecho se alzaba y bajaba al ritmo del enloquecido corazón. No tenía dudas; el muchacho era especial para ella. Ahora no era el momento de arrepentirse con lo

que perdió en el club al marcharse, era hora de disfrutar el presente y dejar que el futuro empezara a escribirse con otro tipo de letra más apropiada.

No la liberó de su presión. La observaba con detenimiento. Sus dedos seguían acariciando el perfilado mentón. Ya no recogía lágrimas derramadas y eso le enorgullecía. Pensar que a su lado olvidaba el tiempo pasado y se dejaba llevar por el aquí y el ahora, lo volvía loco de deseo. Sin querer apartar sus labios de los de ella, abandonó el calor del rostro y las manos las dirigió hacia su camisa. Quería mostrar por completo su torso y que las caricias de aquellas duras uñas pudieran clavarse en su piel. Pero al ver que Lucía arrugaba la frente, se distanció unos milímetros de ella para observarla mejor.

—Dime que no lo haga y pararé —le dijo mientras su camisa se posaba en el suelo de manera despreocupada. Sus manos bajaron hacia el cinturón del pantalón y la volvió a mirar, esperando cualquier gesto en el rostro de la mujer que le hiciera parar, pero no lo encontró. Todo lo contrario, ella lo miraba con deseo y se relamía una y otra vez.

Lucía estaba quemándose viva. La sangre de su cuerpo comenzó a hervir cuando el torso de Andreu quedó al descubierto. Sufriría la ira de Dios por cometer uno de los pecados capitales la gula, puesto que por mucho que comiera de aquel cuerpo, siempre querría más. Tenía ante ella un bombón tan perfecto que pensaba que, si en algún instante le hincaba el diente, lo destrozaría. Su busto trabajado deleitaba los ojos de la mujer. Un torso sin vello, una piel blanca y cubierta de pequeñas pecas que invitaba a hacer todo aquello que a ella se le antojase. Se relamió los labios como si fuese una vampiresa a punto de engancharse al cuello de su presa. Sedienta de alimentarse y devorarlo, porque no iba a dejar ni las migajas. Extendió sus manos y comenzó tocarlo. Él echó la cabeza hacia atrás y gimió ante las suaves caricias de ella. El aullido de placer estimuló los sentidos de Lucía. Quería deleitarlo de la única manera que le gustaba. Miró la cara del joven y sintió su clítoris

palpitar; en efecto, la locura los había dominado. Atrapó con sus dedos los oscuros pezones erectos que sobresalían del busto y los presionó con la fuerza de unas pinzas. Andreu gritó y se tambaleó con tanta fuerza que casi se cayó al suelo. Ella lo observó asombrada, ¿lo habría hecho mal? Quizá no debía repetirlo más.

—Me ha gustado —le dijo Andreu cuando recuperó la voz—. Puedes hacerlo las veces que desees.

—Pensé que te había hecho daño —susurró mientras frotaba con las palmas de su mano los doloridos pezones.

—Ha sido maravilloso. —Se inclinó y le dio un tierno beso.

—Bien, acabas de abrir la caja de Pandora. —Andreu arqueó la ceja. No entendía qué quería decir, pero su tono había sido muy excitante. Fuera lo que fuese, sería bienvenido.

—¡Levántate y ponte frente a mí! —ordenó sin titubeos.

Y así lo hizo. Sin terminar de quitarse el cinturón que estrangulaba su enorme erección, se puso frente a ella de pie y ofreciéndose para el sacrificio. Sentada sobre el escurridizo sofá negro de cuero, Lucía se abrió de piernas y colocó a Andreu entre ellas. Levantó sus manos y sacó las uñas para hincárselas en la suave y blanquecina piel. El hombre comenzó a gemir cuando sintió sobre su cuerpo los roces de sus cuchillas. Las piernas empezaron a temblar y casi volvió a perder el equilibrio. Sin embargo, una parte de su cuerpo seguía inamovible, dura, erecta, exigiendo más y más… Lucía entrecerró los ojos y dejó caminar los dedos a sus anchas, hasta que llegó a la hebilla del pantalón. El pecho del muchacho subía y bajaba con rapidez, la excitación lo estaba consumiendo al igual que lo hacía con ella. Atrapó el cuero negro y tiró de él hacia el suelo haciendo que Andreu se arrodillara ante ella. Cuando abrió la boca para poder expresar dolor, Lucía la poseyó e introdujo su lengua con firmeza y dominación. Era suyo, ya no había marcha atrás, él le pertenecía de la misma manera que ella era de él. Con la mirada atónita, el muchacho observaba cómo la mujer que adoraba se quitaba la camiseta y mostraba un bonito sujetador de encaje negro en el que escondía sus bellos pechos.

—¿Qué? —dijo cuándo contempló la cara de asombro del joven —. ¿No me recordabas así? Tal vez la oscuridad de la habitación te hizo ver cosas que no eran —masculló. No le hacía gracia pensar que el joven comenzaba a no gustarle lo que veía.

—¿Por qué dices eso? —preguntó atónito.

—Por ese rostro lleno de sorpresa al mirarme. —Llevó una mano hacia el largo cabello del joven y se lo enredó entre sus dedos.

—Estoy sorprendido de tenerte a mi lado. Estoy fascinado por la posesión que he sentido hacia ti. Estoy perplejo de contemplarte… —De repente se quedó callado. Lucía se había colocado tras él, lo había amarrado del pelo con fuerza y buscaba algo sobre la mesa.

—No me gusta nada ese pelo tan largo —murmuró estirando aún más el cabello.

—No te enfades, mañana me lo cortaré si no te gusta. —Andreu se quedó más asombrado si cabía.

En ningún momento pensó que su cabello era un estorbo. Es más, él pensaba que era un rasgo bastante interesante para describirlo. Casi todos sus compañeros de oficio iban con el pelo corto y engominado, sin embargo, él lo llevaba atrapado en una cola o suelto. En el fondo tan solo era un acto de rebeldía. Desde que fue despreciado por Dulce, se lo dejó crecer. De esta forma dejaba de aparentar esa imagen de niño bueno y le servía para espantar a posibles «buitres». De repente tuvo que echar la cabeza hacia atrás con rapidez. Lucía le hacía más daño. Tiraba del cabello sin contemplaciones. Intentó verla y cuando descubrió lo que iba a hacerle, se excitó tanto que sintió cómo su pene erguido escupía las primeras gotas seminales.

—Soy una impaciente. —La mujer sonrió, agachó la cabeza para besarlo y continuó hablando—. No puedo aguantar hasta mañana… —Abrió las tijeras y le cortó de un tajo la trenza que había enredado en su mano. Andreu gritó y ella volvió a besarlo.

Aunque parecía un capricho de mujer, no lo era. Aquello era un gesto que indicaba a los dos el comienzo de una nueva etapa. Ella la

había iniciado en el mismo momento que abandonó a su marido y él, al liberarse de una apariencia solitaria y agranujada.

—Esto sobra. —Tiró con rabia el moño al suelo. Los hilos del cabello cayeron despreocupados alrededor de los amantes.

—Lo que desees se cumplirá —susurró Andreu cada vez más excitado.

—Gracias por aparecer en mi vida. —Anduvo despacio hasta colocarse frente a él. Lo contempló desde arriba y sonrió de placer. Por un instante pensó en decirle que se introdujera bajo sus piernas y que se alimentase de lo que ella comenzaba a emanar, pero se contuvo—. Ponte de pie —ordenó.

—No tienes que agradecerme nada, soy yo quien ha vuelto a vivir desde que estás en mi camino. —Se incorporó con ayuda y dejó al descubierto la excitación que brotaba entre sus piernas. Ya no le resultaba incómodo mostrarse tal como se sentía; un hombre hambriento por tocar y amar a la mujer que tenía frente a sí.

Lucía sonrió complacida y se relamió ante el deseo que le provocaba verlo en aquella situación. Volvió a agarrarlo con fuerza por el pelo y lo atrajo hacia su boca. Necesitaba calmar su sed. Se sentía adicta a sus labios. La lengua recorrió su interior buscando la de él. Deseaba hacerle bailar bajo la pasión de las caricias.

De pronto, en mitad de ese apasionado contacto. Ella bajó su mano hacia el pantalón y buscó el sexo de él. Andreu gimió y entrecerró los ojos dejándose llevar por el placer.

—Ya no hablas… —susurró Lucía antes de morderle el lóbulo.

—Mmm… —murmuró el joven.

—Me lo imagino. —Agarró con fuerza el pene entre sus manos y empezó a acariciarlo con suavidad. Pudo sentir entre sus dedos la humedad que expulsaba el sexo masculino. Deseó por unos instantes tenerlo en la boca y poder así tener conciencia del sabor de su hombre, pero se contuvo. Ella no podía dejar de controlar la situación, ahora tenía los hilos para sucumbirlo al placer.

—Lucía… —jadeó Andreu al notar su pene convulsionar en la mano de ella.

—¡Córrete! —le ordenó—. Esto es solo el principio… —Se inclinó de nuevo hacia la boca masculina y la poseyó con fuerza mientras el joven expulsaba el frenesí que le invadía.

Cuando las últimas sacudidas en el cuerpo de Andreu le indicaron que el éxtasis había desaparecido, sacó la mano, la puso frente a su cara y observó con satisfacción el líquido viscoso.

—¡Come! —ordenó.

Andreu abrió la boca y dejó que Lucía introdujera sus dedos en ella. Acató su mandato con gusto. Saboreó todo lo que ella le ofrecía como premio. Y cuando terminó, un pequeño gritito salió desde lo más profundo de su ser puesto que deseaba seguir lamiendo aquella generosa mano.

Los ojos de ella se iban cerrando presa del placer al que estaba siendo sometida. Su lengua lamía una y otra vez sus propios labios imaginándose que dentro de su boca saboreaba el erecto sexo del joven. Agarró con fuerza el cabello su amante y gimió al sentir el orgasmo sacudiendo su cuerpo. Andreu se aferró a sus piernas para que ella no cayese y levantó despacio su rostro. Ambos se quedaron mirando durante unos segundos. Los ojos de él brillaban con tanta intensidad que no les hizo falta susurrar palabra alguna para resumir el momento que habían vivido. Lucía atrapó entre sus palmas el rostro del joven y lo dirigió hacia su boca, lo besó con tanta ansiedad que perdieron el equilibrio y cayeron sobre el sofá. La mujer se levantó, él se incorporó y observó con mucha atención lo que ella tenía previsto hacer.

Frente al muchacho, Lucía se abrió de piernas y se posó sobre las rodillas del joven. Este no apartaba sus ojos de las manos puesto que ella las conducía hacia el sujetador. Lo desabrochó y las liberó de la presión. Andreu pensó que su corazón había emprendido una carrera de Fórmula Uno puesto que lo notaba palpitar en su garganta.

—¿Y bien? —Se restregó su sexo en las piernas del hombre.

—Estoy en el paraíso… —murmuró.

—Estás equivocado, muñeco. El paraíso acaba de abrir sus puertas… —Condujo las enormes manos hacia sus pechos y dejó que los tocara.

Andreu temblaba. No podía creerse lo que le estaba sucediendo. La mujer de sus sueños se exponía a sus toques, a sus caricias, a sus labios. En su vida pensó poder enamorarse con aquella intensidad. Cada poro de su piel gritaba el nombre de ella y el sudor que desprendía su cuerpo eran lágrimas de felicidad. Por fin había encontrado a la compañera perfecta y no la volvería a dejar escapar…

—Quiero… —susurró con suavidad Andreu.

—Adelante… —contestó ella entre gemidos.

Acercó sus labios hacia los duros pezones y los introdujo dentro. Los succionó con fuerza. Los dedos de Lucía se enredaban en su cabello y seguían tirando al mismo tiempo que iniciaba un pequeño baile para frotar sin parar su caliente sexo sobre las piernas del joven.

—Sigue… dame placer… —gemía la mujer entre balanceos.

Por un segundo, solo por un instante, pensó que su sexo explotaría como un volcán dormido durante siglos. Tuvo que dejar de lamer los pechos para controlarse un poco. Metió su nariz en el canalillo e inspiró con fuerza. El olor de Lucía estaba ya dentro de él como su propia esencia. Retiró sus manos de las montañas y las llevó hacia la espalda. Quería que ella sintiese el tacto de sus dedos. Con su rostro enterrado en los senos, empezó a subir y bajar sus falanges en el cuerpo exaltado de Lucía. Al principio dio un respingo. No había intuido el propósito del hombre. Pensó que las posaría en las caderas e intentaría llegar hasta su centro para masturbarla, pero no fue así. Quería hacerla arder. Quería que ella deseara sentir sus besos y sus caricias con tanta urgencia como le sucedía a él. De repente, Andreu se distanció un poco de sus pechos. Lucía arrugó levemente su frente al pensar que no iba a continuar; sin embargo, cuando un suave y delicado calor comenzó a recorrer la piel de sus senos, echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar.

—Voy a saciar mi hambruna… —masculló al mismo tiempo que su lengua abandonaba las duras protuberancias y bajaba por el abdomen hasta su ombligo.

Lucía sabía a la perfección hasta dónde quería llegar y ella lo deseaba tanto como él. Si aquella sin hueso era tan efectiva como parecía, iba a ser recompensada por los años perdidos con Jorge. Solo de pensarlo la humedad caló el pantalón hasta llegar a la piel del joven.

—Quiero desnudarte. —Abrió sus palmas y las extendió por la espalda.

—Me parece bien, puedes hacerlo. —Sonrió complacida.

Andreu la incorporó y la puso de pie. Él hizo lo mismo, pero no se quedó frente a ella, sino que se arrodilló para poder comenzar la tarea de ir eliminando aquellas prendas que los separaban para tener, al fin, ese contacto definitivo. Empezó por las zapatillas y los calcetines. Admiró los cuidados pies y sin pensarlo dos veces, los besó. Lucía sonrió y se mantuvo callada. Quería saber qué más podía ofrecerle el joven. Andreu posó sus manos sobre la cintura femenina y buscó el cordón. Deslazó aquel nudo y bajó con suavidad el pantalón. Ella tan solo tuvo que mover sus plantas para despojarlo del todo.

—¿Sigue gustándote lo que ves? —La pregunta apenas podía ser escuchada ni por ella misma. Estaba tan excitada que no conseguía poner ni el tono dominante que debía. Era la primera vez que se sentía tan venerada que era incapaz de reaccionar.

—Eres la mujer que siempre busqué —confesó entrecortado.

—Pues hazme feliz… —Se abrió de piernas y dejó que él se acoplara entre ellas.

Andreu se colocó tal como le estaba indicando y lo primero que hizo fue acariciarla con la nariz mientras inspiraba su olor y se mojaba por la humedad de su lencería. Estuvo a punto de retirarlas y saborearla sin barreras, pero se decía una y otra vez que debía enloquecerla. Recorrió cada milímetro de la prenda hasta sentir cómo las piernas de la mujer empezaban a tambalearse. Fue en ese

instante cuando utilizó su lengua para lamerla sobre la tela, mojándola aún más. Ella echó la cabeza hacia atrás y dejó que él llevara la iniciativa que desease. Llegados a este punto, el control casi había desaparecido. Como Andreu no obtuvo ninguna negación, repitió una y otra vez los lengüetazos sobre la lencería. Llegó un momento que no supo distinguir si aquella humedad era producida por los jugos de Lucía o por la saliva que segregaba su boca al saborearla. Pero en el fondo le daba igual la razón, lo único importante para él era que estaba llenando su cuerpo de ella. Antes de poder perder su consciencia ante el placer, se envalentonó y llevó un dedo hasta la costura y la apartó con suavidad. Levantó sus ojos y no observó en el rostro de Lucía ninguna negación, así que alzó su boca hacia el sexo femenino y lo absorbió. Paseó su lengua por cada rincón de la sabrosa e hinchada carne. «Dios mío, gracias», pensó mientras cerraba sus párpados y dejaba que todos sus sentidos disfrutaran de lo que estaba ocurriendo. Siguió con su valentía al hacer que uno de sus dedos jugara en aquel terreno. Arrugó la nariz esperando represalias, aunque no obtuvo negativa ante su hecho.

Lucía perdía las fuerzas. Jamás había sentido aquel placer entre sus piernas. El vello lo tenía erizado, su corazón palpitaba descontrolado y su respiración no poseía un ritmo adecuado. De vez en cuando tomaba aire mediante un jadeo o un gemido, aunque no le era suficiente para mantenerse con vida. Alargó la mano y palpó el cabezal del sofá. No quería estropear la situación que estaban viviendo, pero si no se sentaba lo antes posible, caería al suelo sin poder evitarlo. «Por el amor de Dios, ¿dónde está ese control que necesito en estos momentos?», se dijo a la vez que se iba recostando sobre el mueble.

—¿Puedo? —preguntó con timidez el hombre señalando la diminuta y mojada prenda. Lucía tan solo pudo asentir puesto que las palabras no salían por su boca. Andreu las hizo bajar por las piernas y cuando las tuvo en sus manos, las inspiró y las arrugó.

—Si tanto te gustan, tengo muchas como esas —dijo con sarcasmo al ver cómo las sostenía y las adoraba.

—Las quiero todas, pero solo hay un requisito —Se colocó de nuevo entre las piernas y le acarició los labios vaginales con su vaho.

—¿Cuál?

—Que todas y cada una de ellas… —recorrió con su lengua la hendidura. Apartó con sus manos de los carnosos pliegues y dejó el clítoris expuesto para su placer. —Mordió la perla hinchada y Lucía gritó. —Este precioso sexo… —arremetió con su lengua con tanta fuerza que quiso follarla con ella.

Lucía buscaba con sus manos algo en lo que poder aferrarse y transmitirle esa desesperación que tenía al ser abatida por las incesantes ondas del placer. Sonreía, lloraba, gritaba, sollozaba y no cesaba de morderse los labios. En algunos momentos sentía vergüenza de sí misma, pero se esfumaba el negativo pensamiento cuando volvía a ser sacudida por el placer. «Este chico es bueno, muy bueno con la boca», consiguió meditar en un instante de tregua. Levantó la cabeza y lo observó. Sus ojos se cruzaron unos instantes y ella pudo contemplar el brillo de sus mofletes. Toda su excitación estaba siendo recogida por él y eso la excitaba tanto que era capaz de cerrar los ojos y levitar.

—¿Qué me responderías si te digo que necesito darte más placer? —preguntó el joven levantando un poco su rostro y dejando ver las chispas de sus ojos.

—¿Qué tienes pensado?

—Tan solo quiero darte placer. —Una de sus palmas empezaron a frotar su sexo haciendo que ella diera un respingo inesperado.

—No sé… tendría que meditarlo.

—Puedo estar así todo el tiempo del mundo. —Seguía rotando y agitando a la mujer con las fuertes caricias.

—Andreu… creo… —Echó la cabeza con brusquedad hacia atrás y jadeó con ahínco.

—Grita. Grita cuanto quieras, mi amor. Escuchar tu placer es la mejor melodía que escucharé en mi vida —le comentó al mismo tiempo que introducía en ella dos dedos e iniciaba un incesante bombeo.

Lucía no podía parar de gemir. Miles de estrellas luminosas llenaban sus ojos y la convulsión de su cuerpo apenas la dejaban permanecer quieta en el sillón. Si continuaba de aquella forma terminarían los dos en el suelo.

—Me voy a correr —sollozó mientras sentía en su cuerpo la llegada del orgasmo.

—¿Quién te lo impide? —Seguía follándola con sus manos.

La mujer golpeó con fuerza el brazo del sofá y chilló con energía el nombre de él cuando se sumergió en la llegada del clímax. Su garganta, seca de tantos jadeos, expulsaba pequeños gruñidos y alaridos. Era incapaz de mantener los brazos firmes, un muñeco de trapo.

—¿Te gusta, *ma vie*? ¿Adoras esto tanto como lo hago yo? —Su boca tomó las últimas gotas de miel que la mujer emanó de su orgasmo—. Tan sabrosa, tan deliciosa, ¿te gusta esto? Porque yo me muero por seguir tomando lo que me das. No puedo parar de beber de ti.

—No lo hagas, te lo ruego. —Ella arqueó sus caderas hacia él, ofreciéndose como una sacerdotisa a su pueblo. Ya no sentía dolor en su cuerpo, ni arrastraba pena su alma, todo se había quedado atrás, como si tan solo hubiese sido una pesadilla de la cual ya se despertó.

—No puedo parar, *ma vie*. Soy tuyo, ¿recuerdas? —Mordió con mucha delicadeza el botón inflamado haciendo que ella volviera a gritar su nombre. Eso endureció más su polla que no paraba de llorar gotitas seminales. Escuchar su nombre en la mujer que adoraba era el mayor placer que podía ofrecerle. Los dedos perversos volvieron a su vagina, regresando a su cuerpo los vapuleos del clímax. Pudo sentir cómo los músculos vaginales se apretaban sobre ellos, mientras era embestida sin cesar—. Córrete para mí, *ma vie*. Deja que vea lo bella que estás mientras te desbordas en mi boca.

—Andreu… ¡Voy a salir disparada!

Y volvió a saber lo que era ser arremetida por un increíble orgasmo. Mientras aullaba como una loba, él seguía presionando sus dedos dentro de ella. No daba crédito a lo que le estaba sucediendo. Por primera vez se había corrido dos veces y, para más inri, lo había hecho sobre la boca de un hombre. Ni en sus mejores sueños, aquellos en los que varios sementales la manoseaban y le ofrecían un placer pecaminoso, lo había imaginado. Sus pensamientos se esfumaron como el humo de un cigarro ante una ventisca al sentir una leve presión donde nunca la habían invadido: su ano.

—Relájate, princesa —le dijo al ver la tensión que un mísero roce le había provocado—. ¿Nunca te han tocado aquí? —Ella meneó la cabeza—. ¡Bendito Dios! ¿Dime que seré el primero? ¡Jura que cuando estés preparada, tendré ese regalo! —Ella asintió. Cómo se iba a negar ante la emoción que observó en el joven. Estaba segura que si le pedía la luna, cogería una escalera y se la traería.

Andreu besó con ternura el caliente lugar que había devorado y se alzó para dejarse contemplar antes de echarse sobre ella y convertirse por fin en un solo ser. Apoyó las palmas sobre ambos lados del sofá y, alzando la cabeza, dejó que su boca ahora saboreara los duros pezones. En un arrebato de locura, los mordió e hizo gritar a Lucía. Esta le agarró del pelo con fuerza y tiró de él hacia arriba hasta que sus rostros quedaron al mismo nivel.

—Me estás enloqueciendo, pequeño diablo. Ahora me toca a mí, quiero que grites lo mismo que yo. —Ella se lamió los labios anticipando su jugada y Andreu pensó que no podría vivir ni un minuto más sin ella.

Lucía le empujó hacia atrás y lo dejó caer sobre el sofá. Era su turno y le haría enloquecer lo mismo que había hecho él con ella. Se agachó y sacó la lengua ante la atenta mirada del joven que no cesaba de temblar. Llevó su mano hacia el erecto sexo y dejó liberado el capullo sonrojado de su caparazón de piel. Miró endiablada al muchacho y lamió despacio el miembro. Sabía a salado. Tal como se imaginó que sabría. Continuó su manjar hasta que el pene comenzó a ponerse tan rígido que los conductos

empezaron a drenarse de semen. Estaba a punto de salpicarla. Cualquier roce más y él explotaría como un misil.

—Lucía, no podré aguantar más, y no quiero correrme así. No hoy… —Andreu se quedó petrificado ante sus dos palabras. «No hoy», como dando ya por sentado que estarían todo el tiempo del mundo juntos y ninguno de los dos había dicho nada al respecto.

—Bueno, seré compasiva contigo. Pero te advierto que la próxima vez no lo seré. —Besó la erección y se incorporó de nuevo.

Escuchar de la boca de Andreu que habría un mañana la colmó de alegría. Estaba desesperada por decirle que, aunque parecía una locura, ella deseaba estar a su lado hasta que ambos decidiesen lo contrario, pero se controló. Después de todo lo que le había sucedido necesitaba ir con tranquilidad.

—Quiero estar dentro de ti… —le canturreó.

Lucía sonrió. Se relajó sobre el sillón y elevó sus caderas para dar paso a lo que él le suplicaba; unirse en un solo ser.

Andreu lo hizo poco a poco, como si intentara desvirgar a una virgen. Sus caricias hacia Lucía eran delicadas y sensuales, la trataba con tanto esmero que parecía una figurita de cristal. Pero cuando ella notó todo su miembro dentro, un estallido eléctrico apareció en los dos. Andreu perdió el control. Empezó a embestirla con fuerza, dejándose llevar por el lobo que brotaba en su interior. Ella era suya y la marcaba como un animal salvaje. La voracidad que desprendía al sentirse dentro rayaba la demencia. Y perdió la poca cordura que tenía cuando sintió la presión de su miembro prepararse para estallar. Las uñas de ella se clavaron en su espalda como cuchillos y el grito del joven hizo eco en la boca de ella. Los dientes mordían sus labios hinchados haciendo inseparable la unión. Sin embargo, cuando los zarandeos del cuerpo femenino le indicaban que el orgasmo estaba sucumbiendo a la mujer, ella soltó el duro amarre, se abrazó a él y puso la cabeza sobre su hombro. El hombre la entrelazó con más fuerza y la presionó sobre su sexo. Ambos sudaban por la pasión, estaban a punto de culminar su lujuria. Lucía abrió la boca y mordió algún lugar del torso masculino. Se dejó

llevar por la loba que dormía en su interior, lo marcaba como una hembra marca a su macho, con uñas y dientes. Andreu también se liberó y notó cómo su sexo expulsaba dentro de ella el líquido resultante de su demencia. Los temblores recorrieron su cuerpo y mirando de reojo a la mujer que yacía flácida sobre él, pensó que estaba donde debía estar, con la diosa que amaba.

—Eres preciosa —le dijo mientras besaba con ternura las sonrojadas mejillas.

—Uhm. —Lucía cerró los ojos, dejándose llevar por el momento tan maravilloso que estaba viviendo—. ¿Te has parado a pensar en cuántas normas nos acabamos de saltar? —Sonrió.

—En lo único que piensa mi mente en estos segundos es en recuperarme y volver a sentirme caliente entre tus piernas. —Se recostó a su lado y la abrazó con fuerza.

—Eres un diablillo, ¿lo sabes? —Ella se aferró a los brazos masculinos.

—Y tú eres *ma vie* —le susurró.

—¿Qué significa eso? —Ella cerró sus ojos. No era un buen lugar para estar desnudos y dormir, pero estaba agotada, la había dejado exhausta.

—Es francés y significa «mi vida». Ya sabes que mi padre era galo. —Inspiró el aroma de su pelo.

—No puedo ser tu vida, Andreu. Llevamos muy poco tiempo juntos. —El cuerpo de Andreu se tensó al escuchar aquellas palabras. No podía pensar ella que lo abandonaría, sería su muerte.

—Bueno, pero podemos llegar a un acuerdo, si te parece bien.

—¿Un acuerdo? —Ella se sorprendió. Se giró hacia él y lo encontró sonriente. Estaba encantador con los labios hinchados y las mejillas rojas de pasión.

—Sí, uno sexual. Podemos acordar sexo sin compromiso durante un tiempo razonable. Si vemos que esto no tiene un sentido, se habla y se olvida. Pero si esto provoca que nos enamoremos…

—No sé qué pensar… —Ella estaba loca por aceptarlo. Sabía que su corazón le pertenecía, pero antes debía arreglar el asunto de su

divorcio. Le era primordial dejar sus cadenas liberadas.

—¿Acaso no has disfrutado? Si no es así, puedo intentarlo de nuevo. —La besó.

—Vale —respondió al fin—. Acepto tu acuerdo. Sexo sin compromiso. ¿Reglas?

—No hay reglas. —Rozó con su nariz la de ella.

—Entonces… ¿puedo venir cuando desee sexo a tu oficina?

—Eso será lo mejor del día, Lucía. Verte entrar por la puerta deseando ser saciada, necesitando que mi cuerpo satisfaga todos tus deseos… Solo de pensarlo, mi sexo ya ha reaccionado. —Cogió una de las manos y se la llevó hacia su verga para que ella confirmase su entusiasmo.

—¿Y si te pido que vengas al club? —Ella levantó una ceja mientras una sonrisa irónica apareció en su boca. Sabía la sensación que le había producido y lo quería poner a prueba.

—Pues te preguntaré ¿qué quieres que lleve puesto? —Soltó una carcajada sonora.

—¡Mentiroso! —le dio un codazo en el estómago—, si no te gusta estar allí.

—Pero por tenerte entre mis brazos haría lo que fuera. —La volvió a besar, y ella lo quiso con más fuerza—. Duerme, *ma vie*. Debes descansar. Quiero que estés en plenas facultades para aprovechar al máximo nuestro acuerdo sexual. —La sonrisa traviesa no desaparecía de su rostro.

—¿Velarás mi sueño? —Atrapó una de sus manos y se la llevó a su boca.

—Con mi vida, si hiciese falta. —La abrazó y besó su hombro.

—Gracias… —murmuró dejando que el sueño la envolviera.

—A ti por devolverme las ganas de vivir.

Capítulo 16

La promesa pactada

—Me prometiste que iba a ser la mujer perfecta. —Jorge gritaba por teléfono. La voz del receptor no podía terminar las frases. Encolerizado por la situación, era incapaz de escuchar—. ¡Joder! ¡Me juraste que estaba preparada para este tipo de vida! ¿Sabes cómo me puede afectar un divorcio en este momento?

—Quizá no haya sido todo culpa de ella, ¿no te parece? —le replicó una voz masculina.

—Tus palabras fueron: «está dominada, ya tienes lo que necesitas». ¿Recuerdas? —La cólera se apoderaba cada vez más del decepcionado marido.

—Se encargaron las monjas de relajar su temperamento y no te puedes quejar. La elegiste de entre todas las candidatas y me sentí complacido por ello. Sin embargo, no puedes pedirme que doblegue de nuevo a mi hija, ya no es una niña, sino toda una mujer, y si ella decide poner fin a vuestro matrimonio, la apoyaré de manera incondicional.

Los dientes de Carlos comenzaron a rechinar. Gracias a su esposa, supo que el bastardo había golpeado a su hija y eso no lo permitiría. Desde que Lucía nació, su única obsesión fue construirle un futuro fácil y buscar al hombre apropiado para convivir

plácidamente con el tesoro más preciado en su vida. Era normal que un padre como él intentara hallar un buen hogar y un marido respetable puesto que tal como estaba la sociedad, su hija podía ser presa de cualquier depravado que tan solo la quisiese por su dinero y la hiciese una mujer de mala vida. Cuando los padres de Jorge aparecieron un día en la mansión y comentaron que su pequeña era la mejor candidata para su hijo, casi llora de la emoción. Todos sus miedos por verla desorientada en el mundo de la inmoralidad se esfumaron. Sabía que no sería un camino de rosas para ella, porque su temperamento era el mismo que el suyo: fuerte, enérgica, dominante, cabezona, todas las características dignas de un Sandoval; sin embargo, era mujer y debía ser cuidada por un buen esposo. Así que dejó su educación en manos de las mejores expertas.

—Tuve que castigar su comportamiento, Carlos. Debía hacerle saber que soy una persona respetable y no puede venir a mi lugar de trabajo, justo el día en el que soy visitado por El Grupo para cerrar unos contratos, vestida como una vulgar fulana. —No le había gustado ver la perversión en las caras de los hombres mientras contemplaban el cuerpo de su mujer—. Parecían el perro de Pávlov, babeando ante la llegada de la comida. No me importa que viniese a verme, pero no vestida como una puta. ¿Lo comprendes?

—Hay muchos caminos para volver a encauzar un río, ¿no crees? Lucía no merecía ser agredida. —Carlos estaba muy dolido. No daba crédito a que el cretino se atreviese a dañar el rostro de su hija. Los azotes que le ofrecía a su esposa no eran para dañarla, sino para infundirles placer a ambos. En ningún momento imaginó que las manos de ese necio se convirtiesen en armas dañinas y no utensilios para la protección. Lo había defraudado en todos los sentidos. Se esperaba un rey de los negocios y un esposo ejemplar, y tan solo encontró una escoria que buscaba un hierro donde sujetarse para dejar de tambalearse. Apretó con fuerza su puño derecho y respiró. De no ser porque sus nietos andaban por allí, habría salido en busca del engendro y lo habría estrangulado con sus propias manos, dando

por zanjado el problema que tenía su hija desde que lo puso en su camino—. Quizá si le pides disculpas, todo termine bien —comentó con un nudo en la garganta. Esa era la última opción que deseaba, pero no había otra alternativa. Si Jorge no quería divorciarse para no perder todo aquello que decía que había conseguido. Debía de disculparse y hacer como si nada de lo acontecido fuese real.

—¿Quieres que me rebaje a tu hija, a una mujer? —Él también había sopesado esa idea, pero ¿hasta qué punto podía ser degradado? No tenía la intención de estar por debajo de ninguna fémina, y mucho menos de ella—. He cumplido la parte del trato que me corresponde, le ofrecí un cálido hogar, una buena posición social, una familia a la que criar, joyas, vestidos… ¿Qué más desea? ¿Vestir como una zorra y ser follada por todos?

—¡Mi hija sería incapaz de hacer tal cosa! —gritó mientras golpeaba con el puño cerrado la mesa de madera que tenía en frente.

—No tienes ni idea de cómo es tu hija. La tienes por santa y no lo es. ¿Sabes lo que descubrí en uno de esos cajones que guarda bajo llave? Tranquilo, no pienses, te lo digo, un consolador. ¿Me estás escuchando? Le tuve que requisar a tu idílica hija una polla de plástico y no era de las pequeñas… ¡qué va! Esa como mínimo era XXL.

Carlos sonrió. En efecto, su dulce hija se parecía mucho más a él que a su preciosa esposa. Fue ese tipo de actitudes las que le hicieron temblar por el futuro de ella. De ahí su empeño en la búsqueda de un hombre que la controlase y la colmara de tal forma que dejara saciada a la ardiente mujer que llevaba dentro.

En su entorno social no estaba bien visto que la mujer tuviese más deseo sexual que el hombre. Pero si su hija escondía un consolador era por una razón fácil de explicar: no se sentía satisfecha. Quizá su yerno no solo era un inepto en los negocios, sino también en la cama.

—Los problemas de alcoba se quedan dentro del matrimonio. Eres un caballero y no debo decirte que eso no es respetuoso ni

educado. —Todo aquello por lo que había luchado durante su vida se desmoronaría si salían a la luz las oscuras necesidades de su hija. Entre la recatada sociedad en la que ellos se movían, los deseos amatorios no estaban bien vistos, y menos si se trataba de las apetencias femeninas. Expulsarían, sin dudarlo ni tan siquiera un segundo, a toda la familia del *Grupo*. ¿Quién iba a aceptar entre los miembros más respetuosos a una familia en la que era de *vox populi* las demandas sexuales de la hija? Aunque ya no solo era Lucía, sino que empezarían a indagar con ahínco sobre la familia y descubrirían más de lo que ellos podrían suponer. Tal vez hallarían la verdad de quién era Carlos Sandoval y se respondería la incesante pregunta de cómo una pareja con más de cuarenta años de casados se quería como el primer día. Carlos frunció el ceño al mirar hacia la estantería. «Si me descubren, todo se habrá acabado», pensó.

—Soy un caballero, jamás expondría mis problemas de alcoba ante nadie. Lo único que deseo es que hables con tu hija y la hagas razonar. En este momento no me puedo permitir un escándalo de estas dimensiones. El Grupo está pensando en elegirme como vicepresidente y he trabajado muy duro para ello.

—Haré todo lo que esté en mi mano. —Carlos se sorprendió ante aquella confesión.

El Grupo, del cual formaba parte desde que su propio padre lo introdujo, era tan solo una asociación de la gente más acaudalada de la ciudad en la que trabajaban ocultos ante la sociedad para conseguir todo tipo de beneficios sin tener que dar explicaciones. Manipulaban a los políticos a su antojo y eran tan meticulosos que rara era la semana que no tenían varias reuniones para informar a los integrantes de los avances logrados. Por esta causa, Carlos no conseguía entender el motivo por el cual no se le había puesto en conocimiento la decisión de poner a su yerno en la lista de candidatos para el cargo de vicepresidente.

—Gracias. Sé qué harás todo lo necesario para que tu hija vuelva a entrar en razón. —Sonrió al pensar que al final se saldría con la suya.

—Que tengas un buen día —se despidió con toda la amabilidad que pudo fingir.

—Lo mismo te deseo —respondió sonriente. Por el tono de voz de Carlos, Jorge supo que lo había dejado pensativo. Seguro que nunca se había imaginado que el marido de su hija podría llegar a alcanzar un puesto tan importante dentro de la comunidad. Sin embargo, estaba a punto de lograrlo. Solo le quedaba resolver el problema con su esposa, pero ya había tomado una decisión; puesto que *El Grupo* no admitía divorciados, pero sí viudos, si ella decía que no, él la haría desaparecer.

Capítulo 17

La nota

Llevaba tanto tiempo sin dormir que cayó rendida sin querer. Cuando abrió sus ojos, no supo si habían pasado minutos o varias horas, pero el descanso en brazos de Andreu había sido suficiente para tener la energía necesaria para continuar el día. Lo miró de reojo y observó cómo su angelillo salvador dormía profundamente. Extendió su mano y la puso en su desnudo pecho, justo donde tenía el corazón. Necesitaba sentirlo en su piel porque ya le pertenecía. Al notar el suave roce, el muchacho entreabrió los ojos y la contempló. Ambos sonrieron y se besaron.

—¿Estás comprobando si estoy vivo? —Sonrió.

—Estás tan quieto que me he asustado un poquito. —Puso su cabeza en el fornido busto masculino.

—Suelo dormir así de tranquilo cuando estoy feliz. Es un defecto familiar. —Enterró la nariz en el pelo e inspiró el aroma a frutas que ella emanaba.

—No sé qué hora es y debo marcharme —le confesó mientras lo abrazaba—. Debo hacer varias cosas, entre las cuales se encuentra asesinar a unas amigas.

—¿Y eso? —La atrajo aún más hacia él.

—Ellas han sido las causantes de esto. —Levantó su rostro y besó la barba desaliñada del joven.

—Bueno, puedes agregar a esa lista negra a mi hermano Fidel. Él fue quien me obligó a aceptar el caso.

—Tengo que añadir a muchos, porque seguro que la señora de tu hermano también lo sabía, y los maridos de mis amigas estarán en el ajo, por supuesto.

—Recuérdame que les mande a todos un regalo. —Sonrió y fue a besarla cuando el móvil de ella comenzó a sonar.

—¿Qué quieres, pesada? —respondió Lucía al ver que era Elsa quien realizaba la llamada.

—Lucía, deberías venir al club, ha sucedido algo muy grave y necesito que estés a nuestro lado. —Elsa estaba compungida y eso era extraño en ella. Algo gordo debía haber ocurrido para que su tono de voz sonase con tanto pesar.

—¡Voy para allá! —exclamó Lucía levantándose con rapidez.

—¿Qué sucede? ¿Por qué tienes esa cara? —Andreu se había incorporado con la misma velocidad que ella. La mujer buscaba con desesperación su ropa, había lanzado el móvil por los aires y apenas articulaba una palabra coherente—. ¡Lucía! —gritó al mismo tiempo que la agarraba con fuerza de los brazos y lo hacía mirarlo.

—Algo muy grave ha sucedido. Nunca he escuchado triste a Elsa, y me ha parecido que estaba incluso llorando.

—Bien, te acompaño. No te voy a dejar sola. Sea lo que sea, estaré a tu lado. Me da igual si tenemos un contrato sexual o de compra. No voy a dejarte ni un segundo… —Lucía no lo dejó terminar, lo abrazó con fuerza y le besó.

—Gracias —le dijo mientras repetía el suave toque en sus labios hinchados por las sesiones de pasión.

—Gracias a ti por dejarme estar a tu lado. —Andreu la atrajo hacia él y la agarró de la cintura.

—No sé cómo agradecerte esto.

—No te separes más de mí…

Durante el trayecto hacia el club, ninguno de los dos pudo articular palabra. Lucía contemplaba el exterior con la mirada perdida. No llegaba a comprender la razón por la cual Elsa la podía haber llamado con tanta desesperación. Y Andreu se entristecía cada vez que apartaba los ojos de la carretera para contemplarla y observar en su rostro la tristeza que no podía hacer desaparecer. Aparcó el coche en la parte de atrás del local y apoyó su mano en la rodilla izquierda de su acompañante.

—Estaré, en todo momento, a tu lado.

—Eres un cielo… —susurró mostrando en su rostro una leve sonrisa mientras extendía su mano y tocaba la cara del joven. Él cogió su mano y la besó.

—Vamos, *mon amour*, estoy impaciente por saber qué ha sucedido.

Cuando Andreu salió del coche y caminó hacia la puerta de Lucía para abrírsela, echó un vistazo a su alrededor. El aparcamiento estaba vacío y si no llegaba a ser por la oscuridad que comenzaba a ocultarlo, todo el mundo que pasase a menos de veinte metros de aquel lugar, sabría que andaba por allí. Por un instante se preocupó al imaginar qué repercusión tendría si alguno de los «exquisitos» clientes lo descubriese. Tal vez le hiciesen un consejo de guerra o lo mandaran directamente a la hoguera sin juicio alguno. Pero sus dudas e inquietudes desaparecieron cuando ella cogió su mano para salir del vehículo. Le apretó con fuerza necesitando de él para continuar su labor. La miró con todo el cariño y amor que sentía dentro de sí y suspiró. Ella era todo lo que había esperado y no la dejaría escapar por nada ni nadie en el mundo, y si ya no requerían de sus servicios la primera fuente de inversión de su empresa, buscaría nuevas alternativas.

De pronto, un ruido tras ellos le puso en alerta. Se giró y levantó sus puños para protegerla. Si alguien intentaba dañar a su mujer, primero tendría que pasar por la furia de un hombre encelado.

—¿Lucía? —La voz de Camal apareció tras el enorme portalón de metal.

—Sí, soy yo. Vengo acompañada de Andreu. ¿Qué sucede? —preguntó mientras se dirigían a su encuentro.

—Pasa nena, las chicas están bastante preocupadas por ti. Buenas tardes —le dijo extendiendo la mano hacia el acompañante —. Perdona los modales del otro día, pero en este tipo de club toda seguridad es poca.

—No te preocupes, si fuese mi local yo haría lo mismo —respondió al saludo.

—Lucía, ¿eres tú? —La voz de Elsa apareció al final del inmenso pasillo negro.

—Sí. ¿Me podéis decir qué narices ocurre? ¿Y Silvia? ¿Y Sail? —preguntó sin parar.

—Estoy aquí, reina —contestó Silvia mientras caminaba por el pasillo oscuro—. Sail ha tenido que salir a hacer unas cosillas, pero también está muy bien. —Miró a Elsa y a su marido que la observaban confirmando un secreto entre los tres.

—Estábamos preocupados por ti —dijo al fin Elsa cruzando los brazos y mirando de reojo a Andreu.

—¿Por mí? —Lucía se sorprendió aún más. Ellas sabían dónde se encontraba y por lo que estaban siendo testigos, se imaginarían que en el encuentro hubo más que palabras.

—Sí, por ti. Aunque también está implicado el nuevo miembro familiar —dijo Elsa en tono burlón. Andreu la miró de reojo no entendiendo la ironía de sus palabras, al igual que no sabía por qué no cesaba de dirigir las miradas hacia su pene escondido.

—Podemos entrar al despacho, allí hablaremos con más tranquilidad —dijo Camal en tono protector.

Las amigas rodearon a Lucía y la condujeron hasta el despacho. Los dos hombres las seguían a menos de un metro, parecían los escoltas de las princesas. Faltaba poco para que el club abriese las puertas a los socios, y a pesar de no haber ni un ruido de gemidos o latigazos en la sala, Lucía sentía escalofríos cuando caminaba por allí. Miró de reojo hacia Andreu y le sonrió. Parecía que se había relajado ante lo que observaba. Quizás en algún momento de su

vida se dejaría someter y torturar bajo los enormes juguetes que el club prestaba a sus clientes. Aunque por ahora ninguno de los dos estaba preparado para tanto nivel. Sin embargo, pensar que era atado en la cruz, desnudo y a su merced, comenzó a excitarla.

—¡Nena! —exclamó Elsa al notar la agitación que crecía en su amiga.

—¡Calla! No se puede ocultar nada contigo. —Le dio un suave codazo en el abdomen.

—¡Esta niña quiere marcha! —Sonrió mientras miraba a los chicos de reojo.

Camal y Elsa se carcajearon. Por el contrario, Andreu se quedó muy callado y al acecho de todo lo que hacía sentir emocionada a su mujer. Cuando abrieron la puerta del despacho, Andreu atrapó a Lucía y la puso frente a él.

—¡Tápame! —le susurró.

—¿Qué quieres? —le preguntó en voz baja, tal como lo había hecho él.

—Necesito que cubras la tremenda erección que tengo. —Ella empezó a reír—. No te rías, esto es incómodo.

—Aquí es muy normal sentirse así. Pero… ¿qué estabas pensando?

—En los elefantes del circo… ¿Tú qué piensas? Pues en ti, en toda esa zona que hemos dejado atrás. En las esposas, las cadenas…

—¿Sobre ti? —Lucía se volvió hacia Andreu. Además de tapar su erección quería notarla en su vientre. Quizá sus amigas la perdonarían un ratito para poder relajarlo…

—Pues claro, me he imaginado de todas las maneras posibles.

—¡Por el amor de Dios, Andreu! Me estás haciendo quemar lo que escondo entre mis piernas… —Lucía se restregó en la erección. Andreu casi aulló cuando sintió cómo la cabeza de su pene luchaba por salir por encima del cinturón.

—Eres mi locura… —La agarró de los codos y la atrajo hacia sí para ofrecerle un desesperado beso.

—Uhm, si queréis, puedo unirme a la fiesta. —La voz de Silvia hizo separar con rapidez las apasionadas bocas.

—Por ahora nos iremos conociendo solos. Pero quizá más adelante te dejemos participar —respondió Lucía mientras daba pequeños besos en los carnosos labios de Andreu.

—¿Necesitas algunos minutos de relajación? —siguió hablando Silvia con cierto sarcasmo al observar la erección que intentaba ocultar—. Te noto un pelín excitado esta tarde.

—Creo que mientras Lucía esté a mi lado, este será mi estado normal, si no te importa.

—¡Para nada! Yo no tengo problemas con las excitaciones de los demás. Estoy acostumbrada, es mi trabajo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué tanta intriga? —le preguntó Lucía mientras seguía amarrada al cuerpo de su amante.

—Necesitábamos que estuvieras aquí con nosotros, a salvo…

—¿A salvo? ¿De qué? Estaba en la oficina de Andreu cuando recibí vuestra llamada. La verdad es que la voz de Elsa no sonaba como siempre. —Dirigió la mirada hacia ella. Estaba sentada en uno de los sillones del despacho, ataviada con un elegante corpiño negro y una escueta falda que la hacían irresistible.

—Debía de estarlo, pequeña. —Silvia se acercó hacia Lucía. En la mano llevaba unos papeles. Andreu, que estaba tras de ella, se irguió como si supiese de qué se trataba—. Mientras que estabas con él en su despacho, nos llegaron por *mail* estas fotos. —Se las mostró.

Lucía podía haberse caído hacia atrás si no llega a ser porque Andreu la sujetaba. Él se había hecho una idea de lo que podían mostrar las fotografías, así que miró de reojo a Silvia y ella asintió con la cabeza.

—Son tuyas, con él…

—¿En la oficina? —Lucía las empezó a ojear. Sus manos le temblaban con tanta fuerza que no era capaz de mantenerlas rectas —. ¿Quién ha podido hacerme esto? —gritó desesperada mirando a todos los que estaban a su alrededor.

—Fuera de todo contexto, daré mi opinión. La calidad de la imagen es buena y los modelos son espectaculares, podríamos colocarlas dentro del club. Sobre todo, me gusta esta —cogió una en la que Lucía mordía los pezones a Andreu—. Por tu expresión puedo alegar que te lo estabas pasando muy bien. —Le guiñó al hombre.

—La verdad es que me lo estaba pasando genial, esos dientes son peligrosos cuando dicen de morder —respondió el joven mientras abrazaba a Lucía y miraba las instantáneas.

—¿Tenéis una idea de quién ha podido ser? Estas imágenes son bastante comprometidas para Lucía. El abogado de su marido puede alegar infidelidad entre otras muchas más cosas y podemos llegar a perder el caso. El adulterio está muy mal visto en una madre que reclama la custodia de sus hijos.

—Esto no me puede estar pasando a mí… —murmuró Lucía mientras sus piernas no cesaban de temblar.

—Mandaron una nota. —Camal extendió el papel hacia Lucía y golpeando el hombro del hombre le comentó—: Ahora es el momento de saber dónde te encuentras tú.

Lucía comenzó a leer:

«Malditas hijas de puta, aquí tenéis lo que siempre habéis querido, una zorra más para vuestro club. Estaréis muy orgullosas con la cosecha porque está disfrutando, y además se la folla uno de los mejores abogados de la ciudad. Es decir, que también es de lujo. Años bajo mi regazo, cuidándola como la señora que tenía que ser, y ahora resulta que es una puta, pero con gusto… ¡Arderéis en el infierno! Y esa zorra no volverá a ver a sus hijos nunca más, ¡antes los mato yo con mis propias manos!».

Las manos de Lucía temblaban según leía. Esto era lo último que se esperaba de su marido, la amenazaba con la muerte de sus hijos. Dejó caer la nota y justo en ese mismo instante, ella perdió las fuerzas y comenzó a tambalearse. Andreu la atrapó con fuerza y,

aferrada a sus brazos, la condujo hasta uno de los sillones que estaban vacíos.

—No le dejaré hacer nada. Mientras que permanezcas a mi lado y tú lo veas conveniente, trataré a tus hijos como míos, así que como comprenderás, no le voy a dejar hacer nada para que nos los arrebate. Los quiero gritando y correteando junto a nosotros. ¿Me has entendido, *mon amour*?

—¡Oh, Andreu! ¡Ayúdame, por favor! —le imploró mientras le abrazaba con fuerza y dejaba caer sus lágrimas sobre la camisa del hombre—. No dejes que les haga daño a mis hijos, ¡ellos lo son todo para mí!

—Te prometo que voy a luchar con todas mis fuerzas para que ese cretino no se salga ni una vez más con la suya. —Andreu agarró el tembloroso cuerpo femenino con fuerza y besó con suavidad su cabello—. ¿Quién de nosotros está vigilando a los niños? —preguntó a Silvia.

—Eres más listo de lo que pensaba, abogado —sonrió con satisfacción la mujer—, Sail se marchó hace un rato hacia la residencia de los padres de Lucía y ha confirmado que los pequeños están allí.

—¿Alguna visita inesperada? —interrogó con sarcasmo.

—Se nota que no conoces a Jorge. Es un payaso y un cobarde. No creas que asaltará la casa en busca de sus hijos y mucho menos solo. Es más bien de ese tipo de ratas que esperan en la calle a que sus presas estén indefensas y en ese momento actúan. —Apretó con fuerza sus puños y miró de reojo a Lucía, quien parecía calmarse bajo los brazos del joven—. Sail ha dicho que si todo sale como espera, y casi nunca falla, irá con alguien a casa o… los atrapará cuando se dirijan al colegio.

—¿Crees que le voy a dar tiempo a ese imbécil para que los rapte? —Acarició el cabello de Lucía que todavía estaba inmovilizada por el *shock*.

—Estás demasiado seguro de conseguir tu objetivo, Andreu. Y de verdad, no sabes dónde te metes. El futuro exmarido de Lucía es un

poderoso miembro…

—De una asamblea en la que están asociados toda la gente influyente de esta ciudad, ¿verdad? —interrumpió la frase.

—¡Sí, en efecto! ¿Cómo lo sabes? —exclamó Silvia sorprendida.

—Mi padre fue uno de ellos. Durante mis paseos en la oficina cuando él la dirigía, pude conocer a varios miembros fundadores. Se hacen llamar de las hijas de los miembros, aunque tuviese relaciones con mi madre, opción que mi padre desestimó en el acto. Tuvo que escaparse con su esposa y vivir alejados de esta ciudad. Pero cuando me tuvo y ya nadie podía interrumpir el matrimonio, puesto que había descendencia, regresó a su hogar. Durante un tiempo nadie le dirigió la palabra, es más, se le hizo un vacío para que ninguna persona fuese al bufete y así terminar en la miseria como ellos ya habían dispuesto. Sin embargo, el destino fue caprichoso y un día necesitaron su ayuda. El presidente hizo algo bastante gordo y acudió a él para que le «salvase el culo». Mi padre no les cobró el servicio, prefería que ellos permanecieran endeudados con él por si algún día necesitaba recurrir a su poder. Imagino que pensó en utilizar ese favor para hacernos socios a nosotros y mantener el puesto que perdió por amor.

—¡Son una panda de estirados castrados! Desde que abrimos el local han intentado cerrarlo más de veinte veces. Según ellos, es un «antro de perversiones» y no se han parado a pensar que este «antro» vive de las generosas aportaciones que hacen sus vástagos, hijos que necesitan ser domados y castigados para liberarse de las atrocidades que ven realizar a sus padres —gritaba Silvia mientras daba vueltas por la oficina y pisaba con fuerza el suelo.

—Bueno, son una gente bastante especial, Silvia. Como te he contado, a mi padre, uno de los mejores abogados, lo expulsaron porque se casó con una mujer de un estatus social inferior. Entre sus objetivos principales está limpiar la impureza moral que hoy en día se está viviendo, así que no me extraña que tu club sea el principal objetivo a derribar.

—¡Los ponía a todos en fila con el culo en pompa y los follaba con el arnés! Seguro que luego se quedarían muy relajaditos y no tendrían esa cara de estirados que soportan día a día. —Silvia se acarició despacio su rostro. Por la sonrisa que mostraba, estaba imaginándose lo que comentaba.

—Creo que más de uno necesitaría de ese «servicio». Sobre todo el capullo con el que está casada Lucía.

Ella permanecía atónita ante la exposición que había hecho Andreu. Él sabía más sobre los tejemanejes de su esposo que ella misma. «Cuando mi padre se entere de todo esto, se quedará helado», pensó.

—Elsa, es Sail. —Camal le ofreció el teléfono alterando la tranquilidad que se había formado en el ambiente.

—Dime. Sí, sí, ajá, claro. ¿Y se fue? ¿Cuándo? Bien, gracias cariño, creo que tienes razón. Lo cuento y que opinen. Ten cuidado, que si te pasa algo, me muero.

—¿Qué ocurre? —Lucía se apartó de Andreu y se incorporó del sillón.

—Mirad, ha estado Jorge en la casa de los padres de Lucía. Llevaba el coche familiar, seguro que con la esperanza de llevarse a los niños. Pero tu padre —le dirigió la mirada a Lucía— no se los ha dado. Sail dice que deberíamos irnos para allá. Creo que lo más prudente es que vayáis vosotros dos, si vamos nosotras, podemos alterar el ambiente y ya sabes que tu padre no nos acepta de muy buen grado. Aunque, no sé por qué, pienso que es dominante, quizás eso explicase nuestros desencuentros. En fin, sin tontería ni coñas, que mi marido estará allí por si vuelve y necesitáis la fuerza bruta. Eso sí, mandádmelo cuando no os sirva, que tengo la cama helada sin él.

—Es raro que mi padre no le haya dado a Jorge los niños. ¿Sospechará algo?

—Tu padre es algo terco, pero no tonto. Aunque creo que más bien ha sido tu madre la que lo ha puesto al corriente de todo. Una sumisa es incapaz de ocultarle algo a su dueño —comentó Elsa.

—No vayas por esa dirección, mis padres no tienen ni idea de lo que es el BDSM —expuso Lucía con inocencia—. Mi madre le habrá contado que me golpeó y, como es lógico, mi padre habrá actuado tal como es… dominante —susurró para sí esta última palabra.

—Si te parece bien, le llamas mientras nos dirigimos a tu casa. —Se aferró a su cintura y besó su mejilla haciéndola despertar de una extraña y repentina abstracción mental—. De esa forma le indicas que vas acompañada de tu abogado.

—¿Crees que será conveniente? —Lucía se entristeció. No deseaba alejarse de su lado, pero el viejo corazón de su padre podía darles un disgusto si se presentaba con el origen del problema.

—No voy a dejarte sola ni un instante. Cada vez que te gires, estaré a tu lado. Cada vez que respires, yo espiraré contigo…

—¡Oh! ¡Qué bonito es el amor! —exclamó Silvia—, Camal, no entiendo por qué eres incapaz de susurrarme esas cosas mientras follamos, ya sabes, por cambiar ese aullido animal que te sale por la boca cuando llegas al orgasmo. —Se giró hacia su esposo y presionó su dedo en el duro esternón del hombre.

—¡Oh, nena! Soy incapaz de pensar cuando tengo mi sexo dentro de ti, y mucho menos de soltar esa cursilería. Me convierto en una bestia hambrienta de coño caliente. —Levantó varias veces sus casi invisibles cejas y agarró con suavidad la mano femenina que presionaba su fornido cuerpo, la bajó hacia su cintura y Silvia pudo advertir que su marido ya estaba listo para empotrarla donde pillase, así que más valía que todos los que merodeaban en la sala terminaran por abandonarla lo antes posible o verían sobre los suelos y el sofá una bonita escena de *Sodoma y Gomorra*.

—Relájate un poquito, cuando se marchen te calmaré esa excitación que noto entre tus piernas —susurró con avidez de deseo.

—Pues échalos ya o te bajo los pantalones y te follo delante de todos —cuchicheó mientras mordía su cuello. Camal era un loco por el vampirismo, se corría con tan solo presionar sus dientes en la suave piel de su mujer.

—Si no os importa —interrumpió Lucía—, me llevo a Andreu de este calenturiento lugar. Creo que será lo mejor antes de que nos pongamos todos a follar como conejos. Os avisaré tan pronto como descubra algo.

—Es una pena que no participéis —dijo Elsa sentándose sobre el sillón negro de piel—. Nunca hemos sido más de cuatro.

—Danos tiempo —comentó Andreu mientras atrapaba de la cintura a Lucía y la llevaba fuera de la oficina.

—¿Tiempo? —preguntó extrañada la mujer.

—¿Qué le iba a decir? Encima que nos invita… —Ella le tiró un pellizco en su vientre y continuaron con su objetivo, llegar a la casa de los padres de Lucía antes de que volviera Jorge.

Capítulo 18

Sexo delicioso

Silvia todavía estaba atrapada entre los brazos de su esposo y balanceaba sus pecadoras caderas sobre la erección, la cual, crecía por segundos hasta un tamaño inimaginable. La verdad era que después de tanto estrés un poco de sexo no le vendría mal. Los ojos de Camal estaban llenos de deseo y el roce de sus manos sobre su cuerpo era una deliciosa oda a la locura. Ella abrió un poco más las piernas dejándole espacio para que él pudiera colocar las suyas entre ellas. Un inocente acto que se convirtió en una locura erótica, porque el marido subió la rodilla izquierda hasta su necesitado sexo y comenzó a frotarla sin cesar, haciéndole palpitar la perlita hinchada.

—Creo que esta noche tenemos una nena muy caliente… —le susurró Camal.

—¿Solo esta noche? —le respondió con una gran sonrisa.

—No me refería a ti, me refería a ella… —Hizo un leve movimiento con la cabeza para indicarle hacia dónde debía mirar.

Elsa estaba sentada en su sillón. La escena que observaba entre sus amigos la tenía muy excitada y agitada. Mientras que la feliz pareja comenzaba el precalentamiento sexual, ella tenía la sangre hirviendo y su sexo preparado para ser invadida. Sin embargo, solo

se dedicó a mirar y a satisfacerse sola. Su marido era muy celoso de lo suyo. Le dejaba mantener relaciones con otras mujeres, participase él o no, pero le tenía totalmente prohibido estar con otro hombre que no fuera él.

—¿Estás caliente? —le preguntó Silvia mientras lamía el cuello de su marido y levantaba la camisa para dejar al descubierto el torso que la hacía volverse caníbal.

—¿Tú qué crees? Estás gozando de tu marido y yo aquí… solita. —Seguía acariciándose.

—¿Quieres unirte? Seguro que a mí esposo no le importará, y si Sail se siente desplazado, le haremos un hueco otro día —Camal gruñó, esa idea no le hizo gracia. Tanto él como su hermano daban rienda suelta a sus mujeres cuando se trataba de relaciones con otras féminas, sin embargo, tenían muy claro que el único pene de carne que follaba a su mujer era el suyo.

—Prefiero mirar. Por ahora me satisfago bien.

—Como desees… ¡Camal! ¡Serás bastardo! —Silvia no pudo alegar nada más. En represalia a lo que había insinuado, su marido metió dos enormes dedos entre sus piernas y la penetró con fuerza sin avisar.

—¿Dos o tres? —susurró el esposo. Al no tener respuesta inmediata lo hizo él—. Bien, hoy decido yo. Mejor tres, ¿verdad?

Ella agarraba con fuerza los hombros de su esposo. Las uñas se clavaron en la dura y chocolatada piel. Necesitaba amarrarse con todas sus fuerzas al cuerpo masculino porque el brusco balanceo la desequilibraba tanto que podía caer al suelo. Su marido se convertía en una gran bestia cuando adquiría el control y no conseguía tener ni una pincelada de benevolencia hacia ella. Y esa forma de tomarla la volvía tan loca que antes de que pudiera terminar las convulsiones de su primer orgasmo, llegaban las primeras del segundo.

—¡Más! ¡Quiero más! —exigía Silvia al sentir el placer recorrer su cuerpo.

—Por supuesto. Lo que desee mi mujer es una orden para mí.

Camal quitó la mano de entre las piernas, la colocó junto con la otra, en las caderas, y comenzó a arrodillarse. Echó un vistazo hacia Elsa. Estaba con la mano dentro de la ropa. Por la expresión de su rostro supo que se penetraba con suavidad. La sensación de control que tenía sobre las dos mujeres le llevó a un frenesí enloquecedor. Regresó su mirada hacia Silvia y observó en sus ojos el deseo más erótico que jamás hubiese encontrado. Esperaba con ansiedad el siguiente paso. Con rapidez, bajó la pequeña falda y arrancó el fino tanga que, segundos antes, había apartado hacia un lado para masturbarla. Le encantaba que su esposa llevase aquel tipo de prendas, le facilitaban el camino cuando, en el momento que fuese, en el lugar que le diera la gana, quisiera penetrarla hasta dejarla afónica.

—¡Mierda! —exclamó con la diminuta prenda en su mano—. Debería haberla utilizado antes de arrancarla. Me divierte frotarla en ese coño húmedo que tienes…

Tras el suave quejido de Silvia, le arqueó las caderas hacia él y metió su boca dentro del cálido y chorreante sexo. Le deleitaba lamerla, saborearla, olerla, porque no había nada más perfecto que comer su miel y oler su aroma a deseo. Un monstruoso gruñido salió de la boca del hombre al sentir en sus papilas la ardiente impregnación femenina. Apartó con suavidad los labios vaginales y empezó a introducir su sin hueso traviesa. Silvia comenzó a perder la estabilidad. Buscaba con la mirada un punto donde apoyar sus agitadas manos, pero la niebla que apareció en sus ojos le hizo no hallar nada cercano. De pronto, un calor apareció entre sus muslos, Camal había abandonado el sexo para lamer la miel que tenía entre las piernas.

—¿Ya? —preguntó asombrada. Le había sabido a poco.

—¡Ni de coña! —La cogió en brazos y la llevó al sillón que estaba cerca de la espectadora excitada. Si se mantenía cerca de Elsa, la haría participar en el aquelarre siempre sin romper la norma que ambos hermanos poseían.

Silvia cayó con los brazos hacia arriba y las piernas estiradas. Camal recorrió con las grandes y anchas palmas las delgadas piernas de su mujer. De repente, una mano tocó el hombro del hombre. Era Elsa que parecía unirse a la fiesta. Él frunció el ceño porque no deseaba tener problemas con su hermano. Entonces, la mujer le dio un beso en la mejilla y sonrió.

—Solo con ella… —murmuró sin voz presa de la excitación. El hombre asintió.

Cogió la mano femenina y la condujo hacia el sexo de su mujer.

—Dale lo que se merece mientras me despojo de mis ropas —dijo con una voz ronca.

Y así lo hizo. Se arrodilló y comenzó a masturbarla sin parar. Silvia gemía de placer al contemplar la escena. Para ella era todo un frenesí estar entre las caricias de las personas que más amaba y necesitaba en el mundo.

—Quiero saborearla —dijo Elsa a Camal. Y este, con una sonrisa, le dio su permiso.

Atrapó las rodillas de la mujer y se las abrió con suavidad. Le gustaba deleitarse mirando el sexo húmedo y palpitante de su amante. Agachó la cabeza y se metió donde quería estar. Rozando los labios hinchados y bebiendo de la miel que ella expulsaba sin parar. De repente, los gemidos de Silvia se quedaron mudos ante un fuerte aullido gutural que salió despedido de la garganta del hombre. Se estaba masturbando ante la escena que estaba presenciando. Echó la cabeza hacia atrás, la hizo golpear en la pared al ritmo de sus caricias en su sexo. Miró fijamente a su mujer y gritó al eyacular en su mano. Su cuerpo se movía sin control. Su rostro mostraba dolor, placer, deseo… mordió sus labios y sonrió con malicia.

—¿Tienes el coño bien comido? —Se acercó hacia su esposa y le apartó el pelo despeinado.

—Tu hermano me castigará por esto —susurró Elsa levantando por un instante su rostro del sexo de Silvia.

—No tiene por qué. En ningún momento voy a tocarte y ya sabes que no te deseo, pero sí que me excita verte con mi mujer. Y ahora ella me va a hacer más feliz. —Agachó su cabeza y le dio un beso en los labios.

Silvia asintió como pudo. Sabía a la perfección qué es lo que pretendía hacer su marido. Abrió su boca y lo recibió tal como se merecía. Primero lo acarició con su lengua y poco después lo introdujo en su hirviente morro. Sonrió cuando observó que su esposo echaba la cabeza hacia atrás y comenzaba a temblar de gusto. Volvería a explotar si seguía de aquel modo.

—Qué bien lo haces, *ma vie* —exclamó Camal entre jadeos y acariciando con sus dedos el rostro húmedo de su esposa—. Eres tan buena que me harás correrme pronto. El hombre se retiró como pudo del amarre con su mujer. Ella se había vuelto tan demente que no le dejaba retirarse y este no quería correrse todavía. A pesar de la pequeña queja de Silvia, se alejó de ellas y caminó desnudo hasta la mesa. Buscó entre los cajones algo con hincapié y se giró para mostrarles lo que tenía en sus manos.

—Creo que este es el tamaño de tu marido. —Sonrió levantando uno de los consoladores que guardaban allí.

Elsa asintió y comenzó a retirarse de entre las piernas de Silvia. No le hizo ninguna gracia pensar que ya debía de abandonarla, pero mientras que su esposo estuviese presente, debía acatar las normas que él imponía. Una vez que se encontraban las dos solas… la cosa cambiaba.

—¡Toma! —Se lo puso en las manos—. Termina como puedas…

—Sail no quiere que me folle otro hombre, pero no le importa que lo haga una mujer —dijo mientras se bajaba los pantalones.

—¿Qué propones? —Camal sonrió y agarró su pene con fuerza. La insinuación de la mujer lo había descontrolado y comenzaba a expulsar gotitas de semen.

—Que me masturbe con la boca mientras tú la bombeas con ese tremendo sexo. —Levantó las cejas.

—¡Sí! —exclamó Silvia entusiasmada.

—Los deseos de ella, son órdenes para mí. Si lo ve bien, yo también. —Sonrió.

Silvia se incorporó del sofá y cogió la mano de la mujer para dirigirla hacia el lugar donde ella había yacido. La colocó hacia arriba y levantó sus piernas dejando el sexo brillante para ser devorado. Camal volvió a gritar, estaba poseído por el deseo y la locura de sentir pronto un sexo caliente. La esposa se arrodilló y bajó su boca hacia la vagina llorona de Elsa. Sacó la lengua y empezó a saborear su manjar. Mientras Elsa se dejaba comer y su cuerpo se envolvía en el baile del erotismo, el hombre se acercó por detrás de la mujer y levantó con suavidad las caderas para facilitar la entrada de su polla. Pero cuando la iba a penetrar se paró, agachó la cabeza y mordió los labios hinchados que sobresalían de entre las piernas. Silvia alzó la cabeza y chilló de gusto. Miró de reojo a su marido y sintió que el amor hacia él crecía todavía más. Estaba dispuesta a renegar de todo por tenerlo a su lado. Frunció despacio el ceño al recordar que casi lo perdió cuando le dispararon en la puerta, pero como era un gran macho, digno del linaje del que procedía, sobrevivió.

—Rico, rico. Mejor que un buen vino… —musitó el hombre al levantar la cabeza y mostrar a su compañera los enormes colmillos blancos.

—Estoy segura que me has hecho dos agujeros —jadeó Silvia.

—Te pondré dos bonitos aros de oro, así podré tirar de ellos a mi antojo. —Volvió a sonreír y le dio un gran palmetazo en el glúteo—. Ahora mete esa cabeza entre las piernas, que yo te voy a transportar a la luna.

Camal no tuvo miramientos, dejó abierta la bendita puerta vaginal y conduciendo con la mano su polla, la invadió con fuerza. Los tres gritaron por el éxtasis. El hombre dirigía a las dos con sus movimientos. Una de las manos de su esposa acompañó a las caricias de la lengua que ofrecía a su amiga. Si ella llegaba, intentaría que lo hicieran todos. Él separaba y acercaba la pelvis haciendo que las fricciones enloquecieran a los tres.

—¡Correos! —vociferó desesperado—. ¡Vamos, nena, córrete conmigo! —comentó el marido mientras clavaba sus colmillos sobre la espalda femenina.

—¡Sí! —aulló Elsa que se llevaba las manos a los descubiertos pezones y los presionaba con fuerza mientras la lengua traviesa hacía su cometido: conducirla hasta el orgasmo.

Y rodeados de gemidos, sudor y olor a sexo, los tres consiguieron satisfacerse. La primera en salir de la sala fue Elsa, dejando solos al matrimonio.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —La lengua de Camal recorría la piel de su esposa.

—No tanto como yo. —Se incorporó a pesar del peso desplomado sobre ella, y llevó sus manos hacia el precioso rostro de su marido, lo atrapó con cariño y besó sus exquisitos labios rojos.

Capítulo 19

El deseo de un bastardo

«¡Esto es inaudito!», pensó Jorge mientras observaba las fotos que tenía entre sus manos. Por mucho que las miraba no podía comprender que Lucía estuviese follando con otra persona que no fuera él. «Y la muy golfa tiene que liarse con él, precisamente con él». Golpeó con fuerza la mesa y dejó que todo cayese al suelo. La conversación que tuvo con Carlos Sandoval sobre una posible reconciliación se quedó aparcada. Él no podía perdonar la infidelidad de una mujer y mucho menos albergando la posibilidad de que, en algún momento de su vida alguien descubriese ese adulterio y se mofaran a su costa. Tenía que ir a por todas. Imaginó que *El Grupo* sopesaría su inocencia y dejarían a un lado la norma de no ascender a los divorciados. Debía de explicarles que él tan solo era la víctima, y eso fue lo que quiso hacer con el padre de Lucía. En primer lugar, le informó de lo ocurrido a través de una segunda llamada de teléfono en la cual le informaba sobre las imágenes que confirmaban lo hablado con anterioridad. «Tu hija pasó de un consolador de plástico a una polla con patas», se mofó en la conversación. Pero como el anciano no creyó ni una de sus palabras tuvo que aparecer en la mansión y portar en sus manos las pruebas del delito. Jorge sonrió al ver la cara del hombre cuando contempló dichas fotos. «Ha merecido todo el tiempo de espera y la desgraciada lluvia para poder

contemplar la cara de la derrota. Muere, cabrón, y dame ya de una puta vez todo esto que es mío», meditaba Jorge al ver cómo el anciano se tambaleaba de un lado a otro por la impresión que había tenido.

—¿Te das cuenta de que todo lo que te he dicho es verdad? —inquirió sin ser capaz de tenderle una mano para ayudarlo.

—Hoy día, nada es lo que parece —respondió Carlos apoyando las dos manos sobre la mesa e intentando así no caer.

—¿Crees que las he manipulado? ¿De verdad que lo crees? —Levantó las cejas y arrugó la frente mientras que alzaba una y otra vez las fotos que presionaba en su mano.

—Tan solo digo que necesito hablar con mi hija para tener también su opinión. —Tomó aire y comenzó a controlar su ansiedad.

—¡Lógico! ¿Cómo he llegado a pensar que estarías de mi lado? Es tu hija y tiene tu sangre…

—¿Qué estás insinuando, Jorge? —Giró la cabeza para clavar su mirada en el alterado hombre.

—Que de tal palo, tal astilla, suegro. —Caminó sin mirar atrás y cerró la puerta de un portazo.

Se fue de allí sin conseguir su propósito, llevarse consigo a sus hijos. Sin embargo, había logrado algo que jamás pensó hacer, destruir a su suegro. Por primera vez lo había visto abatido y hundido y eso le agradó tanto que estaba loco de emoción. Aunque seguía aferrado a su primer propósito, hacer que la mujer se hundiera en la miseria para él poder alcanzar la superioridad social soñada. En la puerta de la casa de los ancianos, Jorge se acarició la barba y miró al cielo. Todavía no había logrado nada puesto que, si alguien descubría que había dañado a su todavía esposa, podría ser expulsado sin más. «No te alteres —se dijo—. Los hematomas se habrán borrado y ella no te ha denunciado, con lo cual sigues teniendo una oportunidad», continuaba pensando mientras se acercaba al coche. De repente, una sonrisa se dibujó en su cara. Cogió el móvil y llamó a la única persona que podría ayudarlo en aquel momento.

—¿Dígame? —contestó una voz ronca.

—Buenos días, señor. Soy Jorge…

—¿Jorge? —interrumpió el presidente de la asociación clandestina.

—Sí, señor, soy yo. Necesito contarle lo que me ha sucedido y que *El Grupo* me ayude.

—¿Qué ocurre? ¿Algo marcha mal? —El presidente se reclinó sobre su asiento. Jorge nunca había pedido nada al *Grupo* desde que su padre lo introdujo. Así que debía de tratarse de un caso importante para él. Quizá tan solo era preguntar sobre su posible nombramiento, aunque le parecía bastante extraño.

—Siento molestarle, pero necesito ayuda en un tema peliagudo. —Tomó aire y, tras el silencio del hombre, continuó—: Mi esposa, bueno, mi futura exmujer me ha engañado con otro hombre. —Jorge puso tono de marido compungido. Tenía que camelarse al anciano para que este le ayudase sin hacer ningún tipo de conjeturas.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Tienes pruebas de ello? No quiero que pienses que se trata de morbo, pero necesito más detalles, hijo.

—Mi mujer ha estado muy rara últimamente, más desde su último cumpleaños. —Abrió la puerta de su coche y se introdujo en él para poder charlar con tranquilidad.

—Sí, todos recordamos el momento en el que llegó a tu oficina. —El hombre esbozó una sonrisa pícara al recordar la silueta erótica de la mujer. Siempre la había visto enfundada en prendas muy propias de una esposa y le llamó la atención el cambio tan radical que había tomado.

—¡Ahí lo tiene, señor! Eso fue el colofón a una etapa de disgustos. Últimamente andaba abstraída, despistada, desagradecida, pero lo más importante es que había desatendido la labor de madre. Tuve que hacerme cargo de mis hijos porque no eran cuidados adecuadamente.

—Lo siento, de verdad que lo siento. Una mujer debe crecer como madre y esposa —afirmó con rotundidad.

—Entiende, entonces, que me pusiera a indagar sobre lo que mi esposa hacía cuando no estaba cerca. Debía de hallar la razón por la cual actuaba de esa manera. No solo por ella, sino también por la paz que, hasta ese instante, había llenado nuestro dulce y querido hogar.

—La mejor forma de solucionar un problema es buscar la raíz de este y luchar contra él —reflexionó con suavidad.

—Pero lo que descubrí no fue de mi agrado, señor. En una de las ocasiones en las que la seguí, la encontré en brazos de otro hombre, desnudos y haciendo el amor. —La bomba ya había sido expuesta. Un caso de infidelidad era motivo suficiente para que todo el mundo lo apoyase sin medida—. Les hice unas fotografías —musitó con falsa pena.

—¿Hizo usted fotos a su mujer mientras le era infiel con otro hombre? —El presidente no salía de su asombro. No se imaginaba la frialdad que podía tener el muchacho. Si hubiese estado en su lugar no habría sido capaz de tomar ni una sola imagen del acto, más bien habría interrumpido la escena y los habría matado en el acto. En efecto, tal como todos los demás comentaban, era un miembro prometedor, puesto que su frialdad y cordura le vendría muy bien al *Grupo* para no dejarse llevar por falsos sentimientos y luchar por lo que en verdad interesaba, su propagación social.

—Sí, señor. Les hice fotos mientras mi mujer sucumbía al placer que le regalaba el otro hombre. —Emitió unos fingidos sollozos dándole a entender que se sentía consternado ante la situación que estaba viviendo.

—¿Qué necesita de nosotros, hijo? —El anciano alargó la mano y atrapó una cajetilla de tabaco. Su mente recordó el escándalo que podía haber provocado en la alta sociedad su inversión en los clubs de alterne. Sin embargo, todo fue zanjado gracias al abogado en quien había confiado. Un antiguo miembro del *Grupo* al que no solo le debía su dignidad, sino también su inmaculada y venerable vida.

—Yo solo quiero a mis hijos, señor. Necesito tenerlos cerca. La educación que esa mujer puede ofrecerles no es la que deben

seguir… ¡No es buen ejemplo para ellos!

—¿Dónde están ahora los niños? —Inhaló el humo del cigarrillo.

—Están en la casa del padre de mi mujer… perdón, exmujer. ¡Todavía no me acostumbro a esta pena! —exclamó con consternación.

—Bueno, no se preocupe. Reuniré al *Grupo* con carácter de urgencia y marcharemos hacia la casa de Carlos Sandoval en breve. Hablaremos con él y le haremos entrar en razón. Esos chiquillos no deben estar en manos de una libertina…

—Gracias, señor. Le estoy muy agradecido. Siento mucho recurrir a su ayuda, pero no sabía a quién dirigirme en estos momentos. Esto es lo peor que me podía pasar a las puertas de mi nombramiento.

—No se preocupe por ello, lo haremos de tal manera que su reputación no se verá dañada, para eso estamos en *El Grupo*. Si los demás no son capaces de ver lo que nosotros vemos, serán castigados.

—Gracias, señor, mil gracias. —Una maliciosa sonrisa apareció en su rostro. Teniendo a los miembros de su lado, la suerte estaba echada.

—Nos vemos en dos horas en la casa de Carlos —terminó la conversación el presidente.

—Allí estaré, señor.

Capítulo 20

¡Mío!

Lucía no había abierto la boca durante el camino, se pasó todo el trayecto mirando a través del cristal y suspirando. Andreu se moría cada vez que escuchaba esbozar un lamento de su boca. Se sentía culpable de lo que había sucedido. Si hubiese pensado que desde el edificio próximo alguien estaría haciendo fotos de su idílico encuentro, habría saltado por la ventana para degollarlo. Sin embargo, no presintió nada. ¿Quién iba a pensar una locura como esa? Nadie salvo un ruin y bastardo hijo de puta. Recordó la cara que puso ella cuando observó las fotos. Pudo notar cómo se le rompía el corazón en mil pedazos. Pero juró que el cerdo pagaría por su proeza.

—¿Qué piensas? —Lucía observó el enfurecimiento en el rostro de Andreu.

—¿Sinceramente? —Ella asintió—. Que mataré a tu marido en cuanto tenga una mínima posibilidad.

—¡Bobo! —Lucía golpeó despacio la rodilla del hombre provocando con el roce un estado de excitación y lujuria.

—¡No me toques! ¡Por Dios! Que no quiero aparecer en tu casa con esta condición… ¿Acaso no te das cuenta que me excitas con tan solo mirarme? —Sonrió.

—¡Ja, ja, ja! —carcajeó.

—¿No te lo crees? ¡Mira! —Levantó un poco su cadera—. Ya está preparada para ti. Ahora debo pensar en casos que no he resuelto para bajar la inflamación. —Tomó aire y le dijo con dulzura—: Sé que es difícil de comprender, Lucía. Soy el primero que no lo hace, pero desde que te vi en el restaurante creo que estoy enamorado de ti. He hecho locuras que ni yo mismo las explico: Te seguí con el coche cuando te marchaste del restaurante, luego entré en el club tras tus pasos; Cuando huiste despavorida, me encerré en mi piso para no parar de beber…

—Pero ahora estoy aquí, contigo. Y te prometo que no saldré huyendo por temor a lo que siento. —Se acercó e inclinó su cabeza sobre el hombro masculino.

—Pensé que jamás volvería a verte y me volví loco. —Posó su barbilla sobre el pelo oscuro de Lucía e inspiró con fuerza.

—Yo también pensé perder la cordura cuando te vi entrar en el club desnudo, perdido, solo. Aunque creo que más bien serían celos, porque tuve unas ganas enormes de tirar de los pelos a todas las amas que se te acercaron.

—Yo solo recuerdo el vaivén de unas caderas acercándose. —Besó el cabello.

—Creo que desde ese instante sentí que eras mío y que nadie debía tocarte, salvo yo. No lo entiendo ni lo quiero comprender, pero es así. Te necesito y deseo que formes parte de mi vida, con o sin contrato sexual.

—¡Ven aquí! —Pasó un brazo protector sobre el hombro de la mujer y la atrajo aún más a él—. ¿Te he dicho que te pertenezco y que no quiero estar con nadie, salvo contigo? Es por si no te ha quedado claro, te lo repito las veces que haga falta.

—Alguna vez que otra te lo he escuchado. —Besó la mejilla de su hombre.

—Bien, pues aclarado el tema de que vamos a estar siempre juntos, arreglemos ahora el problema de tu estúpido exmarido, y

luego, cuando los niños estén viviendo en su nuevo y confortable hogar…

—¿Nuevo hogar? —Lucía interrumpió la frase asombrada y alzó la mirada para ver con claridad a Andreu.

—Había pensado llevaros a mi casa. No es gran cosa, pero en el ático podemos convivir bastante bien. Cuatro dormitorios, una espectacular terraza con vistas hacia el interior de la ciudad y a la montaña. —El joven mostraba en sus ojos la ilusión y alegría de comenzar con ella algo nuevo, algo que jamás había pensado tener, una familia a la que adorar y cuidar—. Aunque la sorpresa más atractiva de mi casa está en el cuarto de baño. —Arqueó varias veces las cejas—. Tengo un inmenso espejo…

—¿En la bañera? —Lucía empezó a acariciar con sus dedos el pecho del joven.

—Sí, ahí mismo. Ya la utilizaremos las veces que desees, pero ahora deja de tocarme, por favor.

—¿Por? ¿No te gusta? —preguntó asombrada.

—No es eso, *mon amour*, es justo lo contrario. Me gustas tanto que ya me has vuelto a poner a punto… —Inspiró con profundidad para mantener el control sobre lo que ya no lo tenía.

—Te prometo que aliviaré todas tus necesidades cuando esto termine. —Lucía le abrió unos botones de la camisa y acarició el pecho de su amante con la lengua.

—No voy a poder esperar tanto —susurró.

—Lo sé…

Capítulo 21

Pero...

El señor Carlos Sandoval estaba como loco dando vueltas por toda la casa. La cajetilla de tabaco había volado en menos de dos horas y llevaba más de una década sin fumar. La noticia de la deshonra de su hija no se la esperaba. Las fotos aparecían una y otra vez en su retina. No entendía cómo su princesita había caído en el mundo de la perversión si él había luchado con uñas y dientes para que no sucediera. Sin lugar a dudas era hija suya, pero era una mujer y no estaba bien visto que ellas tuviesen más apetito sexual que ellos. Podía llegar a comprender su desconsuelo o su insatisfacción, pero siempre albergó la esperanza de que fuese inteligente, y aquel acto le gritaba que era todo lo contrario. «Esto tiene que ser un trastorno esporádico —se decía una y otra vez para calmarse—. Este bastardo es tan egoísta, que no le ha dado a mi hija el placer que ha necesitado y por eso se ha visto con otros. Así que puedo alegar que, ante la separación y el estado de soledad, ella ha perdido la cordura de manera temporal». Apoyó las manos sobre la mesa y respiró con profundidad. Tenía que controlar su estado de ansiedad provocado por el contratiempo, puesto que, si no lo conseguía, no vería a sus nietos crecer. Debía aceptar lo evidente, Jorge era un hombre bastante egoísta y ambicioso y nunca se preocupó de darle

a su hija ese amor que ella tanto necesitó, y la pesadumbre la habría vuelto loca. Sin embargo, ahora estaba más preocupado por sus nietos que por los padres de ellos. Estuvo a punto de dárselos a Jorge, pero los llantos de su mujer y una vocecita en su interior que le gritaba que no lo hiciera, le hizo negar tal acto y esperar a que su hija también contara su parte de la historia.

Miró el reloj. Eran más de las seis de la tarde y, con todo el lío, ni habían almorzado. Los niños correteaban por la casa y tenían al servicio de los nervios detrás de los pequeños. ¿Cómo explicarles que no podían marcharse con su padre cuando este los esperaba en la puerta? La mayor de sus nietas, Eva, con seis años de edad, preguntaba insistentemente cuándo se iban a marchar, a lo que él solo podía responder «cuando llegue tu madre». No era capaz de contestarles nada más, tampoco sabía qué debía decirles, no deseaba meter la pata. Miró una foto de su hija cuando tenía la misma edad. Sonreía y disfrutaba de un hermoso día de campo. Recordó que fue la única vez que había estado jugando con ella y se entristeció. Por aquel entonces, los militares debían comportarse como unos machos destructores y no podían mostrar el amor que tenían en sus entrañas. Lucía no entendía por qué su padre no la besaba delante de su ejército, ni tampoco entendió por qué la llevaba lejos del cálido hogar.

—Señor. —La voz de la ama de llaves le sacó de sus pensamientos.

—Dime, Clara —respondió girándose hacia ella.

—La señorita ha llegado, y desea que le anuncie que no viene sola. La acompaña el señor Andreu Voltaire.

—¿Andreu Voltaire? —La voz de Carlos se estranguló. No supo encajar en el puzle al muchacho. Tal vez su hija contrató al abogado para enfrentarse a su marido. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Si era verdad lo que había pensado, Lucía era más lista de lo que él consideraba, puesto que *El Grupo* actuaría de una forma muy diferente cuando supieran que el letrado de la demandada era un Voltaire.

—¿Señor? —Clara volvió a insistir al verlo absorto en algún pensamiento.

—Perdona, haz que pasen. Les espero aquí.

—Sí, señor.

Carlos se arregló el traje, quería causarle una buena impresión al acompañante de su hija. Traía a su casa un miembro de una familia honorable y eso no lo había conseguido ni él mismo. En multitud de ocasiones invitó al padre del muchacho para entablar una amistad, pero siempre rehusó alegando motivos laborales. Escuchó unos pasos acercarse a la puerta, suspiró y se giró hacia ella.

—¿Papá? —La voz de Lucía irrumpió el silencio de la habitación.

—Pasa, hija mía. —Durante unos segundos, Carlos no supo cómo actuar. Al contemplar la imagen de su hija se quedó tan asombrado que no podía articular palabra. Estaba más delgada y uno de sus ojos todavía mostraba el impacto de aquella desgraciada mano. Respiró entrecortado y abrió sus brazos para que Lucía se introdujera entre ellos—. Mi niña. Mi tesoro… ¿qué te ha hecho?

—¡Oh, papá! ¡Te he extrañado tanto!

—Pues siempre he estado aquí, mi niña —le decía mientras la acariciaba y besaba su rostro lleno de lágrimas.

—Lo sé, pero quería mantenerte un poco al margen de todo lo que me sucedía. Sé que jamás harías algo para destrozar mi vida, sin embargo, con Jorge… —Miró hacia el suelo y su padre le levantó el rostro con dos dedos.

—Eres sangre de mi sangre y puedes contar con tu padre para todo. Es verdad que mi amor por ti me cegó tanto que, en vez de ponerte en buenas manos, te dejé en las peores. —La abrazó con fuerza y besó el oscuro pelo.

—Ahora no me importa eso, papá. Sé que Jorge ha estado aquí y tal vez, él… —Escondió su cara entre la camisa de Carlos—. Te ha enseñado…

—No solo es culpa tuya, Lucía, también tengo yo algo que ver en todo esto —habló Andreu desde la puerta.

—¡Señor Voltaire! —exclamó asombrado Carlos, al reconocer al joven de la puerta—. ¿Has sido tú? —comenzó a enojarse, pero Lucía, al notar cómo su padre se encolerizaba, lo abrazó con más fuerza y le hizo calmar.

—Por favor, llámeme Andreu. Lucía, si tu padre ha visto las fotos, es normal que quiera asesinarme, pero le prometo, señor Sandoval, que mis propósitos para con su hija son nobles por mi parte. —Caminó hacia el anciano extendiendo su mano para saludarle.

—No sé si saludarte o para abofetearte. Sé lo que representa tu apellido, sé qué hizo tu padre por esta sociedad, sé que todo el mundo piensa que es mejor tenerte a su favor que en contra, pero también sé que ella es mi hija y que puede perder todo lo que tiene por haber tenido un desliz.

—Yo no soy ningún desliz, señor Sandoval. Pretendo ser la pareja de su hija hasta que ella decida no tenerme a su lado.

—Es fácil poner esas palabras en la boca, sin embargo, no estoy tan seguro de que esto. ¿Qué has pensado hacer con mis nietos?

—Cuando todo esté aclarado y su padre controlado, se vendrán a vivir a mi hogar. No es una mansión en el campo, pero podrán gozar de todo lo que esté en mi mano para ofrecer.

—No sé… —Lucía levantó la mirada y Carlos le apartó las lágrimas del rostro—. Ya decidí por ella una vez y fue el mayor error de mi vida. Creo que ahora te toca a ti tomar el timón, cariño. —Besó su frente.

—Señor Sandoval, estoy enamorado de su hija. —Lucía abrió los ojos de par en par y se apartó de su padre para colocarse frente a Andreu—. La quiero, la respeto y deseo protegerla ahora y siempre.

—Me parece muy bien todo este romanticismo, pero como te he dicho, Lucía tiene hijos y Jorge los está reclamando. Es más, ha pedido ayuda al *Grupo* y ellos no tardarán en venir. —Miró hacia su hija—. Me llamaron hace unos cuarenta minutos para confirmar que los niños están conmigo y que permaneceremos en casa.

—¡! —exclamó Lucía—. ¿Qué narices ha hecho ese imbécil?

—Relájate —le dijo Andreu—, si fueras mi mujer y tuvieras un amante tan guapo y elegante como yo, estaría loco de envidia…

—¿Y querrías joderme? —preguntó Lucía.

—Eso no te lo responderé delante de tu padre —le contestó Andreu.

—Lucía —reclamó Carlos la atención de su hija que parecía estar en otros menesteres poco aptos en su presencia—, no sé qué clase de defensa propondrás, pero tal como veo yo las cosas, deberías de despedirte de los niños…

—¡Papa! ¿Cómo me puedes pedir eso? —Lucía volvió a mirar a su amante—. Por favor, no hagas que me quite a mis chiquitines.

—Tus hijos son los míos y no se van a separar de nosotros. —Y a pesar de la presencia del anciano y de la cara de espanto que tenía cuando escuchó las palabras del muchacho, Andreu aferró el cuerpo de Lucía hacia él y besó con ternura los sonrojados labios.

El futuro vicepresidente era un hombre intachable, de moralidad impoluta, y su trabajo en la comunidad social era exquisito, no podían dejar que una mujer mandara al garete toda una vida de trabajo y sacrificio por y para la comunidad.

—Tranquilízate, Jorge. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para terminar con tu agonía —comentaba uno de los miembros mientras posaba su mano en el hombro del supuesto marido abatido—. Todos hemos decidido que vamos a ayudarle.

—Gracias, espero que esto finalice lo antes posible, por el bien de mis pequeños y tiernos hijos —respondió entristeciendo el rostro.

—Lo entendemos, amigo. —El compañero palmeó de nuevo los hombros decaídos—. Tranquilo, cuando todo este problema marital termine, endulzaremos tu vida con la incorporación a la vicepresidencia.

—Será un gran honor para mí servir a esta comunidad, y reitero las gracias por el favor que se me está ofreciendo.

—Todos somos una gran familia dentro del comentó al muchacho mientras lo observaba con detenimiento. Algo le decía en su interior

que Jorge no era trigo limpio. Parecía que exageraba demasiado su dolor.

—Yo vivo por y para *El Grupo*, señor. Desde que mi padre me condujo de la mano a la sede, he deseado ser un miembro eficiente para la comunidad. He trabajado con fuerza y ahínco en todo lo que he visto conveniente e interesante para ella. He intentado ofrecer un nuevo camino repleto de pureza y disciplina porque solo así conseguiremos habitar por encima de esta sociedad corrompida y podrida. —Y no mintió. Desde la primera oportunidad que tuvo para introducirse en la asociación luchó por forjar una vida intachable e impoluta. Por eso apareció en el convento y buscó una mujer conveniente. Hizo un pacto con el mismo diablo para que la sometieran a continuas aberraciones y palizas. Pensó que, si la trataban mal, cuando la reclamase como esposa lo tendría como el héroe con el que sueña toda mujer, y no replicaría cualquier normativa que dictara en casa. Y lo consiguió durante mucho tiempo… Frunció el ceño al recordar que ya nada era igual.

—¿Por eso marchamos?

—Sí, señor, estoy preparado para ir a por mis niños.

Capítulo 22

Una cara de asombro, un rostro de esperanza

El viaje desde la oficina hasta la casa de los padres de Lucía se hizo eterno para Jorge. Ansiaba ver la cara que tendría cuando le quitara a sus hijos. En verdad, la vida de los niños no le importaba nada. Les había buscado un internado donde alojarlos el resto de sus vidas. Sin embargo, el placer que tendría al contemplar el dolor en el rostro de ella sería enorme. Quería arrebatarle lo que más quería porque de esta forma ella sentiría lo mismo que él al ver cómo la vida social se desvanecería por su culpa. Echó un vistazo al interior de la limusina y sonrió. Se encontraba donde siempre había soñado, rodeado de los directores y unidos para un fin común. Se reclinó un poco en el asiento y pudo contemplar la entrada de la casa del anciano. Se llevaría una gran sorpresa al verlo con ellos.

—Bueno, Jorge, ya hemos llegado. Yo hablaré con Carlos primero, le expondré la situación y las posibles resoluciones que adoptaremos.

—No tengo problema, señor. Lo que usted haga estará perfecto.

—Gracias.

El anciano salió del coche, se sacudió el traje, movió los pies de un lado a otro y se dirigió hacia el timbre de la puerta. Los demás integrantes de *El Grupo* lo siguieron a una distancia prudencial; valoraban la jerarquía en la que se encontraban y cada uno sabía el escalón en el que se encontraba.

—Buenas tardes, caballeros. —Clara salió a recibirles.

—Buenas tardes, nos gustaría hablar con el señor Carlos Sandoval, Clara.

—Adelante, les atenderá en su despacho. Si son tan amables de seguirme.

—Con mucho gusto. —El anciano hizo un gesto a Jorge para que se uniera a ellos y así entrar en el hogar donde tendrían el encuentro.

Este se acercó y se resguardó entre la protección de los integrantes de la asociación. Si hubiese ido solo, le habrían tirado piedras desde lejos, pero con ellos no. En el instante que él fuese vicepresidente sacaría a la familia Sandoval de la asociación. Una adultera no era buen ejemplo para las demás mujeres de la sociedad…

Cuando Jorge entró en la casa notó que alguien lo miraba. Buscó a dicho personaje y lo encontró, era Lucía. Estaba arriba, en la baranda del segundo piso. Parecía bastante estropeada y demacrada. «Quizá tanto sexo no te ha sentado tan bien como imaginaste —pensó—. O tal vez estés jodida porque voy a quitarte el alma», se carcajeó ante el placer que le supuso esta última idea.

—Señor Sandoval, la visita ha llegado —le informó Clara.

—Hazle pasar, gracias.

—¡Querido Carlos! ¿Cómo se encuentra? —El anciano presidente abrió la puerta y caminó hacia su viejo amigo extendiendo la mano.

—Muy bien, pero no creo que mejor que tú. —Alargó la suya para responder al saludo.

—Bueno, la pierna sigue haciendo de las suyas —le explicaba mientras levantaba un poco la extremidad—. Pero mirándolo por el lado bueno, es una estupenda meteoróloga.

—Yo dejé de fumar y he vuelto por el estrés. —Ambos amigos se abrazaron tras el primer saludo.

—Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? —El presidente lo miraba con cariño y angustia.

—Me lo puedo imaginar. —Echó un vistazo diabólico hacia el bastardo yerno que estaba parado observando la situación—. ¿Me aceptas una copa?

—Te lo agradezco, pero me gustaría terminar lo antes posible con todo este lío. —Frunció el ceño. No le resultaba cómodo hacerle aquella trastada a su mejor amigo. El dolor que le iba a causar sería terrible y en el fondo, no se lo merecía porque era un hombre bueno y valeroso. Sin embargo, el honor de un miembro del club había sido manchado y tenía que limpiarse de la manera estipulada.

—Como quieras. Puedes argumentar. —Carlos se sentó en su sillón para escuchar con atención lo que su amigo iba a exponer.

—El motivo que nos ha traído a tu hogar no ha sido otro que la petición insistente de un miembro de nuestra sociedad para reclamar la custodia de tus nietos, sus hijos. Alega que tu hija no es buena madre para ellos.

—¡Yo discrepo! Mi hija es muy buena madre. ¡Excelente! Es verdad que no ha sido la esposa que Jorge ha querido, pero en fin… ¡Él tampoco ha resultado ser el marido idóneo! ¿Verdad? —Esquivó la figura que tenía en frente para dirigirle la mirada al bastardo de Jorge.

—¡Yo he dado a su hija todo lo que ha estado en mi mano! —gritó muy exaltado—. Nunca le ha faltado ni un plato para comer, ni un vestido que ponerse, al igual que he mantenido en muy buena posición a mis niños. —Jorge cruzó sus piernas y se apoyó en la puerta. Por ahora su secreto parecía que estaba guardado. Una de las normas básicas de la congregación era que las mujeres eran meros floreros, pero había que respetarlas al máximo. No tenían voto, no podían opinar, pero jamás se les trataría con humillación, vejaciones o maltrato.

—¿Estás seguro que has satisfecho a mi hija «en todo» lo que ella necesitaba? —le preguntó arqueando una ceja.

—Si te refieres a que guardaba con esmero un consolador en su cajón y le privé de él, pues sí, he sido un mal esposo porque no la he consentido en su totalidad. —Miró de soslayo al anciano.

—¡Hijo de puta! —susurró Lucía desde su escondite.

—¿De verdad que te quitó el consolador? Seguro que se sintió avergonzado porque el tamaño de su pene era muy inferior —le susurró Andreu al oído mientras intentaba no reírse en alto.

—Es verdad. En cuanto lo descubrió, lo hizo desaparecer —cuchicheó.

—Yo te compraré todos los que quieras y de todos los tamaños… ¡Me vuelve loco jugar con dildos!

—Bien, pero ahora cállate, que necesito escuchar, luego ya veremos. —Entrecerró los ojos.

—No me parece bien que digas esas cosas de mi hija. ¡Siempre has sido un caballero! ¿Qué ha cambiado?

—¿Y todavía lo preguntas? ¿Acaso no te traje pruebas de lo que había ocurrido? ¿Qué harías tú en mi lugar, unirte a la fiesta?

—Primero, mi hija salió de la casa matrimonial porque la golpeaste…

—¡Jorge! —El anciano se giró hacia él—. ¡Eso no está permitido en la sociedad!

—Señor, apareció borracha y a deshoras. Me alteré porque no sabía si le había pasado algo, y cuando la vi con bromas y desquiciada por el alcohol, no pude reaccionar con cordura. Pero nunca, nunca le había puesto la mano encima —quiso excusar su actuación.

—Mi hija no estaba borracha, no te inventes nada. Había celebrado su cumpleaños y llevaba unas copas, pero no debía de estar ebria cuando conducía el coche. Y sobre el tema de las fotos, me parece muy rastrero que la siguieras para inmortalizar los encuentros con otro hombre. Eso también atañe a su honor, ¿no te parece?

—¡Sabía que estaba con otro! ¿Cómo me iban a creer si no llevaba las pruebas? —comenzó a perder los nervios. El rumbo de la conversación no estaba siendo como él esperaba.

—Caballeros. —Una voz masculina apareció por la puerta. Sin embargo, fueron dos figuras humanas las que se dejaron ver.

Los directivos de *El Grupo* miraron asombrados cuando descubrieron quién era el hombre que permanecía parado observando a los allí presentes: el hijo primogénito de Andreu Voltaire.

—Señor Voltaire —dijo el anciano con alegría—. ¡Es un honor tenerlo entre nosotros!

—Gracias, caballeros. Yo también me alegro de veros. Perdonad si he sido algo brusco en mi intersección, pero no he podido contenerme al ver la cantidad de sandeces que ese señor está expulsando por su boca —señaló a Jorge—. Así que como estoy involucrado en el asunto de la señora Sandoval porque soy el susodicho amante, tan solo comentaré que reclamo el favor que se le debe a mi familia para que todo esto se zanje de la mejor manera para ella.

—¡Serás cabrón! —dijo Jorge fuera de sí—. ¡Este es el hombre que se está follando a mi mujer!

—Eso ya lo he dicho yo… —murmuró Andreu entre risas al ver la cara que se le había quedado al marido.

Todo el mundo miró a Andreu y a la pequeña sombra que se escondía tras él.

—Lucía —le dijo el anciano—, ¡ven aquí!

Lucía se acercó muy despacio y se aferró con fuerza a la calidez de la mano de su amado. No deseaba permanecer sola ante una situación como aquella.

—Buenas tardes, señor. —Apenas movió sus labios para hablar porque la tensión que estaba viviendo le hacía no poder abrir la boca.

—¿Has escuchado todo lo que se ha dicho aquí sobre ti? —El anciano se cruzó de brazos y se sentó sobre la enorme mesa de

madera que tenía Carlos para sus papeles.

—Sí, señor, he podido escuchar cada palabra que se ha dicho en esta habitación sobre mí.

—¿Tienes alguna pregunta, duda, o algo que comentar? —El anciano miraba sin pestañear a la mujer.

—Si me lo permite, puedo intentar dar mi versión de los hechos. Creo que yo también soy importante en el tema que se está tratando.

—Adelante —ordenó. Nunca hubiese permitido escuchar la versión de una mujer, sin embargo, el hecho de que estuviese junto a un Voltaire y le había reclamado el favor, hacía que todas sus normas tuviesen un paréntesis.

—Bien, agradezco a Jorge el hecho de que me haya cuidado durante todo este tiempo. Pero en verdad, no era feliz a su lado. Alego que no he tenido carencias económicas y que mis hijos han sido tratados de la misma manera que a mí. Aunque, nos ha faltado una figura paterna y un marido al que amar. Para él solo hemos sido un expositor perfecto para luchar por una meta: llegar a ser un cargo importante en ese estimado club. El hecho de que yo tuviese escondido un consolador —miró a Jorge con rabia— está fuera de contexto. Pero sí es verdad que después de todo lo sucedido, no quiero volver a estar ni un minuto más con él. Es malo, rastrero, dañino, mentiroso, ambicioso de poder, la codicia camina por sus venas, fíjense cuánto le supone estar por encima de los demás que ha puesto *El Grupo* en contra mía para quedarse con los niños, cuando no sabe ni sus edades. Yo no digo que no haya sido mala esposa, o que mis deseos maritales no hayan coincidido con los de mi actual esposo, pero he sido muy buena madre, mucho. Mis hijos son mi vida, y como eso lo sabe él, los utiliza para hacerme daño.

—Estamos de acuerdo en que Jorge es todo eso que usted ha descrito. Pero el adulterio…

—Señor, —dijo Andreu— aquí es donde pido el favor familiar que *El Grupo* debe a los Voltaire.

—¡Anda ya! —exclamó Jorge—. ¿Vas a gastar un favor como ese por mis hijos? —Levantó las manos por el asombro.

—Quiero que Lucía se quede con sus hijos y disfrute de la custodia. Claro está, las visitas que el padre tenga con sus hijos serán vigiladas. Nunca se sabe hasta qué punto uno puede llevar la venganza por despecho. —Miró al anciano.

—¿Está usted seguro de eso, caballero? ¿Quiere que la asociación conceda su favor a esta familia?

—Es mi deseo. Los niños de Lucía pronto serán mis hijos también. —La miró y extendió su mano hacia ella. La mujer se acercó a él y se estrechó en su cobijo.

—Si estás tan seguro de ello, es nuestra obligación cumplir tu deseo. Tu padre nos hizo un gran favor en su momento, y todos le debemos nuestro amparo. Dé por hecho, joven Voltaire, que su familia no será tocada.

—Quedando claro que mi familia incluye a Lucía Sandoval, sus pequeños y sus padres. —Andreu abrazó a Lucía.

—Sí, en efecto, se incluirán todos bajo esa protección.

—Gracias, ha sido un honor conversar con usted. Caballeros, Carlos, si me disculpan, tengo nuevas personitas que conocer y atender. —Hizo una reverencia y, agarrando con fuerza la mano de su mujer, la sacó de allí.

—Bien, —dijo el anciano— creo que esto ha finalizado. Si nos disculpas, *El Grupo* tiene que volver a reunirse para discutir el cargo que se queda libre…

—¿Tienes alguno libre? —le preguntó con sarcasmo Carlos.

—Sí, el de vicepresidente, ¿interesado, viejo amigo? —Se acercó hacia él mientras que abría un baúl pequeño que tenía sobre la mesa.

—Solo si tú eres el presidente —cogió un puro y se lo ofreció.

—Por supuesto, las buenas raíces nunca deben morir. Esta juventud son tallos que se arriman a los árboles fuertes, pero siguen siendo mala hierba. —Con el puro en la mano, pasó por el lado de Jorge y no se dignó ni a mirarlo.



Todo el mundo en el club estaba alterado. El boca floja de Fidel había hablado sobre el asunto de Lucía y de su hermano, y cuando se trataba de temas amatorios, todo el mundo deseaba escuchar el chisme, aumentando la inquietud al descubrir que se trataba de amigos de los jefes. Habían llamado más de mil veces a la habitación de Bianca, pero siempre ofrecían la misma respuesta: no sabían nada. El único que tenía que conocer algo era Sail, pero tras regresar de la casa de Lucía, se encerró en uno de los salones para reprender alguna actitud que Elsa había tenido durante su ausencia, y claro estaba nadie molestaba a la bestia hambrienta de necesidad cuando se encerraba gritando: «El que toque la puerta durante las próximas doce horas, morirá». Murmuraban que llevaba a Elsa en el hombro como si se tratase de un saco de patatas, pero nadie hizo ni dijo nada. Aquel hombre se convertía en un feroz monstruo cuando deseaba poseer a su mujer. Podían estar varios días sin salir de la habitación, eso sí, cuando abrían la puerta, se encontraban más delgados y llenos de un increíble amor.

—Estoy de los nervios, espero que todo haya salido bien —dijo Bianca sentada sobre la cama. A su lado, Fidel tenía el teléfono en la mano esperando que alguien lo llamara.

—¿Sabes?, mi hermano siempre ha sido el más listo de la familia. El más responsable, honrado, sensato. Pero a la hora de encontrar pareja, nunca ha tenido suerte. Y se merece ser feliz por una vez en su vida.

—Tiene que serlo para tener un hermano como tú, bichito —le dijo su ama mientras le acariciaba la espalda.

—Tras la muerte de mi padre, yo me iba a volver loco. Estuve metido en muchas cosas peligrosas, entre ellas, en temas de drogas. Pero siempre estuvo Andreu apoyándome. Salvándome de todas las *capulladas* que día tras día se me ocurrían. Quise hacerle un regalo, quise llevarlo hasta Lucía.

—¿Ella es su gran amor? —le preguntó mientras le ponía las esposas.

—Bueno, yo creo que sí. Nunca he visto al responsable de mi hermano saltarse las normas jurídicas, y el perseguir o acosar a una mujer está dentro de ellas. —Levantó ambas cejas y sonrió.

—Tú siempre me acosas. —Se apoyó en la cama detrás de él y comenzó a tocarle con sus largas uñas.

—Sí, pero yo no vivo conforme a la ley. Vivo para pasar de ella. —Echó la cabeza hacia atrás cuando ella tiró con fuerza de su pelo.

En ese instante el móvil vibró y Bianca lo atrapó para leer el mensaje.

—Dice que todo está ok, que los niños y la madre son suyos y te da las gracias. —Apagó el aparato y con el cabello todavía amarrado, le besó con pasión.

—¡Gracias a Dios! Todo ha salido bien. —Sonrió.

—¿Puedes ya ocuparte al cien por cien de tu ama? —Soltó el amarre del cabello y se colocó frente a él.

—Por supuesto, señora. ¿Qué desea que haga?

—Por ahora ponte de rodillas y besa mis pies. Luego ya veremos…

—Sí, mi señora.

Capítulo 23

Sorpresas

Después de varios días discutiendo sobre los derechos y los deberes del divorcio, Lucía y Andreu habían quedado con Elsa, Silvia y sus esposos para tomar una copa en el bar. A pesar de que ella había insistido en que no le ofrecería ninguna sorpresa «no deseada», él tenía sus dudas.

—Por favor, nena. No me hagas ninguna trastada, te lo suplico. —Andreu agarraba el volante con fuerza y, a pesar de que el rostro de su mujer no le alertaba de nada extraño, había aparecido un tic en el ojo derecho que no tenía antes.

—No voy a hacer nada. Solo quiero tomarme una copa con mis amigos. Estaremos en plan tranquilo.

—Ya, pero… ¿tú le has recalcado eso de la «tranquilidad» a Elsa y a Silvia? Es que suelen ser duras de entender.

—Eres un pesado, Andreu Voltaire. Por cierto, a los niños les han encantado sus habitaciones, todo un detalle los dibujos de Disney.

—No ha sido cosa mía, Lucía, es de Bianca, la ama de Fidel. Resulta que además de saber manejar bien el látigo, es una magnífica decoradora.

—¿Ves? Todo el mundo esconde algo. Si no le importa, podemos recomendarla entre nuestras amistades, ha hecho un buen trabajo.

—Sí, eso le he dicho a Fidel, que la apuntaré en la agenda.

Andreu observó el aparcamiento del club, estaba vacío. Era lógico puesto que en los períodos de vacaciones los perversos maridos o las insaciables esposas abandonaban el rol que poseían en el local y adoptaban el apropiado para sus hogares.

—¿Qué tal? —Elsa salió a su encuentro.

—Bien, cariño —respondió Lucía—. Cansados con tanta mudanza, pero muy felices con el cambio.

—¿Cómo llevas la vida de marido con hijos, compañero? —le preguntó Sail mientras le ofrecía la mano.

—Bueno, como ellos, cansado. Estamos todo el día sin parar de jugar. Disfruto mucho con los diablillos… —Sonrió mientras apartó la mano y lo saludó con un gran abrazo.

—¡Creo que es peor él que ellos! —exclamó Lucía mientras caminaba hacia la entrada.

—Seguro… —murmuró Andreu con una mirada pícara.

—¿Y vosotros? —le dijo Lucía—. Te veo rara, Elsa.

—¡Estamos embarazados! —gritó Sail mientras la levantaba de las piernas para alzarla en brazos.

—¿Y eso?

—Pues eso es el resultado de la gran fiesta que le realicé a mi mujer durante doce horas en la habitación tras volver de tu casa.

—¿Y eso? —preguntó ahora Andreu.

—Tuve que castigarla. La muy pícara se había masturbado con mi hermano y Silvia, así que tuve que reprender ese acto.

—¿La castigaste durante doce horas con sexo por eso? —Andreu los miraba atónito, no conseguía entender la conducta de aquellas parejas.

—Se lo merecía… —Besó la frente de su esposa.

—Y como a mi esposo se le olvidó algo tan básico como era de llevar condones, ahora nos toca ser papás.

—Y seguro que hago nenes preciosos, ¿verdad, *ma vie?* —Tocaba la barriga con su gran palma.

—Enhorabuena a los dos, es una bonita noticia. Pronto tendremos otro látigo en la familia —exclamó Andreu mientras palmeaba la espalda del futuro papá.

—Mi niña no se puede criar aquí, sería un peligro cuando comenzara a andar, no habría sumiso que le tosiera… —Emitió una gran carcajada.

—Bueno, todavía queda otra sorpresa ¿verdad? —le dijo Elsa a Lucía mientras le guiñaba un ojo.

—Me has prometido que no habría sorpresas «extrañas». —Andreu giró con rapidez su mirada hacia la mujer.

—Tranquilo, no se trata de eso. —Le agarró de la cintura.

—¿Qué le has prometido? —le preguntó Sail intrigado.

—Que no tendrá sorpresas «bedemeseras». Hoy lo tengo con la sensibilidad a flor de piel. —Besó sus labios.

—Pero no se trata de…

—¡Elsa! —la hizo callar su amiga.

—No me regañes, nena. Estoy embarazada y a las embarazadas se les permite todo.

—¿Dónde está Silvia? —preguntó, asombrada, Lucía. Con tanta emoción se le había olvidado que su amiga no la había salido a recibir.

—Creo que está preparando la mesa —dijo Sail.

—Esta mujer tiene que controlar hasta el más mínimo detalle —murmuró Lucía.

—Por eso es Dómina, ¿no? —dijo Andreu.

—Venga, entremos dentro de la sala o saldrá gritando —comentó Sail mientras seguía amarrado al vientre de su mujer.

Según se adentraban, ambos se quedaron mirando de reojo. El club parecía muy distinto sin gente merodeando en lencería. Los juguetes con los que se divertían, no tenían apenas sentimientos sin nadie con quien utilizarlos, eran tan solo unos adornos inanimados. Andreu cogió la mano de su mujer y la apretó con fuerza. Aunque todo parecía calmado, el corazón del hombre palpitaba con rapidez. Estar allí le provocaba una excitación difícil de entender.

—¿Silvia? —preguntó Lucía cuando observó en el centro de la sala una mesa preparada de ricas viandas y velas negras encendidas.

—Estoy aquí. —Apareció tras una de las cortinas que hacían de puerta para llegar a las habitaciones. Parecía relajada, contenta, feliz, ilusionada. Su marido, Camal, caminaba detrás de ella y por el bienestar que expresaba en su rostro, no habían estado cocinando en los últimos quince minutos—. ¿Qué tal va todo? —Se estiraba el vestido.

—Muy bien, por ahora hemos conseguido que los niños estén conmigo. Nos queda tratar el tema económico… —la saludó con dos besos.

—Este abogado es bueno, aunque recuerda —Camal lo miró de reojo y le puso el dedo en el esternón— que te vi desnudo. —Todos empezaron a reír sin parar recordando el instante en el que Andreu entró en el club y la cara de espanto que tenía.

—Oye, me ha dicho Elsa que tienes un secreto que contar —empezó la conversación Lucía mientras comenzaban a sentarse alrededor de la mesa.

—Sí, ahora os cuento. —Levantó la mano y de la nada aparecieron una mujer y un hombre semidesnudos—. ¡Comenzad! —les ordenó. Y empezaron a servir el vino. Andreu no hablaba, parecía que le habían arrancado la lengua, sin embargo, Lucía imitaba a sus amigas, se relajó y disfrutó de la deliciosa servidumbre.

—Me tienes en ascuas —dijo Lucía a Silvia.

—Ayer tuve una reunión muy importante. —Tomó la mujer un sorbo y saboreó el vino—. Fue algo sorprendente, pero al requerir mi presencia el miembro principal de *El Grupo* la acepté.

—¡Cuenta, cuenta! ¿Qué quería? ¿Cerrarte de nuevo el local? —interrogaba Lucía sin parar. Si ese era el tema, hablaría con su padre para ver qué podía hacer.

—No exactamente, ¿verdad, Andreu? —Levantó las negras pestañas y lo miró mientras volvía a beber.

—Tuve una reunión con ellos hace unos días. —Lucía le golpeó el hombro de delante hacia atrás con sus delicados dedos. No le había dicho nada—. No te enfades, cariño. No quería fastidiar la sorpresa de Silvia.

—¿Qué ocurrió? —preguntó mirando a ambos.

—Parece que me van a dejar un poco tranquila. Posponen una década más mi quema en la hoguera —se burló.

—Me han ofrecido ser el abogado de la sociedad y como único requisito, les dije que tenían que cesar la campaña que tenían sobre el *Dos por Dos*. —Andreu atrapó la mano de su mujer, que lo miraba anonadada, y la besó.

—Gracias por pensar en nosotros, eres un buen macho. —Camal le dio una palmada en la espalda y Andreu casi vuela de la silla—. Lo siento, no controlo mi fuerza con el entusiasmo.

—Es algo que debe trabajar, ¿verdad? —Silvia lo miraba suspicaz.

—Sí, cielo, lo trabajaré gustoso. —Alzó las comisuras de sus labios dejando ver los blancos colmillos que escondía.

Las horas pasaron muy deprisa. No se habían dado cuenta de lo tarde que era hasta que Andreu miró el reloj y alertó a su mujer de la hora. Los niños se habían quedado con la madre de él y la improvisada abuela estaba entusiasmada al ver corretear chiquillos en la solitaria casa. Sin embargo, debían ser conscientes de la nueva vida que comenzaban juntos. Durante el trayecto, Lucía lo miraba de reojo. Estaba asombrada de la actitud que había adoptado frente a la nueva familia. Jorge jamás se había preocupado ni tan siquiera en saber si comían o se duchaban y Andreu ya los había escolarizado en el mejor colegio de la ciudad.

—¿Qué piensas? —preguntó Lucía cuando reinó el silencio más de cinco minutos.

—Solo hago un resumen de cómo han quedado las cosas, cielo. Elsa y Sail están embarazados. Silvia y Camal ya no tendrán problemas. Ahora soy su abogado y tu padre el vicepresidente. Mi hermano Fidel enamorado de Bianca, que resultó ser una decoradora infantil impresionante. ¿Quién nos queda? ¡Ah, sí! Y por último, por

fin te verás libre de ese capullo con el que has estado viviendo para ser mía. —Se llenó de amor cuando escuchó aquellas palabras.

—¿Y tú? —Arqueó la ceja la mujer, deseosa de averiguar qué conclusión había sacado su amor de todo eso.

—Y yo era la persona más infeliz del mundo. Caminaba en este sin rumbo, y de repente, encuentro una mujer que me atrapa desde el primer momento en el que la veo. Me cautiva, me domina, me hace feliz, me destroza el alma si no está a mi lado y llena de gritos infantiles la soledad en la que sobrevivía. —La mano derecha se posó en la rodilla de ella y la apretó con suavidad—. Te quiero con locura, Lucía. Desde el momento en el que te vi, eres la razón de mi vida y ahora no sé seguir sin ti.

—Yo también te quiero. —Andreu abrió los ojos como platos. Era la primera vez que le había dicho te quiero y un dolor abdominal comenzó a invadirlo. En milésimas de segundos, su sexo comenzó a reclamar lo que era suyo, así que ante la mirada atónita de su mujer, aparcó el coche en un lugar apartado de la carretera.

—¿Me has dicho que me quieres? —Desabrochó el cinturón del vehículo y se giró con rapidez hacia ella.

—Sí, lo he dicho —se rio.

—Me haces tan feliz, que mira lo que has provocado en mi cuerpo. —Atrapó la mano de la mujer y se la llevó hacia su enorme sexo inflamado. Lucía metió los dedos por el cinturón y acarició el capullo sedoso y llorón—. Me vuelves loco, nena.

—Lo sé. —Se relamió los labios y atrajo la cabeza del hombre hacia ella para besarlo con pasión. Era suyo en cuerpo y alma y se lo demostraría cada día de su vida.

Las manos de Andreu buscaron la pestaña para reclinar el asiento. Quería hacerla disfrutar tal como se merecía. Ella abrió los ojos mientras sus bocas seguían pegadas.

—¿Qué te ocurre? —musitó Andreu, separándose un poco de esos cálidos labios.

—Nunca he hecho el amor en un coche —respondió con timidez.

—Bueno, siempre hay una primera vez. —Andreu se incorporó de su asiento y alzó un poco más a Lucía en el suyo—. Espero que tengas muchas primeras veces conmigo, mi amor.

Las manos masculinas comenzaron a tocarla desde su rostro hasta la línea en la que la falda comenzaba a ser piel. Lucía abrió las piernas e invitó al hombre a entrar dentro para hacerla disfrutar. Sin embargo, él comenzó a bajar hasta arrodillarse ante ella. Levantó sus pies y los colocó en el asiento. Quería devorarla una y mil veces. La palma derecha comenzó a acariciar el sexo húmedo por encima la lencería. Podía sentir en su palma cómo se habían hinchado los labios vaginales y el pequeño saliente declaraba su derecho de ser tocado. Acercó su cara y comenzó a rozar su nariz por la prenda. Lucía gimió y levantó las caderas haciendo que tuviese más espacio para satisfacerla. Pasó la lengua por la braguita y sintió en sus papilas gustativas el sabor de su mujer. Se volvía loco, cada vez su miel era más adictiva y, como un yonqui, necesitaba aumentar la dosis. Los dedos comenzaron a tocar la fina costura y empezaron a apartarla. La mujer sollozó de placer, sabía qué iba a hacer con ella y lo deseaba.

—Me encanta cómo hueles a sexo —musitó Andreu mientras retiraba la prenda y volvía a meter su nariz en la húmeda y caliente vagina—. Y me vuelve loco ese perfume femenino. —Abrió la boca y dejó que su lengua se impregnara de toda la miel que ella emanaba debido a la excitación.

—Esto es… —susurró Lucía mientras se llevaba las manos a la cara.

—Pues no ha terminado. —El hombre introdujo dos de sus dedos dentro y comenzó a moverlos con destreza. Lento, muy lento, haciendo que el sonrojo apareciera en las mejillas que tanto adoraba.

Lucía comenzaba a zarandearse cuando sintió la presión de la lengua en su vagina y el delicado el bombeo de los dedos. Jamás había disfrutado de una situación así. Estaba más preocupada en ser

satisfecha que en intentar ocultarse de algún visitante que anduviera por el lugar.

—Tengo una sorpresa, cariño. —Sonrió con malicia.

—¿Qué es? —preguntó con cierto recelo.

—Tú ya sabes que tus deseos son mis órdenes, así que te he comprado un juguetito…

—¡Oh, Dios! —exclamó al escuchar cómo abría la guantera del coche y se imaginaba qué era lo que escondía allí.

—Te voy a hacer sudar… —La punta del simulado pene comenzó a acariciar la entrada de ella. Andreu se volvió loco al escuchar los suaves sonidos que emitía el roce de la piel con la silicona. En efecto, su mujer estaba muy excitada y emocionada—. Lo meto con delicadeza… —La mano libre apartó los jugosos labios para dejarle paso al juguete. Andreu comenzó a introducirlo despacito, sin prisa, disfrutando de cada centímetro de pene que se adentraba en su mujer.

—¡Oh, sí! —exclamó Lucía al sentirse invadida.

—Vas a disfrutar, te lo prometo. —Y mientras los músculos atrapaban la placentera silicona, Andreu comenzó a mantener un ritmo de bombeo y de invasión. Deseaba con todas sus fuerzas hacerla disfrutar.

—¡Andreu, Andreu! —gritaba enloquecida. Llevó sus manos hacia los duros pezones y comenzó a presionarlos. Su hombre la estaba llevando a una lujuria demasiado irreal.

—¡Venga, nena! ¡Diviértete para mí! —Comenzó a sacar y meter el aparato con más fuerza, con más control, con más ritmo, observando la cara que ponía su mujer ante la llegada próxima del orgasmo. Sí, estaba muy excitada, tanto como él. Pero ese momento era para ella, ya disfrutarían los dos una vez tuviesen algo de intimidad en casa.

—¡Ah! —aulló cuando el clímax la cubrió y sus ojos solo pudieron apreciar estrellitas de colores. Bajó las manos y buscó el rostro de Andreu, lo alzó y lo besó con pasión—. Gracias —le dijo cuando

necesitó aire para poder respirar—. Gracias por haberte involucrado en mi vida y hacerme tan feliz.

—El placer ha sido mío. Venga, siéntate bien que terminamos la fiesta en casa. —Volvió a besarla y se colocó en su asiento.

—Me parece bien, pero este —cogió el consolador— también sube a la habitación.

Ambos sonrieron.

Fin

Redes sociales

Sígueme en…

Facebook:
https://www.facebook.com/damabeltran.creadoradenovelas

Twitter: @EscritDamaBeltr

Instragram: dama.escritora.

Y si quieres unirte al grupo de las damitas… ¡Te espero!

Facebook: Las damitas, seguidoras de la escritora Dama Beltrán: https://www.facebook.com/groups/2495602860664008/